

CRISTO EN SU SANTUARIO
Por ELENA G. DE WHITE
LA VERDAD ACERCA DEL SANTUARIO

INTRODUCCIÓN *

Al referirse a lo que debía ser realizado por la nascente Iglesia Adventista del Séptimo Día antes de la venida del Señor, Elena G. de White escribió en 1883:

"Las mentes de los creyentes habían de ser dirigidas al santuario celestial, donde Cristo ha entrado para hacer expiación por su pueblo" (Mensajes Selectos, tomo 1, pág. 77).

En un período de crisis, en 1906, cuando fueron puestas en tela de juicio ciertas enseñanzas básicas de los adventistas, ella escribió:

"La correcta comprensión del ministerio del santuario celestial es el fundamento de nuestra fe" (El Evangelismo, pág. 165).

El fin de los 2.300 días

Entre las profecía que constituían el fundamento del despertar adventista de la década iniciada en 1830 y de comienzos de 1840, estaba la de Daniel 8: 14: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario, será purificado". Elena G. de White, que pasó por la experiencia de esos años, explica cuál fue la aplicación que se le dio a esta profecía: 8

"En común con el resto del mundo cristiano, los adventistas creían entonces que la tierra, o alguna parte de ella, era el santuario. Entendían que la purificación del santuario era la purificación de la tierra por medio del fuego del último y supremo día, y que ello se verificaría en ocasión del segundo advenimiento. De ahí que concluyeran que Cristo volvería a la tierra en 1844" (El Gran Conflicto, pág. 461).

Este período profético terminó el 22 de octubre de 1844. La desilusión de los que esperaban encontrar a su Señor en aquel día fue muy grande. Hiram Edson, un diligente estudiante de la Biblia que vivía en el Estado de Nueva York, describe lo que ocurrió con el grupo de creyentes del cual él formaba parte:

"Nuestras expectativas iban en aumento mientras esperábamos la llegada de nuestro Señor, hasta que el reloj marcó las doce a medianoche. El día había pasado, y el chasco que experimentamos fue terrible. Nuestras más caras esperanzas y expectativas fueron barridas, y nos sobrevino un deseo de llorar como nunca antes. La pérdida de todos los amigos terrenales no se hubiera comparado con lo que sentimos entonces. Lloramos y lloramos hasta que el día amaneció.

"Me decía a mí mismo: 'Mi experiencia adventista ha sido la más brillante de toda mi vida cristiana... ¿Ha fallado la Biblia? ¿No hay Dios, ni cielo, ni ciudad de oro, ni paraíso? ¿Es todo nada más que una fábula astutamente inventada? ¿No hay realidad detrás de nuestras más caras esperanzas y expectativas?...' "

"Comencé a sentir que podría haber luz y ayuda para nosotros en nuestro dolor. Dije a algunos de los hermanos: 'Vayamos al granero'. Entramos en éste, cerramos las puertas y nos arrodillamos delante del Señor. Oramos fervientemente porque sentíamos nuestra necesidad. Continuamos en ferviente oración hasta que recibimos del Espíritu la certeza de que nuestras oraciones habían sido aceptadas, y que se nos daría luz. La razón de nuestro chasco sería explicada en forma clara y satisfactoria. 9

"Después del desayuno dije a uno de mis hermanos: 'Vayamos para ver y animar a algunos de nuestros hermanos'. Salimos, y mientras pasábamos por un gran campo, me sentí detenido en medio de él. El cielo pareció abrirse ante mi vista, y vi definida y claramente que en vez de que nuestro Sumo Sacerdote hubiera salido del lugar santísimo del santuario celestial para venir a esta tierra en el décimo día del mes séptimo, al fin de los 2.300 días, había entrado por primera vez, en ese día, en el segundo departamento de aquel santuario, y que tenía una obra que realizar en el lugar santísimo antes de venir a la tierra, que había venido a las bodas, o en otras palabras, al Anciano de días, para recibir el reino, el dominio y la gloria; y que debíamos esperar su retorno de las bodas. Mi mente fue entonces dirigida al capítulo diez de Apocalipsis donde pude ver que la visión había hablado y no había mentido" (Manuscrito inédito publicado parcialmente en la Review and Herald del 23 de junio de 1921).

A esto le siguió una cuidadosa investigación de los pasajes de las Escrituras referentes al tema -particularmente de la epístola a los Hebreos- por parte de Hiram Edson y dos de sus más cercanos colaboradores, un médico, el Dr. F. B. Hahn, y un maestro, O. R. L. Crosier. El resultado de estos estudios fue registrado por Crosier, y publicado primero en The Day Dawn, un periódico de circulación limitada, y luego reescrito y ampliado, se publicó en un número especial del Day-Star del 7 de febrero de 1846. Esta era la revista adventista de mayor circulación. Se publicaba en Cincinnati, Ohio. Por este medio se alcanzó a un buen número de creyentes adventistas que habían sufrido la desilusión. La presentación, un tanto extensa pero bien cimentada en las Escrituras, infundió esperanza y ánimo a los corazones de estos hermanos, puesto que

mostraba claramente que el santuario que debía ser purificado al fin de los 2.300 días estaba en el cielo, y no en la tierra como lo habían creído antes.¹⁰

Elena G. de White, en una declaración escrita el 21 de abril de 1847, expresó lo siguiente en respaldo del artículo de Crosier acerca del santuario:

"El Señor me mostró en visión hace más de un año que el Hno. Crosier tenía la verdadera luz en cuanto a la purificación del santuario. . . y que era su voluntad que el Hno. Crosier escribiera la explicación que nos había dado en el Day-Star Extra del 7 de febrero de 1846. Me siento plenamente autorizada por el Señor para recomendar ese Extra a cada santo" (A Word to the Little Flock, pág. 12).

Posteriormente escribió como sigue acerca del rápido desarrollo de la comprensión de esta doctrina que siguió al chasco:

"El transcurso del tiempo en 1844 estuvo marcado por grandes eventos que abrieron ante nuestros asombrados ojos la comprensión de la purificación del santuario que se estaba verificando en el cielo, y que tiene una definida relación con el pueblo de Dios en la tierra" (Manuscrito 13, 1889, publicado en Counsels to Writers and Editors, pág. 30).

Una verdad establecida por el testimonio del Espíritu Santo

Las visiones que recibió Elena G. de White, aunque no se adelantaron al estudio de la Biblia, confirmaron la solidez de la posición de que un importante aspecto del ministerio de Cristo en el santuario celestial había comenzado el 22 de octubre de 1844. Gradualmente la amplitud y la profundidad del tema fueron evidentes para los creyentes adventistas. En años posteriores, al recordar aquella experiencia, ella recalcó los estudios que habían realizado y las evidencias manifiestas de la mano guiadora de Dios:

"Muchos de nuestros hermanos no comprenden cuán firmemente han sido establecidos los fundamentos de nuestra fe. Mi esposo, el pastor José Bates, el padre Pierce*, el 11 pastor Hiram Edson y otros que eran perspicaces, nobles y leales, se contaban entre los que, después de pasar la fecha de 1844, escudriñaron las Escrituras en procura de la verdad como quien busca un tesoro escondido. Me reunía con ellos, y estudiábamos y orábamos fervientemente. Con frecuencia permanecíamos juntos hasta tarde en la noche, y a veces pasábamos toda la noche orando en procura de luz y estudiando la Palabra. Vez tras vez esos hermanos se reunían para estudiar la Biblia a fin de conocer su significado y estar preparados para enseñarla con poder. Cuando llegaban al punto en su estudio donde decían: 'No podemos hacer nada más', el Espíritu del Señor descendía sobre mí y era arrebatada en visión y se me daba una clara explicación de los pasajes que habíamos estado estudiando, con instrucciones en cuanto a cómo debíamos trabajar y enseñar con eficacia. Esa luz nos ayudaba a entender los textos acerca de Cristo, su misión y su sacerdocio. Me fue aclarada una secuencia de verdades que se extendía desde ese momento hasta cuando entramos en la ciudad de Dios, y yo comuniqué a los demás las instrucciones que el Señor me había dado.

"Durante todo ese tiempo no podía entender el razonamiento de los hermanos. Mi mente estaba cerrada, por así decirlo, y no podía comprender el significado de los textos que estábamos estudiando. Este fue uno de los mayores dolores de mi vida. Quedaba en esa condición mental hasta que se aclaraban en nuestras mentes todos los principales puntos de nuestra fe, en armonía con la Palabra de Dios. Los hermanos sabían que cuando yo no estaba en visión no podía entender esos asuntos, y aceptaban como luz enviada del cielo las revelaciones dadas" (Mensajes Selectos, tomo 1, págs. 241, 242).

La comprensión de que Cristo había entrado en el lugar santísimo del santuario celestial para comenzar la etapa final de su ministerio en nuestro favor, simbolizado por el ritual del santuario puesto en práctica por el antiguo Israel, suscitó solemnes sentimientos en los corazones de nuestros pioneros adventistas. Las verdades eran tan claras, tan grandiosas, tan 12 vitales, que les costaba creer que sobre ellos descansaba la responsabilidad de impartir esta luz a otros. Elena G. de White escribió acerca de la certeza de su posición:

"Hemos de afirmarnos en la fe, en la luz de la verdad que nos fue dada en nuestra primera experiencia. En aquel tiempo se nos presentaba un error tras otro; pastores y maestros introducían nuevas doctrinas. Solíamos escudriñar las Escrituras y con mucha oración, y el Espíritu Santo revelaba la verdad a nuestra mente. A veces dedicábamos noches enteras a escudriñar las Escrituras y a solicitar fervorosamente la dirección de Dios.

Hombres y mujeres piadosos se reunían con este propósito. El poder de Dios descendía sobre mí, y yo recibía capacidad para definir claramente lo que es verdad y lo que es error.

"Al ser así delineados los puntos de nuestra fe, nuestros pies se asentaron sobre un fundamento sólido.

Aceptamos la verdad punto por punto, bajo la demostración del Espíritu Santo. Yo solía quedar arrobada en visión, y se me daban explicaciones. Se me dieron ilustraciones de las cosas celestiales, y del santuario, de manera que fuimos ubicados donde la luz resplandecía sobre nosotros con rayos claros y definidos.

"Sé que la cuestión del santuario, tal cual la hemos sostenido durante tantos años, se basa en la justicia y la verdad" (Obreros Evangélicos, págs. 317, 318).

Los pioneros del movimiento advirtieron que la verdad del santuario era fundamental en relación con toda la estructura de la doctrina adventista. Jaime White, en 1850, reimprimió los fragmentos esenciales de la primera presentación que hizo del tema O. R. L. Crosier y comentó:

"El tema del santuario debiera ser cuidadosamente examinado, puesto que en él descansa el fundamento de nuestra fe y nuestra esperanza" (The Advent Review, número especial combinado).

El santuario y el sábado

En el contexto de una revelación acerca del santuario celestial fue confirmada la verdad del sábado en la visión 13 que se le dio a Elena G. de White el 3 de abril de 1847 en el hogar de los Hnos. Howland, en Topsham, Maine. Esto es lo que escribió:

"Experimentamos un extraordinario espíritu de oración, y mientras orábamos el Espíritu Santo descendió sobre nosotros. Estábamos muy felices. Pronto perdí el conocimiento de las cosas terrenales y quedé arrobada en una visión de la gloria de Dios. Vi un ángel que con presteza volaba hacia mí. Me llevó rápidamente desde la tierra a la santa ciudad, donde vi un templo en el que entré. Antes de llegar al primer velo, pasé por una puerta. Ese velo se levantó, y entré en el lugar santo, donde vi el altar del incienso, el candelabro con las siete lámparas y la mesa con los panes de la proposición. Después de ver la gloria del lugar santo, Jesús levantó el segundo velo y pasé al lugar santísimo.

"En él vi un arca, cuya cubierta y cuyos lados estaban recubiertos de oro purísimo. En cada extremo había un hermoso querubín con las alas extendidas sobre el arca. Sus rostros estaban frente a frente, pero miraban hacia abajo. Entre los dos ángeles había un incensario de oro, y sobre el arca, donde estaban los ángeles, un resplandor sumamente luminoso que se semejava a un trono donde moraba Dios. Junto al arca estaba Jesús, y cuando las oraciones de los santos llegaban a él, el humo del incienso surgía del incensario, y Jesús las ofrecía a su Padre con el humo del incienso. Dentro del arca estaba el vaso de oro con el maná, la florida vara de Aarón y las tablas de piedra, que se plegaban la una sobre la otra como las hojas de un libro. Jesús las abrió, y vi en ellas los Diez Mandamientos escritos por el dedo de Dios. En una tabla había cuatro, y en la otra seis. Los cuatro de la primera brillaban más que los otros seis. Pero el cuarto, el mandamiento del sábado, brillaba más que todos, porque el sábado fue puesto aparte para que se lo guardara en honor del santo nombre de Dios. El santo sábado resplandecía, rodeado de un nimbo de gloria. Vi que el mandamiento del sábado no estaba clavado en la cruz, pues de haberlo estado, también lo hubieran estado los otros nueve, y 14 tendríamos libertad para violarlos todos, así como el cuarto. Vi que, por ser Dios inmutable, no había cambiado el día de descanso" (Primeros Escritos, págs. 32, 33).

El ataque a la verdad del santuario

En el momento cuando algunos vieron claramente las demandas de la ley de Dios, y comenzaron a observar el sábado como día de reposo como ella lo requiere, encontraron una fuerte oposición. Acerca de esto y las razones que los impulsaron, Elena G. de White explica:

"Se hicieron numerosos y fervientes esfuerzos para conmover su fe. Nadie podía dejar de ver que si el santuario terrenal era una figura o modelo del celestial, la ley depositada en el arca en la tierra era exacto trasunto de la ley encerrada en el arca del cielo; y que aceptar la verdad relativa al santuario celestial implicaba el reconocimiento de las exigencias de la ley de Dios y la obligación de guardar el sábado del cuarto mandamiento. En esto estribaba el secreto de la oposición violenta y resuelta que se le hizo a la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaban el servicio desempeñado por Cristo en el santuario celestial" (El Gran Conflicto, pág. 488).

No es de extrañarse que los que en años subsiguientes apostataron de la Iglesia Adventista, usaran la verdad del santuario como punto de ataque. Esto ocurrió con los pastores Snook y Brinkerhof, administradores de la Asociación de Iowa, que se apartaron de la iglesia a mediados de 1860 con D. M. Canright, pastor de influencia que dejó la Iglesia Adventista en 1887 para convertirse en su acerbo enemigo y crítico. No es extraño que las ideas panteístas surgidas a comienzos de este siglo, expuestas y defendidas, tanto por médicos como por pastores, atacaran directamente esta doctrina fundamental. En relación con esto Elena G. de White escribió palabras de advertencia el 20 de noviembre de 1905:

"A los médicos misioneros y pastores que han estado bebiendo de los sofismas científicos y las fábulas engañosas 15 contra los cuales habéis sido advertidos, os digo: Vuestras almas están en peligro. El mundo debe saber dónde estáis parados y dónde están parados los adventistas del séptimo día. Dios llama a todos los que han aceptado estos engaños destructores del alma a que no vacilen más entre dos opiniones. Si el Señor es Dios, seguidle.

"Satanás con todas sus huestes está en el campo de batalla. Los soldados de Cristo deben reunirse en torno del estandarte ensangrentado de Emmanuel. En el nombre del Señor, dejad el estandarte negro del príncipe de las tinieblas, y ubicaos junto al príncipe del cielo.

"El que tiene oídos para oír, oiga'. Leed vuestras Biblias. Desde un terreno más elevado, bajo la instrucción que me ha sido dada por Dios, presento estas cosas delante de vosotros. Está cercano el momento cuando los poderes engañosos de los instrumentos satánicos se desarrollarán plenamente. De un lado está Cristo, a quien le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; del otro lado está Satanás, que ejerce constantemente su poder para seducir y engañar con poderosos sofismas de carácter espiritista, para alejar a Dios del lugar que debiera ocupar en las mentes de los hombres.

"Satanás se esfuerza constantemente por crear suposiciones fantásticas acerca del santuario, y degrada las maravillosas representaciones de Dios y el ministerio de Cristo para nuestra salvación en algo que satisfaga la mente carnal. Elimina su poder rector de los corazones de los creyentes, y pone en su lugar teorías fantásticas inventadas para invalidar las verdades de la expiación, y destruir nuestra confianza en las doctrinas que hemos considerado sagradas desde que se dio el mensaje del tercer ángel por primera vez. De ese modo extirpa la fe en el mismo mensaje que ha hecho de nosotros un pueblo diferente y que le ha dado significado y poder a nuestra obra" (Special Testimonies, Serie B, N° 7, págs. 16, 17).

Mientras se desarrollaba la crisis panteísta, Elena G. de White, que asistía a una sesión del Congreso de la Asociación 16 General de 1905, pronunció palabras que son significativas para nosotros todavía hoy:

"En lo futuro se levantarán engaños de toda clase, y necesitamos terreno sólido para nuestros pies.

Necesitamos columnas sólidas para la edificación. Ni un alfiler ha de ser quitado de lo que el Señor ha establecido. El enemigo introducirá falsas teorías, tales como la doctrina de que no hay santuario. Este es uno de los puntos que inducirán a algunos a apartarse de la fe. ¿Dónde podremos encontrar seguridad sino en las verdades que el Señor nos ha estado dando en los últimos cincuenta años?" (Counsels to Writers and Editors, pág. 53).

Elena G. de White declaró que las ideas panteístas tan fervientemente defendidas por algunos, "eliminarían a Dios" (Special Testimonies, Serie B, N° 7, pág. 16), e invalidarían la verdad del santuario.

Aproximadamente por ese mismo tiempo, uno de nuestros pastores, a quien identificaremos como "pastor G", sostuvo la idea de que cuando Cristo regresó al cielo después de su ministerio en la tierra, fue a la presencia de Dios, y donde Dios está debe ser un lugar santísimo; por lo tanto, el 22 de octubre de 1844 no se produjo su entrada en el lugar santísimo del santuario celestial como creíamos y enseñábamos. Estos dos conceptos, ambos contrarios a la doctrina del santuario que sosteníamos, indujeron a Elena G. de White a referirse varias veces a la solidez y la integridad de este punto de fe. En 1904 escribió:

"Ellos [los hijos de Dios] no deben inducir a nadie a dudar de la personalidad distinta de Dios, o en cuanto al santuario y su servicio por medio de sus palabras o sus hechos.

"Todos necesitamos tener en mente el tema del santuario. Dios prohíbe que la charla que procede de labios humanos cercene la creencia de nuestros hermanos en la verdad de que hay un santuario en el cielo, y que un modelo de ese santuario se construyó una vez en esta tierra. El Señor desea que su pueblo se familiarice con ese modelo, teniendo en mente el santuario celestial donde Dios es todo y está en todo. Debemos mantener nuestras mentes vigorizadas por la oración y el estudio de la Palabra de Dios, de modo que podamos captar estas verdades" (Carta 233, 1904).

Puntos de vista sustentados solamente por el mal uso de las Escrituras

En 1905, al escribir especialmente de la obra que hacía el "pastor G" en el sentido de socavar la confianza en la verdad del santuario, Elena G. de White destacó la falta de solidez del uso que él hacía de la evidencia bíblica, y la certeza de nuestra comprensión de la verdad del santuario. Esto es lo que dijo:

"Le he estado rogando al Señor que me dé vigor y sabiduría para reproducir los escritos de los testigos que fueron confirmados en la fe en los primeros tiempos del mensaje. Después que pasó el tiempo en 1844, recibieron la luz y caminaron en la luz; y cuando se presentaron hombres que pretendían tener nueva luz, con sus maravillosos mensajes acerca de diversos puntos de las Escrituras, nosotros, por la operación del Espíritu Santo, teníamos testimonios precisos y apropiados, que anulaban la influencia de tales mensajes, tales como el que el pastor G estuvo ocupado en presentar.* Este pobre hombre ha estado trabajando decididamente en contra de la verdad que ha confirmado el Espíritu Santo.

"Cuando el poder de Dios testifica en cuanto a lo que es verdad, esa verdad debe mantenerse para siempre. No se debe dar cabida a ninguna suposición posterior contraria a la luz que Dios ha dado. Se levantarán hombres con interpretaciones de las Escrituras que son la verdad para ellos, pero que en realidad no son la verdad. La verdad para este tiempo nos ha sido dada por Dios como un fundamento para nuestra fe. 18

El mismo nos ha enseñado lo que es verdad. Se levantará uno, y después otro, con una nueva luz que contradice la luz que Dios ha dado mediante la demostración del poder de su Espíritu Santo. Todavía están vivos unos pocos de los que pasaron por la experiencia que logramos al establecer esta verdad. Dios ha preservado bondadosamente sus vidas para que repitan y repitan hasta el fin de sus días la experiencia por la cual pasaron, así como lo hizo el apóstol Juan hasta el fin de su vida. Y los portaestandartes que han fallecido, hablarán mediante la reimpresión de sus escritos. Se me ha instruido en el sentido de que así se han de oír sus voces. Han de dar testimonio de lo que constituye la verdad para este tiempo.

"No debemos recibir las palabras de los que vienen con un mensaje que contradice los puntos especiales de nuestra fe. Reúnen una cantidad de versículos y los amontonan como pruebas en torno de las teorías que sostienen. Eso se ha hecho vez tras vez durante los últimos cincuenta años. Y al mismo tiempo que las Escrituras son la Palabra de Dios y deben ser respetadas, constituye un gran error su aplicación, si ésta mueve un puntal del fundamento que Dios ha sostenido durante estos cincuenta años. El que lo hace no conoce la maravillosa demostración del Espíritu Santo que dio poder y fuerza a los mensajes del pasado que recibió el pueblo de Dios.

"Las pruebas del pastor G no son dignas de confianza. Si se las recibiera, destruirían la fe del pueblo de Dios en la verdad que nos ha hecho lo que somos.

"Debemos ser decididos en este asunto, pues no son correctos los puntos que él trata de probar mediante las Escrituras. No prueban que la experiencia pasada del pueblo de Dios fue un engaño. Tuvimos la verdad; fuimos dirigidos por los ángeles de Dios. La presentación del tema del santuario se dio bajo la dirección del Espíritu Santo. Los que no participaron en la gestación de nuestra fe serán elocuentes si guardan silencio. Dios nunca se contradice. Las pruebas bíblicas están mal aplicadas si se las fuerza para testificar de lo que no es verdadero. Se levantarán otro y otro más y 19 presentarán lo que pretendan que es gran luz y expondrán sus opiniones. Pero nos mantenemos fieles a los hitos antiguos" (Mensajes Selectos, tomo 1, págs. 188 -190).

La realidad del santuario celestial afirmada

Repetidas veces encontramos en los escritos de Elena G. de White declaraciones acerca de la realidad del santuario celestial, su moblaje y su servicio. Una de ellas fue escrita en 1880 cuando se refirió a la experiencia de los creyentes adventistas después del chasco:

"En su investigación descubrieron que el santuario terrenal, edificado por Moisés por mandato de Dios de acuerdo con el modelo que se le mostró en el monte, era un símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios, que sus dos lugares santos fueron figuras de las cosas celestiales; que Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote es ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre. . .

"El santuario celestial, en el cual Jesús ministra en nuestro favor, es el gran original, del cual el santuario edificado por Moisés fue una copia. . .

"El esplendor sin par del santuario terrenal reflejaba ante la vista humana las glorias del templo celestial donde Cristo, nuestro precursor, ministra por nosotros ante el trono de Dios.

"Así como en el santuario terrenal había dos compartimientos, el santo y el santísimo, hay dos lugares santos en el santuario celestial. Y el arca que contiene la ley de Dios, el altar del incienso, y otros instrumentos de servicio que se encontraban en el santuario terrenal, tienen también su contraparte en el santuario de arriba. En santa visión se le permitió al apóstol Juan entrar en el cielo y allí él contempló el candelabro y el altar del incienso, y cuando 'el templo de Dios fue abierto' vio 'el arca de su pacto' (Apoc. 4: 5; 8: 3; 11: 19). 20

" Los que buscaban la verdad encontraron pruebas irrefutables de la existencia de un santuario en el cielo. Moisés hizo el santuario terrenal de acuerdo con el modelo que se le mostró. Pablo declara que el modelo es el verdadero santuario que está en los cielos. Juan testifica que lo vio en el cielo" (Spirit of Prophecy, tomo 4, págs. 260, 261).

Con anterioridad ella había escrito especialmente acerca del moblaje:

"También se me mostró en la tierra un santuario con dos departamentos. Se parecía al del cielo, y se me dijo que era una figura del celestial. Los enseres del primer departamento del santuario terrestre eran como los del primer departamento del celestial. El velo estaba levantado; miré el interior del lugar santísimo del santuario celestial" (Primeros Escritos, pág. 252).

El arca y la ley en el santuario celestial

En diferentes ocasiones ella habló y escribió acerca del arca en el lugar santísimo del santuario celestial. Una de esas declaraciones fue hecha en un sermón predicado en Orebro, Suecia, en 1886.

"Os amonesto: no coloquéis vuestra influencia contra los mandamientos de Dios. Esa ley es tal como Jehová la escribió en el templo del cielo. El hombre puede hollar su copia terrenal, pero el original se conserva en el

arca de Dios en el cielo; y sobre la cubierta de esa arca, precisamente encima de esa ley está el propiciatorio. Jesús está allí mismo, delante de esa arca, para mediar por el hombre" (Comentarios de Elena G. de White, Comentario Bíblico Adventista, tomo 1, pág. 1123).

En 1903 escribió nuevamente de la realidad del santuario celestial:

"Podría decir mucho acerca del santuario; del arca que contiene la ley de Dios; de la cubierta del arca, el propiciatorio; de los ángeles a ambos lados del arca; y de otras cosas relacionadas con el santuario celestial y con el gran día de la expiación. Podría decir mucho acerca de los misterios del 21 cielo; pero mis labios están cerrados. No siento inclinación para tratar de describirlos" (Carta, 253, 1903).

Los engaños de los últimos días tendrán que ver con verdades vitales

Es claro que nuestro adversario, Satanás, tratará de conmover la fe del pueblo de Dios en la doctrina del santuario en estos "últimos días". Elena G. de White escribió:

"El Salvador predijo que en los últimos días aparecerían falsos profetas que arrastrarían discípulos tras sí; y también que los que en este tiempo de peligro debieran permanecer fieles a la verdad que está especificada en el libro de Apocalipsis, tendrían que enfrentarse con errores doctrinales tan sutiles que, de ser posible, engañarían a los mismos escogidos.

"Dios hará que todo sentimiento verdadero prevalezca. Satanás puede jugar hábilmente el juego de la vida con muchas almas, y actúa de la manera más disimulada y engañosa para arruinar la fe del pueblo de Dios y desanimarlo. . . Obra hoy como lo hizo en el cielo, para dividir al pueblo de Dios en la última etapa de la historia de esta tierra. Busca crear disensión, suscitar contención y discusión y quitar, si fuera posible, los antiguos hitos de verdad confiados al pueblo de Dios. Trata de que parezca que el Señor se contradijera a sí mismo.

"Cuando Satanás se presenta como ángel de luz, atrapa almas en sus redes, engañándolas. Hombres que pretenden haber sido enseñados por Dios adoptarán teorías falaces, y al enseñarlas adornarán de tal manera esas falacias que disimularán los engaños satánicos. De esa manera Satanás se presentará como ángel de luz, y tendrá la oportunidad de hacer oír sus amenas fábulas.

"Tendremos que enfrentar a estos falsos profetas. Se esforzarán por engañar a muchos, induciéndoles a aceptar falsas teorías. Muchos pasajes de las Escrituras serán mal aplicados de tal manera que en apariencia esas teorías engañosas estarán basadas en las palabras que Dios ha hablado. Se apropiarán de la preciosa verdad para sostener y establecer el error. Estos falsos profetas, que pretenden ser enseñados por Dios, tomarán preciosos pasajes de las Escrituras que han sido dados para adornar la verdad, y los usarán como vestiduras de justicia para cubrir teorías falsas y peligrosas. Y aun algunos a quienes en tiempos pasados el Señor honró, se apartarán tanto de la verdad que defenderán teorías erróneas concernientes a muchos aspectos de la verdad, incluso la cuestión del santuario" (Manuscrito 11, 1906 [la cursiva es nuestra]).

Pocas semanas después ella añadió estas palabras acerca de la importancia de la correcta comprensión de esta verdad: "Sé que la cuestión del santuario, tal cual la hemos sostenido durante tantos años, está basada en la justicia y la verdad. El enemigo es quien desvía las mentes. Le agrada cuando los que conocen la verdad se dedican a coleccionar textos para amontonarlos en derredor de teorías erróneas, que no tienen base en la verdad. Los pasajes de la Escritura así empleados están mal aplicados; no fueron dados para sostener el error sino para fortalecer la verdad" (Obreros Evangélicos, pág. 318).

Con los ojos fijos en el santuario

En ningún momento debemos perder de vista la importante obra que se está haciendo en nuestro favor en el santuario celestial. Se nos amonesta:

"Como pueblo, debemos ser estudiantes fervorosos de la profecía; no debemos descansar hasta que entendamos claramente el tema del santuario, que ha sido presentado en las visiones de Daniel y Juan. Este asunto arroja gran luz sobre nuestra posición y nuestra obra actual, y nos da una prueba irrefutable de que Dios nos ha dirigido en nuestra experiencia pasada. Explica nuestro chasco de 1844, mostrándonos que el santuario que había de ser purificado no era la tierra, como habíamos supuesto, sino que Cristo entró entonces en el lugar santísimo del santuario celestial, y allí está realizando la obra final de su misión sacerdotal en cumplimiento de las palabras del ángel comunicadas al profeta 23 Daniel: 'Hasta dos mil y trescientos días de tarde y mañana; y el santuario será purificado'.

"Nuestra fe con referencia al mensaje del primero, el segundo y el tercer ángeles era correcta. Los grandes hitos por los cuales hemos pasado son inmovibles. Aun cuando las huestes del infierno intenten derribarlos de sus fundamentos, y triunfar en el pensamiento de que han tenido éxito, no alcanzarán su objetivo. Estos pilares de la verdad permanecen tan incólumes como las montañas eternas, sin ser conmovidos por todos los esfuerzos de los hombres combinados con los de Satanás y su hueste. Podemos aprender mucho, y debemos

estar constantemente escudriñando las Escrituras para ver si estas cosas son así. El pueblo de Dios ha de tener ahora sus ojos fijos en el santuario celestial, donde se está realizando el servicio final de nuestro gran Sumo Sacerdote en la obra del juicio, donde él está intercediendo por su pueblo" (El Evangelismo, pág. 166).

Ese librito

Exceptuando unas pocas notas de pie de plana y las preguntas de estudio que siguen a cada capítulo, los materiales presentados a continuación son exclusivamente de la pluma de Elena G. de White y consisten principalmente en capítulos de Patriarcas y Profetas y El Gran Conflicto, con algunos materiales que los vinculan extraídos de varios escritos publicados de Elena G. de White. En cada caso se da la fuente. Como la mayoría de los lectores debe tener a mano los libros de Elena G. de White, nos ha parecido innecesario aquí, donde la brevedad es deseable, incluir porciones de capítulos que no están directamente relacionados con este tema: Cristo en su santuario.- Los Fideicomisarios de los Escritos de Elena G. de White. 24

CRISTO EN EL SISTEMA DE SACRIFICIOS *

El pecado de nuestros primeros padres trajo sobre el mundo la culpa y la angustia, y si no se hubiesen manifestado la misericordia y la bondad de Dios, la raza humana se habría sumido en irremediable desesperación.*

La caída del hombre llenó todo el cielo de tristeza. El mundo que Dios había hecho quedaba mancillado por la maldición del pecado, y habitado por seres condenados a la miseria y a la muerte. Parecería no existir escapatoria para aquellos que habían quebrantado la ley. . .

Pero el amor divino había concebido un plan mediante el cual el hombre podría ser redimido. La quebrantada ley de Dios exigía la vida del pecador. En todo el universo sólo existía uno que podía satisfacer sus exigencias en lugar del hombre. Puesto que la ley divina es tan sagrada como el mismo Dios, sólo uno igual a Dios podría expiar su transgresión.*

La primera indicación que el hombre tuvo acerca de su redención la oyó en la sentencia pronunciada contra Satanás en el huerto. El Señor declaró: " Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Gén. 3: 15). Esta sentencia, pronunciada en presencia de nuestros primeros padres, fue una promesa para ellos. Mientras precedía la lucha entre el hombre y Satanás, declaraba que el poder del gran adversario sería finalmente destruido. . . Aunque habrían de padecer por efecto del poder de su gran enemigo, podrían esperar una victoria final.* 25

Los ángeles celestiales explicaron más completamente a nuestros primeros padres el plan que había sido concebido para su redención. Se les aseguró a Adán y a su compañera que a pesar de su gran pecado, no se los abandonaría a merced de Satanás. El Hijo de Dios había ofrecido expiar, con su propia vida, la transgresión de ellos. Se les otorgaría un tiempo de gracia y, mediante el arrepentimiento y la fe en Cristo, podrían llegar a ser de nuevo hijos de Dios.

El carácter sagrado de la ley de Dios

El sacrificio exigido por su transgresión reveló a Adán y a Eva el carácter sagrado de la ley de Dios; y comprendieron mejor que nunca la culpa del pecado y sus horrorosos resultados.*

La ley de Dios existía antes que el hombre fuera creado. Los ángeles eran gobernados por ella. Satanás cayó porque transgredió los principios del gobierno de Dios. Después que Adán y Eva fueron creados, Dios les hizo conocer su ley. Esta no estaba escrita entonces, pero les fue repetida por Jehová. . .

Después del pecado y la caída de Adán, nada fue eliminado de la ley de Dios. Los principios de los Diez Mandamientos existían antes de la caída, y se ajustaban a la condición de un orden de seres santos.*

Esos principios fueron más explícitamente declarados al hombre después del pecado, y enunciados de manera que se adaptaran a las necesidades de las inteligencias caídas. Esto fue necesario a causa de que la mente del hombre había sido cegada por la transgresión.*

Se estableció entonces un sistema que requería el sacrificio de animales, a fin de mantener delante del hombre caído lo que la serpiente había hecho que Eva no creyera, que la paga de la desobediencia es la muerte. La transgresión de la ley de Dios hizo necesario que Cristo muriese como sacrificio, a fin de proporcionar al hombre una vía de escape de su castigo, y preservar al mismo tiempo el honor de la ley de Dios. El sistema de sacrificios había de enseñar al hombre humildad, 26 en vista de su condición caída, y conducirlo al arrepentimiento y a confiar solamente en Dios, por medio del Redentor prometido, para obtener el perdón por las pasadas transgresiones de su ley.*

El sistema de sacrificios fue trazado por Cristo mismo, y dado a Adán como un símbolo del Salvador que habría de venir.*

El hombre ofrece su primer sacrificio

Para Adán, ofrecer el primer sacrificio fue una ceremonia muy dolorosa. Tuvo que alzar la mano para quitar una vida que sólo Dios podía dar. Por primera vez iba a presenciar la muerte, y sabía que si hubiese sido obediente a Dios no la habrían conocido ni el hombre ni las bestias. Mientras mataba la inocente víctima temblaba al pensar que su pecado haría derramar la sangre del Cordero inmaculado de Dios. Esta escena le dio un sentido más profundo y vívido de la enormidad de su transgresión, que nada sino la muerte del querido Hijo de Dios podía expiar. Y se admiró de la infinita bondad del que daba semejante rescate para salvar a los culpables. Una estrella de esperanza iluminaba el tenebroso y horrible futuro, y lo libraba de una completa desesperación.*

Se le encomendó a Adán que enseñara a sus descendientes a temer al Señor y, por su ejemplo y humilde obediencia, les enseñase a tener en alta estima las ofrendas que simbolizaban al Salvador que habría de venir. Adán atesoró cuidadosamente lo que Dios le había revelado, y lo transmitió verbalmente a sus hijos y a los hijos de sus hijos.*

A la puerta del paraíso, guardada por querubines, se manifestaba la gloria de Dios, y allí iban los primeros adoradores a levantar sus altares y a presentar sus ofrendas.*

En los sacrificios ofrecidos en cada altar se veía al Redentor. Con la nube de incienso se elevaba de cada corazón contrito la oración de que Dios aceptara sus ofrendas como una muestra de fe en el Salvador venidero.* 27

El sistema de sacrificios confiado a Adán fue también pervertido por sus descendientes. La superstición, la idolatría, la crueldad y el libertinaje corrompieron el sencillo y significativo servicio que Dios había establecido. A través de su larga relación con los idólatras, el pueblo de Israel había mezclado muchas costumbres paganas con su culto; por consiguiente, en el Sinaí el Señor le dio instrucciones definidas tocante al servicio del santuario.*

PREGUNTAS PARA MEDITAR

1. ¿Por qué solamente uno igual a Dios podía expiar la transgresión de la ley divina? (Pág. 24.)
2. ¿Qué significado tuvo la declaración de Génesis 3: 15 para Satanás? ¿Para Adán y Eva? (Pág. 24.)
3. ¿Por qué se les otorgó un tiempo de gracia? (Pág. 25.)
4. ¿Cuál fue el propósito del sistema de sacrificios? (Pág. 25.)
5. ¿Por qué razón el primer sacrificio de Adán fue una ceremonia dolorosa? (Pág. 26.)
6. ¿Dónde levantaron Adán y Eva sus primeros altares? ¿Qué significa esto? (Pág. 26.) 28

EL SANTUARIO CELESTIAL EN MINIATURA

Mientras Moisés estaba en el monte, Dios le ordenó: "Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos" (Exo. 25: 8); y le dio instrucciones completas para la construcción del tabernáculo. A causa de su apostasía, los israelitas habían perdido el derecho a la bendición de la presencia divina, y por el momento hicieron imposible la construcción del santuario de Dios entre ellos. Pero después que les fuera devuelto el favor del Cielo, el gran caudillo procedió a ejecutar la orden divina.

Ciertos hombres escogidos fueron especialmente dotados por Dios con habilidad y sabiduría para la construcción del sagrado edificio. Dios mismo le dio a Moisés el plano con instrucciones detalladas acerca del tamaño y la forma, así como de los materiales que debían emplearse y de todos los objetos y muebles que había de contener. Los dos lugares santos hechos a mano, habían de ser "figura del verdadero", "figuras de las cosas celestiales" (Heb. 9: 24, 23), es decir, una representación, en miniatura, del templo celestial donde Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, después de ofrecer su vida como sacrificio, habría de interceder en favor de los pecadores. Dios presentó ante Moisés en el monte una visión del santuario celestial, y le ordenó que hiciera todas las cosas de acuerdo con el modelo que se le había mostrado. Todas estas instrucciones fueron escritas cuidadosamente por Moisés, quien las comunicó a los jefes del pueblo.

Para la construcción del santuario fue necesario hacer grandes y costosos preparativos; hacía falta gran cantidad de los materiales más preciosos y caros; no obstante, el Señor sólo aceptó ofrendas voluntarias. "Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda; de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda" (Exo. 25: 2). Tal fue la orden divina que Moisés repitió a la congregación. La devoción a Dios y un espíritu de sacrificio fueron los primeros requisitos para construir la morada del Altísimo. Todo el pueblo respondió unánimemente. "Y vino todo varón a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, con ofrenda a Jehová para la obra del tabernáculo de reunión y para toda su obra, y para las sagradas vestiduras. Vinieron así hombres como mujeres, todos los voluntarios de corazón, y trajeron, cadenas y zarcillos, anillos y brazaletes, y toda clase de joyas de oro; y todos presentaban ofrenda de oro a Jehová.

"Todo hombre que tenía azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabras, o pieles de carneros teñidas de rojo, o pieles de tejones, lo traía. Todo el que ofrecía ofrenda de plata o de bronce traía a Jehová la ofrenda; y todo el que tenía madera de acacia la traía para toda la obra del servicio.

"Además todas las mujeres sabias de corazón hilaban con sus manos, y traían lo que habían hilado: azul, púrpura, carmesí, o lino fino. Y todas las mujeres cuyo corazón las impulsó en sabiduría hilaron pelo de cabra. "Los príncipes trajeron piedras de ónice, y las piedras de los engastes para el efod y el pectoral, y las especias aromáticas y el aceite para el alumbrado, y para el aceite de la unción, y para el incienso aromático" (Exo. 35: 21-28).

Mientras se llevaba a cabo la construcción del santuario, el pueblo, fuesen ancianos o jóvenes, adultos, mujeres o niños, continuaron trayendo sus ofrendas hasta que los encargados de la obra vieron que ya tenían lo suficiente, y aun más de lo que podrían usar. Y Moisés hizo proclamar por todo el campamento: "Ningún hombre ni mujer haga más para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más". (Exo. 36: 6). 30

Las murmuraciones de los israelitas y cómo Dios castigó sus pecados fueron registrados como advertencia para las futuras generaciones. Y su devoción, su celo y generosidad, son un ejemplo digno de imitarse. Todos los que aman el culto de Dios y aprecian la bendición de su santa presencia, mostrarán el mismo espíritu de sacrificio en la preparación de una casa donde él pueda reunirse con ellos. Desearán traer al Señor una ofrenda de lo mejor que posean. La casa que se construya para Dios no debe quedar endeudada, pues con ello Dios será deshonrado. Debiera darse voluntariamente una cantidad suficiente para llevar a cabo la obra, para que los que la construyen puedan decir, como dijeron los constructores del tabernáculo: "No traigáis más ofrendas".

El tabernáculo y su construcción

El tabernáculo construido era desarmable, de modo que los israelitas pudieran llevarlo en su peregrinaje. Era por consiguiente pequeño, de sólo cincuenta y cinco pies de largo por dieciocho de ancho y alto.* No obstante, era una construcción magnífica. La madera que se empleó en el edificio y en sus muebles era de acacia, la menos susceptible al deterioro de todas las que había en el Sinaí. Las paredes consistían en tablas colocadas verticalmente, fijadas sobre basas de plata y aseguradas por columnas y travesaños; y todo cubierto de oro, lo cual hacía aparecer al edificio como de oro macizo. El techo estaba formado de cuatro juegos de cortinas; el de más adentro era "de lino torcido, azul, y púrpura, y carmesí: y . . . querubines de obra primorosa" (Exo. 26: 1); los otros tres eran de pelo de cabras, de cueros de carnero teñidos de rojo y de cueros de tejones, arreglados de tal manera que ofrecían completa protección.

El edificio se dividía en dos secciones mediante una bella y rica cortina, o velo, suspendida de columnas doradas; y una cortina semejante a la anterior cerraba la entrada de la 31 primera sección. Tanto estos velos como la cubierta interior que formaba el techo, eran de los más magníficos colores, azul, púrpura y escarlata, bellamente combinados, y tenían, recamados con hilos de oro y plata, querubines que representaban la hueste de los ángeles asociados con la obra del santuario celestial, y que son espíritus ministradores del pueblo de Dios en la tierra.

El santo tabernáculo estaba colocado en un espacio abierto llamado atrio, rodeado por cortinas de lino fino que colgaban de columnas de metal. La entrada a este recinto se hallaba en el extremo oriental. Estaba cerrada con cortinas de riquísima tela hermosamente trabajada aunque eran inferiores a las del santuario. Como estas cortinas del atrio alcanzaban sólo a la mitad de la altura de las paredes del tabernáculo, el edificio podía verse perfectamente desde afuera.

En el atrio, y cerca de la entrada, se hallaba el altar de bronce del holocausto. En este altar se consumían todos los sacrificios que debían ofrecerse por medio del fuego al Señor, y sobre sus cuernos se rociaba la sangre expiatoria. Entre el altar y la puerta del tabernáculo estaba la fuente, también de metal. Había sido hecha con los espejos donados voluntariamente por las mujeres de Israel. En la fuente los sacerdotes debían lavarse las manos y los pies cada vez que entraban en el santo compartimento, o cuando se acercaban al altar para ofrecer un holocausto al Señor.

En el primer departamento, o lugar santo, estaban la mesa para los panes de la proposición, el candelero o lámpara y el altar del incienso. La mesa de los panes de la proposición estaba hacia el norte. Tanto ella como su borde decorado, estaban revestidos de oro puro. Sobre esta mesa los sacerdotes debían poner cada sábado doce panes, arreglados en dos pilas y rociados con incienso. Por ser santos, los panes que se quitaban debían ser comidos por los sacerdotes. Al sur estaba el candelero de siete brazos, con sus siete lámparas. Sus brazos estaban decorados con flores exquisitamente labradas y parecidas a lirios; el conjunto estaba hecho de una pieza sólida de oro. Como no había ventanas en el tabernáculo, 32 las lámparas nunca se extinguían todas al

mismo tiempo, sino que ardían día y noche. Exactamente frente al velo que separaba el lugar santo del santísimo y de la inmediata presencia de Dios, estaba el altar de oro del incienso. Sobre este altar el sacerdote debía quemar incienso todas las mañanas y todas las tardes; sobre sus cuernos se aplicaba la sangre de la víctima de la expiación, y en el gran día de la expiación era rociado con sangre. El fuego que estaba sobre el altar fue encendido por Dios mismo, y se lo cuidaba devotamente. Día y noche, el santo incienso difundía su fragancia por los recintos sagrados del tabernáculo y por sus alrededores.

Más allá del velo interior estaba el lugar santísimo que era el centro del servicio de expiación e intercesión, y constituía el eslabón que unía el cielo y la tierra. En ese departamento estaba el arca, que era un cofre de madera de acacia, recubierto de oro por dentro y por fuera, y que tenía un reborde de oro encima. En él estaban guardadas las tablas de piedra, en las cuales Dios mismo había grabado los Diez Mandamientos. Por consiguiente, se lo llamaba arca del testamento de Dios, o arca de la alianza, puesto que los Diez Mandamientos eran la base de la alianza hecha entre Dios e Israel.

La cubierta del arca sagrada se llamaba "propiciatorio". Estaba hecha de una sola pieza de oro, y encima tenía dos querubines de oro, uno en cada extremo. Un ala de cada ángel se extendía hacia arriba, mientras la otra permanecía plegada sobre el cuerpo (véase Eze. 1: 11) en señal de reverencia y humildad. La posición de los querubines, con la cara vuelta el uno hacia el otro y mirando reverentemente hacia abajo sobre el arca, representaba la reverencia con la cual la hueste celestial mira la ley de Dios y su interés en el plan de redención.

Encima del propiciatorio estaba la "shekinah", o manifestación de la divina presencia; y desde en medio de los querubines Dios daba a conocer su voluntad. Los mensajes divinos eran comunicados a veces al sumo sacerdote mediante una voz que salía de la nube. Otras veces caía una luz sobre el ángel de la derecha, para indicar aprobación o aceptación o una sombra o nube descansaba sobre el ángel de la izquierda, para revelar desaprobación o rechazamiento.

La ley de Dios, guardada como reliquia dentro del arca, era la gran regla de la rectitud y del juicio. Esa ley determinaba la muerte del transgresor; pero encima de la ley estaba el propiciatorio, donde se revelaba la presencia de Dios y desde el cual, en virtud de la expiación, se otorgaba perdón al pecador arrepentido. Así, en la obra de Cristo en favor de nuestra redención, simbolizada por el servicio del santuario, "la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron" (Sal. 85: 10).

No hay palabras que puedan describir la gloria de la escena que se veía dentro del santuario, con sus paredes doradas que reflejaban la luz de los candeleros de oro, los brillantes colores de las cortinas ricamente bordadas con sus relucientes ángeles, la mesa y el altar del incienso refulgentes de oro; y más allá del segundo velo, el arca sagrada, con sus querubines místicos, y sobre ella la santa "shekinah", manifestación visible de la presencia de Jehová; pero todo esto era apenas un pálido reflejo de las glorias del templo de Dios en el cielo, que es el gran centro de la obra que se hace en favor de la redención del hombre.

Se necesitó alrededor de medio año para construir el tabernáculo. Cuando se terminó, Moisés examinó toda la obra de los constructores, comparándola con el modelo que se le enseñó en el monte y con las instrucciones que había recibido de Dios. "Y vio Moisés toda la obra, y he aquí que la habían hecho como Jehová había mandado; y los bendijo" (Exo. 39: 43). Con anhelante interés las multitudes de Israel se agolparon para ver el sagrado edificio. Mientras contemplaban la escena con reverente satisfacción, la columna de nube descendió sobre el santuario, y lo envolvió. "Y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo" (Exo. 40: 34). Hubo una revelación de la majestad divina, y por un momento ni siquiera Moisés pudo entrar. Con profunda emoción, el pueblo vio la señal de que la obra de sus manos era aceptada. 34 No hubo demostraciones de regocijo en alta voz. Una solemne reverencia se apoderó de todos. Pero la alegría de sus corazones se manifestó en lágrimas de felicidad, y susurraron fervientes palabras de gratitud porque Dios había condescendido a morar con ellos. El sacerdote y su vestimenta

En virtud de las instrucciones divinas, se apartó a la tribu de Leví para el servicio del santuario. En tiempos anteriores, cada hombre había sido sacerdote en su propia casa. En los días de Abrahán, por derecho de nacimiento, el sacerdocio recaía en el hijo mayor. Ahora, en vez del primogénito de todo Israel, el Señor apartó a la tribu de Leví para la obra del santuario. Mediante este señalado honor, Dios manifestó su aprobación por la fidelidad de los levitas, tanto por haber cumplido fielmente su servicio como por haber ejecutado sus juicios cuando el resto de las tribus apostataron al rendir culto al becerro de oro. El sacerdocio, no obstante, se restringió a la familia de Aarón. Este y sus hijos fueron los únicos a quienes se les permitió officiar ante el Señor; al resto de la tribu se les encargó el cuidado del tabernáculo y su mobiliario. Además, debían ayudar a los sacerdotes en su ministerio, pero no podían ofrecer sacrificios, ni quemar incienso, ni mirar los utensilios sagrados hasta que estuviesen cubiertos.

Se designó para los sacerdotes un traje especial, que concordaba con su oficio. "Y harás vestidos sagrados a Aarón tu hermano, para honra y hermosura" (Exo. 28: 2), fue la instrucción divina que se le dio a Moisés. El hábito del sacerdote común era de lino blanco tejido de una sola pieza. Se extendía casi hasta los pies, y estaba ceñido en la cintura por una faja de lino blanco bordada de azul, púrpura y rojo. Un turbante de lino, o mitra, completaba su vestidura exterior.

Ante la zarza ardiente se le ordenó a Moisés que se quitase las sandalias, porque la tierra en que estaba era santa. Tampoco los sacerdotes debían entrar en el santuario con el 35 calzado puesto. Las partículas de polvo adheridas a él habrían profanado el santo lugar. Debían dejar los zapatos en el atrio antes de entrar en el santuario, y también tenían que lavarse tanto las manos como los pies antes de servir en el tabernáculo o en el altar del holocausto. En esa forma se enseñaba constantemente que los que quieran acercarse a la presencia de Dios deben apartarse de toda impureza.

Las vestiduras del sumo sacerdote eran de costosa tela de bellísima hechura, como convenía a su elevada jerarquía. Además del traje de lino del sacerdote común, llevaba una túnica azul, también tejida de una sola pieza. El borde del manto estaba adornado con campanas de oro y granadas de color azul, púrpura y escarlata. Sobre esto llevaba el efod, vestidura más corta, de oro, azul, púrpura, escarlata y blanco, rodeada por una faja de los mismos colores, hermosamente elaborada. El efod no tenía mangas, y en sus hombreras bordadas con oro, tenía engarzadas dos piedras de ónix, que llevaban los nombres de las doce tribus de Israel.

Sobre el efod estaba el racional, la más sagrada de las vestiduras sacerdotales. Era de la misma tela que el efod. De forma cuadrada, medía un palmo, y colgaba de los hombros mediante un cordón azul prendido en argollas de oro. El ribete estaba formado por una variedad de piedras preciosas, las mismas que forman los doce fundamentos de la ciudad de Dios. Dentro del ribete había doce piedras engarzadas en oro, dispuestas en hileras de cuatro que, como las de los hombros, tenían grabados los nombres de las tribus. Las instrucciones del Señor fueron: "Y llevará Aarón los nombres de los hijos de Israel en el pectoral del juicio sobre su corazón, cuando entrare en el santuario, por memorial delante de Jehová continuamente" (Exo. 28: 29). Así también Cristo, el gran Sumo Sacerdote, al ofrecer su sangre ante el Padre en favor de los pecadores, lleva sobre el corazón el nombre de toda alma arrepentida y creyente. El salmista dice: "Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí" (Sal. 40: 17). 36

El Urim y el Tumim

A la derecha y a la izquierda del racional había dos piedras grandes y muy brillantes. Se llamaban Urim y Tumim. Mediante ellas se revelaba la voluntad de Dios al sumo sacerdote. Cuando se llevaban asuntos ante el Señor para que él los decidiera, si un nimbo iluminaba la piedra de la derecha era señal de aprobación o consentimiento divinos, mientras que si una nube oscurecía la piedra de la izquierda, era evidencia de negación o desaprobación.

La mitra del sumo sacerdote consistía en un turbante de lino blanco, que tenía una plaquita de oro sostenida por una cinta azul, con la inscripción: "Santidad a Jehová". Todo lo relacionado con la indumentaria y la conducta de los sacerdotes había de ser tal, que inspirara en el espectador el sentimiento de la santidad de Dios, de lo sagrado de su culto y de la pureza que se exigía a los que se allegaban a su presencia.

El servicio del santuario *

No sólo el santuario mismo, sino también el ministerio de los sacerdotes, debían servir de "figura y sombra de las cosas celestiales" (Heb. 8: 5). Por eso era de suma importancia; y el Señor, por medio de Moisés, dio las instrucciones más claras y precisas acerca de cada uno de los puntos de este culto simbólico.

El ministerio del santuario consistía en dos partes: un servicio diario y otro anual. El servicio diario se efectuaba en el altar de holocaustos en el atrio del tabernáculo, y en el lugar santo; mientras que el servicio anual se realizaba en el lugar santísimo.

Ningún ojo mortal, excepto el del sumo sacerdote, debía mirar el interior del lugar santísimo. Sólo una vez al año podía entrar allí el sumo sacerdote, y eso después de la 37 preparación más cuidadosa y solemne.

Temblando, entraba para presentarse ante Dios, y el pueblo en reverente silencio esperaba su regreso, con los corazones elevados en fervorosa oración para pedir la bendición divina. Ante el propiciatorio, el sumo sacerdote hacía expiación por Israel; y en la nube de gloria, Dios se encontraba con él. Si su permanencia en dicho sitio duraba más tiempo del acostumbrado, el pueblo sentía temor de que, a causa de los pecados de ellos o de él mismo, lo hubiese muerto la gloria del Señor.

El servicio diario consistía en el holocausto matutino y el vespertino, en el ofrecimiento del incienso en el altar de oro y en los sacrificios especiales por los pecados individuales. Además, había sacrificios para los sábados, las lunas nuevas y las fiestas especiales.

Cada mañana y cada tarde se ofrecía en holocausto sobre el altar un cordero de un año, con las oblações apropiadas, para simbolizar la consagración diaria a Dios de toda la nación y su constante dependencia de la sangre expiatoria de Cristo. Dios les indicó expresamente que toda ofrenda presentada para el servicio del santuario debía ser "sin defecto" (Exo. 12: 5). Los sacerdotes debían examinar todos los animales que se traían como sacrificio, y rechazar los defectuosos. Sólo una ofrenda "sin defecto" podía simbolizar la perfecta pureza de Aquel que había de ofrecerse como "cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Ped. 1: 19). El apóstol Pablo señala estos sacrificios como una ilustración de lo que los seguidores de Cristo han de llegar a ser. Dice: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Rom. 12: 1). Hemos de entregarnos al servicio de Dios, y debiéramos tratar de hacer esta ofrenda tan perfecta como sea posible. Dios no quedará satisfecho sino con lo mejor que podamos ofrecerle. Los que lo aman de todo corazón, desearán darle el mejor servicio de su vida, y constantemente tratarán de poner todas las facultades de su ser en perfecta armonía con las leyes que los habilitan para hacer la voluntad de Dios.

Al presentar la ofrenda del incienso el sacerdote se acercaba más directamente a la presencia de Dios que en ningún otro acto de los servicios diarios. Como el velo interior del santuario no llegaba hasta el techo del edificio, la gloria de Dios, que se manifestaba sobre el propiciatorio, era parcialmente visible desde el lugar santo. Cuando el sacerdote ofrecía incienso ante el Señor, miraba hacia el arca; y mientras ascendía la nube del incienso, la gloria divina descendía sobre el propiciatorio y henchía el lugar santísimo, y a menudo llenaba tanto las dos divisiones del santuario que el sacerdote se veía obligado a retirarse hasta la puerta del tabernáculo. Así como en ese servicio simbólico el sacerdote veía por la fe el propiciatorio que no podía contemplar, así ahora el pueblo de Dios ha de dirigir sus oraciones a Cristo, su gran Sumo Sacerdote quien, invisible para el ojo humano, está intercediendo en su favor en el santuario celestial.

El incienso, que ascendía con las oraciones de Israel, representaba los méritos y la intercesión de Cristo, su perfecta justicia, la cual por medio de la fe se acredita a su pueblo, y es lo único que puede influir para que el culto de los seres humanos sea aceptable a Dios. Delante del velo del lugar santísimo había un altar de intercesión perpetua; y delante del lugar santo, un altar de expiación continua. Había que acercarse a Dios mediante la sangre y el incienso, pues estas cosas simbolizaban al gran Mediador, por medio de quien los pecadores pueden acercarse a Jehová, y por cuya intervención tan sólo puede otorgarse misericordia y salvación al alma arrepentida y creyente.

Mientras de mañana y de tarde los sacerdotes entraban en el lugar santo a la hora de ofrecer el incienso, el sacrificio diario estaba listo para ser colocado sobre el altar de los holocaustos, en el atrio. Esta era una hora de intenso interés para los adoradores que se congregaban ante el tabernáculo. Antes de allegarse a la presencia de Dios por medio del 39 ministerio del sacerdote, debían hacer un ferviente examen de sus corazones y luego confesar sus pecados. Se unían en oración silenciosa, con los rostros vueltos hacia el lugar santo. Así sus peticiones ascendían con la nube de incienso, mientras la fe aceptaba los méritos del Salvador prometido al que simbolizaba el sacrificio expiatorio.

Las horas designadas para el sacrificio matutino y vespertino se consideraban sagradas, y toda la nación judía llegó a observarlas como momentos dedicados al culto. Y cuando en tiempos posteriores los judíos fueron diseminados como cautivos en distintos países, aún entonces a la hora indicada dirigían el rostro hacia Jerusalén, y elevaban sus oraciones al Dios de Israel. En esta costumbre los cristianos tienen un ejemplo para su oración matutina y vespertina. Si bien Dios condena la mera ejecución de ceremonias que carezcan del espíritu de culto, mira con gran satisfacción a los que le aman y se postran de mañana y tarde, para pedir el perdón de los pecados cometidos y las bendiciones que necesitan.

Los panes de la proposición se conservaban siempre ante la presencia del Señor como una ofrenda perpetua. De manera que formaban parte del sacrificio diario. También se los puede llamar "los panes de la presencia", porque siempre estaban ante el Señor. (Exo. 25: 30.) Era un reconocimiento de que el hombre depende de Dios tanto para su alimento temporal como para el espiritual, y de que se lo recibe únicamente en virtud de la mediación de Cristo. En el desierto Dios había alimentado a Israel con el pan del cielo, y el pueblo seguía dependiendo de su generosidad, tanto en lo referente a las bendiciones temporales como a las espirituales. El maná, así como los panes de la proposición, simbolizaba a Cristo, el pan viviente, quien está siempre en la presencia de Dios para interceder por nosotros. El mismo dijo: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan 6: 48-51). Sobre los panes se ponía incienso. Cuando se los cambiaba cada sábado, para reemplazarlos por panes frescos, el incienso se quemaba sobre el altar como recordatorio delante de Dios. 40

La parte más importante del servicio diario era la que se realizaba en favor de los individuos. El pecador arrepentido traía su ofrenda a la puerta del tabernáculo, y colocando la mano sobre la cabeza de la víctima,

confesaba sus pecados; así, en un sentido figurado, los trasladaba de su propia persona a la víctima inocente. Con su propia mano mataba entonces el animal, y el sacerdote llevaba la sangre al lugar santo y la rociaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había violado. Con esta ceremonia y en un sentido simbólico, el pecado era trasladado al santuario por medio de la sangre. En algunos casos no se llevaba la sangre al lugar santo, sino que el sacerdote debía comer la carne, tal como Moisés ordenó a los hijos de Aarón, diciéndoles: "La dio él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación" (Lev. 10: 17).* Las dos ceremonias simbolizaban igualmente el traslado del pecado del hombre arrepentido al santuario. Tal era la obra que se hacía diariamente durante todo el año. Con el traslado de los pecados de Israel al santuario, los lugares santos quedaban manchados, y se hacía necesaria una obra especial para quitar de allí esos pecados. Dios ordenó que se hiciera expiación por cada una de las sagradas divisiones lo mismo que por el altar. Así "lo limpiaré, y lo santificaré de las inmundicias de los hijos de Israel" (Lev. 16: 19).

El día de la expiación

Una vez al año, en el gran día de la expiación, el sacerdote entraba en el lugar santísimo para limpiar el santuario. La obra que se llevaba a cabo allí completaba el ciclo anual de ceremonias.

El día de la expiación se llevaban dos machos cabríos a la puerta del tabernáculo, y se echaba suerte sobre ellos, "la una suerte por Jehová, y la otra suerte por Azazel" (vers. 8). El macho cabrío sobre el cual caía la primera suerte debía matarse como ofrenda por el pecado del pueblo. Y el sacerdote debía llevar la sangre más allá del velo, y rociarla sobre el propiciatorio. "Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel y de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas" (vers. 16).

"Y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto" (vers. 21, 22). Sólo después de haberse alejado el macho cabrío el pueblo se consideraba libre de la carga de sus pecados. Todo hombre debía contristar su alma mientras se verificaba la obra de expiación. Todos los negocios se suspendían, y toda la congregación de Israel pasaba el día en solemne humillación delante de Dios, en oración, ayuno y profundo análisis del corazón.

Mediante este servicio anual se le enseñaban al pueblo importantes verdades acerca de la expiación. En la ofrenda por el pecado que se ofrecía durante el año, se había aceptado un sustituto en lugar del pecador; pero la sangre de la víctima no había hecho completa expiación por el pecado. Sólo había provisto un medio en virtud del cual el pecado se transfería al santuario. Al ofrecerse la sangre, el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba la culpa de su transgresión y expresaba su fe en Aquel que había de quitar los pecados del mundo; pero no quedaba completamente exonerado de la condenación de la ley.

El día de la expiación, el sumo sacerdote, al llevar una ofrenda por la congregación, entraba en el lugar santísimo con la sangre, y la rociaba sobre el propiciatorio, encima de las tablas de la ley. En esa forma los requerimientos de la ley, que exigían la vida del pecador, quedaban satisfechos. Entonces, en su carácter de mediador, el sacerdote tomaba los pecados sobre sí mismo, y salía del santuario llevando sobre sí la carga de las culpas de Israel. A la puerta del tabernáculo ponía las manos sobre la cabeza del macho cabrío, símbolo de Azazel, y confesaba "sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones, y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío". Y cuando el macho cabrío que llevaba estos pecados era conducido al desierto, se consideraba que con él se alejaban para siempre del pueblo. Tal era el servicio que se realizaba como "figura y sombra de las cosas celestiales" (Heb. 8: 5).

Una figura de las cosas celestiales

Como se ha dicho, el santuario terrenal fue construido por Moisés, conforme al modelo que se le mostró en el monte. "Es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios". Los dos lugares santos eran "figuras de las cosas celestiales". Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es el "ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre" (Heb. 9: 9, 23; 8: 2).

Cuando en visión se le mostró al apóstol Juan el templo de Dios que está en el cielo, vio que allí "ardían siete lámparas de fuego". Vio también a un ángel "con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono" (Apoc. 4: 5; 8: 3). Se le permitió al profeta contemplar el lugar santo del santuario celestial; y vio allí "siete lámparas de fuego ardiendo" y "el altar de oro", representados por el candelero de oro y el altar del incienso o perfume en el santuario terrenal. Nuevamente "el templo de Dios fue abierto en el cielo" (Apoc. 11: 19), y vio el lugar

santísimo detrás del velo interior. Allí contempló "el arca del testamento", representada por el arca sagrada construida por Moisés para guardar la ley de Dios.

Moisés hizo el santuario terrenal, "conforme al modelo que había visto". Pablo declara que "el tabernáculo y todos los vasos del ministerio", después de haber sido hechos, eran "figuras de las cosas celestiales" (Hech. 7: 44; Heb. 9: 21, 23). Y Juan dice que vio el santuario celestial. Aquel santuario, en el cual ofició Jesús en nuestro favor, es el gran original, del cual el santuario construido por Moisés era una copia.

Ningún edificio terrenal podría representar la grandeza y la gloria del templo celestial, la morada del Rey de reyes donde "millares de millares" le sirven y "millones de millones" están delante de él (Dan. 7: 10), de aquel templo henchido de la gloria del trono eterno, donde los serafines, sus guardianes resplandecientes, se cubren el rostro para adorar al Rey. Sin embargo, las verdades importantes acerca del santuario celestial y de la gran obra que allí se efectuaba en favor de la redención del hombre debían enseñarse mediante el santuario terrenal y sus servicios.

Después de su ascensión, nuestro Salvador iba a principiar su obra como nuestro Sumo Sacerdote. El apóstol Pablo dice: "No entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios" (Heb. 9: 24). Como el ministerio de Cristo se dividiría en dos grandes partes, ocuparía cada una un período y tendría un sitio distinto en el santuario celestial, así también el culto simbólico consistía en el servicio diario y el anual, y a cada uno de ellos se dedicaba una sección del tabernáculo.

Como Cristo, después de su ascensión, compareció ante la presencia de Dios para ofrecer su sangre en beneficio de los creyentes arrepentidos, así el sacerdote rociaba en el servicio diario la sangre del sacrificio en el lugar santo en favor de los pecadores.

Aunque la sangre de Cristo debía librar al pecador arrepentido de la condenación de la ley, no había de anular el pecado; éste queda registrado en el santuario hasta la expiación final; así en el símbolo, la sangre de la víctima quitaba el pecado del arrepentido, pero quedaba en el santuario hasta el día de la expiación.

Se limpia el registro de los pecados

En el gran día del juicio final, los muertos han de ser juzgados "por las cosas que" están "escritas en los libros, según sus obras" (Apoc. 20: 12). Entonces, en virtud de la sangre expiatoria de Cristo, los pecados de todos los que se hayan arrepentido sinceramente serán borrados de los libros celestiales. En esta forma el santuario será liberado, o limpiado, de los registros del pecado. En el símbolo, esta gran obra de expiación, o el acto de borrar los pecados, estaba representada por los servicios del día de la expiación, o sea de la purificación del santuario terrenal, que se realizaba en virtud de la sangre de la víctima y por la eliminación de los pecados que lo manchaban.

Así como en la expiación final los pecados de los arrepentidos serán eliminados de los registros celestiales, para no ser ya recordados, en el símbolo terrenal eran enviados al desierto y separados para siempre de la congregación.

Puesto que Satanás es el originador del pecado, el instigador directo de todos los pecados que causaron la muerte del Hijo de Dios, la justicia exige que Satanás sufra el castigo final. La obra de Cristo en favor de la redención del hombre y la purificación del pecado del universo, será concluida quitando el pecado del santuario celestial y colocándolo sobre Satanás, quien sufrirá el castigo final. Así, en el servicio simbólico, el ciclo anual del ministerio se completaba con la purificación del santuario y la confesión de los pecados sobre la cabeza del macho cabrío símbolo de Azazel.

De este modo, en el servicio del tabernáculo, y en el del templo que posteriormente ocupó su lugar, se enseñaban diariamente al pueblo las grandes verdades relativas a la muerte y al ministerio de Cristo, y una vez al año sus pensamientos eran llevados hacia los acontecimientos finales de la gran controversia entre Cristo y Satanás, y hacia la purificación final del universo, que lo limpiará del pecado y de los pecadores (Patriarcas y Profetas, págs. 356-372).

PREGUNTAS PARA MEDITAR

1. ¿Cuáles fueron los "primeros requisitos" para la preparación del santuario en el desierto? (Pág. 28.)
2. ¿Cuál fue la base del plan para la calificación de ese santuario? ¿Cómo se obtuvo? (Págs. 28, 29.)
3. ¿Qué significado tenía la difusión de la fragancia del incienso en el santuario y sus alrededores? (Págs. 32, 38, 39.)
4. ¿Qué nombre se daba a la manifestación de la Presencia divina, y dónde se producía? (Pág. 32.)
5. El asiento de la ley y la misericordia estaban en el lugar santísimo. ¿Por qué? (Pág. 32.)
6. ¿Por qué el pectoral era la más sagrada de las vestiduras sacerdotales? (Pág. 35.)

7. ¿Qué tres cosas debía inspirar en los espectadores la indumentaria y la conducta de los sacerdotes? (Pág. 36.)
8. ¿Por qué las instrucciones con respecto a cada parte del servicio del santuario eran tan explícitas? (Pág. 36.)
9. ¿Qué doble significado tenía el requerimiento de que el animal para el sacrificio fuera "sin defecto"? (Pág. 37.) 46
10. La ofrenda de incienso y sangre era simultánea. ¿Por qué debía ser así? (Págs. 38, 39.)
11. ¿En qué dos formas se transfería el pecado del penitente al santuario? (Pág. 40.)
12. ¿Cuándo y cómo se limpiaba el santuario del pecado del pueblo? (Pág. 41.)
13. ¿Qué objetos vio Juan cuando se le mostró en visión el primero y el segundo compartimientos del santuario celestial? ¿Cuál es la gloria y la grandeza del templo celestial? (Págs. 42, 43.)
14. ¿Cuáles eran los servicios diarios y anuales del santuario, y cómo se conectaban entre sí? Aplíquelos al ministerio de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote, y a la limpieza del santuario celestial del registro de pecados. (Págs. 42, 43.) 47

EL EVANGELIO EN LOS SÍMBOLOS Y LA REALIDAD

Salomón ejecutó sabiamente el plan de erigir un templo para el Señor, como David lo había deseado durante mucho tiempo. Durante siete años Jerusalén se vio llena de obreros activamente ocupados en nivelar el sitio escogido, construir grandes paredes de retención, echar amplios cimientos de "grandes piedras, piedras costosas. . . y piedras labradas" (1 Rey. 5: 17), dar forma a las pesadas maderas traídas de los bosques del Líbano y erigir el magnífico santuario.

Simultáneamente con la preparación de la madera y de las piedras a la cual muchos millares dedicaban sus energías, progresaba constantemente la elaboración de los muebles para el templo, bajo la dirección de Hiram de Tiro, "un hombre hábil y entendido. . . el cual" sabía "trabajar en oro, plata, bronce y hierro, en piedra y en madera, en púrpura y en azul, en lino y en carmesí" (2 Crón. 2: 13, 14).

En todo de acuerdo con el modelo

Mientras el edificio se iba levantando silenciosamente en el monte Moría con "piedras que traían ya acabadas, de tal manera que cuando la edificaban, ni martillos ni hachas se oyeron en la casa, ni ningún otro instrumento de hierro" (1 Rey. 6: 7), los hermosos adornos se ejecutaban de acuerdo con los modelos confiados por David a su hijo, "todos los utensilios para la casa de Dios" (2 Crón. 4: 19). Estas cosas incluían el altar del incienso, la mesa para los panes de la proposición, el candelero y sus lámparas, así como los vasos e instrumentos relacionados con el ministerio de los sacerdotes 48 en el lugar santo, todo "de oro, de oro finísimo" (vers. 21). Los enseres de bronce: el altar de los holocaustos, la gran cuba sostenida por doce bueyes, las fuentes de menor tamaño, los muchos otros vasos, "los fundió el rey en los llanos del Jordán, en tierra arcillosa, entre Sucot y Seredata" (2 Crón. 4: 17). Esos enseres fueron provistos en abundancia para que no se careciese de ellos.

Un templo de esplendor inigualado

De una belleza insuperable y esplendor sin rival era el palacio que Salomón y quienes le ayudaban erigieron para Dios y su culto. Adornado de piedras preciosas, rodeado por atrios espaciosos y recintos magníficos, forrado de cedro esculpido y de oro bruñido, el templo, con sus cortinas bordadas y muebles preciosos, era un emblema adecuado de la iglesia viva de Dios en la tierra, que a través de los siglos ha estado formándose de acuerdo con el modelo divino, con materiales comparados al "oro, plata, piedras preciosas", "labradas como las de un palacio" (1 Cor. 3: 12; Sal. 144: 12).*

Así fue construido el más espléndido santuario, de acuerdo con el modelo que se le mostró a Moisés en el monte, y presentado luego por el Señor a David. Además de los querubines que estaban en la cubierta del arca, Salomón hizo otros dos ángeles de mayor tamaño, situados a ambos extremos del arca, que representaban a los ángeles celestiales que guardan la ley de Dios. Es imposible describir la belleza y el esplendor de ese santuario. Dentro de este lugar, con solemne reverencia, fue transportada el arca por los sacerdotes, y se la colocó en su lugar, debajo de las alas de los dos imponentes querubines que estaban de pie en el suelo.

Dios manifiesta su aceptación

El coro sagrado elevó sus voces en alabanza a Dios, y la melodía de sus cantos fue acompañada por toda clase de instrumentos musicales. Y mientras en los atrios del templo resonaba 49 la alabanza, la nube de la gloria de Dios tomó posesión de la casa, como anteriormente había llenado el tabernáculo del desierto. "Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová" (1 Rey. 8: 10, 11)

Así como el santuario terrenal edificado por Moisés de acuerdo con el modelo que se le mostró en el monte, el templo de Salomón, con todos sus servicios, era un "símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios", sus dos compartimientos sagrados eran "figura y sombra de las cosas celestiales"; Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es un "ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre" (Heb. 8: 2).*

Todo el sistema de los tipos y símbolos era una profecía resumida del Evangelio, un medio por el cual se presentaban las promesas de la redención.*

Se perdió de vista la realidad

El Señor Jesús era el fundamento de todo el sistema judaico. Su imponente ritual era divinamente ordenado. El propósito de él era enseñar a la gente que en el tiempo prefijado vendría Aquel a quien señalaban esas ceremonias.*

Al apartarse de Dios, los judíos perdieron de vista mucho de lo que enseñaba el ritual. Este ritual había sido instituido por Cristo mismo. En todos sus aspectos, era un símbolo de él; y había estado lleno de vitalidad y hermosura espiritual. Pero los judíos perdieron la vida espiritual de sus ceremonias, y se aferraron a las formas muertas. Confiaban en los sacrificios y los ritos mismos, en vez de confiar en Aquel a quien éstos señalaban. A fin de reemplazar lo que habían perdido, los sacerdotes y rabinos multiplicaron los requerimientos de su invención; y cuanto más rígidos se volvían, tanto menos del amor de Dios manifestaban.* 50

El servicio del templo perdió su significado

Cristo era el fundamento y la vida del templo. Sus servicios eran típicos del sacrificio del Hijo de Dios. El sacerdocio había sido establecido para representar el carácter y la obra mediadora de Cristo. Todo el plan del culto de los sacrificios era una predicción de la muerte del Salvador para redimir al mundo. No habría eficacia en estas ofrendas cuando el gran suceso al cual señalaran durante siglos fuese consumado.

Puesto que toda la economía ritual simbolizaba a Cristo, no tenía valor sin él. Cuando los judíos sellaron su decisión de rechazar a Cristo entregándolo a la muerte, rechazaron todo lo que daba significado al templo y sus ceremonias. Su carácter sagrado desapareció. Quedó condenado a la destrucción. Desde ese día los sacrificios rituales y las ceremonias relacionadas con ellos dejaron de tener significado. Como la ofrenda de Caín, no expresaban fe en el Salvador. Al dar muerte a Cristo los judíos destruyeron virtualmente su templo. Cuando Cristo fue crucificado, el velo interior del templo se rasgó en dos desde arriba hacia abajo, indicando que el gran sacrificio final había sido hecho, y que el sistema de los sacrificios rituales había terminado para siempre.

"En tres días lo levantaré". A la muerte del Salvador, potencias de las tinieblas parecieron prevalecer, y se regocijaron por su victoria. Pero del sepulcro abierto de José, Jesús salió vencedor. "Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Col. 2: 15). En virtud de su muerte y resurrección, pasó a ser "ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre" (Heb. 8: 2). Los hombres habían construido el tabernáculo, y luego el templo de los judíos; pero el santuario celestial, del cual el terrenal era una figura, no fue construido por arquitecto humano. "He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo, el cual brotará de sus raíces y edificará el templo de Jehová. El edificará el templo de Jehová y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado" (Zac. 6: 12, 13). 51

Los ojos se vuelven hacia el verdadero sacrificio

El ceremonial de los sacrificios que había señalado a Cristo pasó; pero los ojos de los hombres fueron dirigidos al verdadero sacrificio por los pecados del mundo. Cesó el sacerdocio terrenal, pero miramos a Jesús, mediador del nuevo pacto, y "a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel". "Aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. . . . Pero estando ya presente Cristo, sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, . . . por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo habiendo obtenido eterna redención" (Heb. 12: 24; 9: 8-12).

"Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 7: 25). Aunque el ministerio se trasladaría del templo terrenal al celestial, aunque el santuario y nuestro gran Sumo Sacerdote fueran invisibles para los ojos humanos, los discípulos no habían de sufrir pérdida por ello. No sufrirían interrupción en su comunión, ni disminución de poder por causa de la ausencia del Salvador. Mientras Jesús ministra en el santuario celestial, es siempre por medio de su Espíritu el ministro de la iglesia en la tierra.*

Nuestro Sumo Sacerdote y Abogado

"Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado" (Heb. 9: 24-26). "Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios" (Heb. 10: 12). Cristo entró una sola vez en el lugar santo para obtener por nosotros eterna redención. "Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 7: 25). Se calificó a sí mismo para ser no solamente representante del hombre, sino también su abogado, de modo que toda alma, si así lo desea, pueda decir: "Tengo un Amigo en las cortes celestiales, un Sumo Sacerdote que se compadece de mis flaquezas". *

El santuario que está en el cielo es el mismo centro de la obra de Cristo en favor del hombre. Conciérneme a toda alma viviente sobre la tierra. Abre ante la vista el plan de redención, proyectándonos hasta el mismo fin del tiempo, y revelando el resultado triunfal del conflicto entre la justicia y el pecado. Es de la mayor importancia que todos investiguen cuidadosamente estos temas, y estén capacitados para dar respuesta a todos los que demanden razón de la esperanza que hay en ellos. *

PREGUNTAS PARA MEDITAR

1. ¿De qué manera singular fue construido el templo de Salomón? (Págs. 47, 48.)
2. ¿En qué sentido era un emblema el templo? (Pág. 48.)
3. ¿De qué manera mostró Dios su aprobación por el templo cuando éste fue terminado? (Págs. 48, 49.)
4. ¿Quién era el fundamento de todo el sistema judaico? (Pág. 49.) 53
5. Cuando los judíos despojaron de vida espiritual sus ceremonias, ¿qué hicieron? (Pág. 49.)
6. ¿Cuándo y cómo perdió el templo su significado y su santidad? (Pág. 50.)
7. ¿A quién fueron dirigidos entonces los ojos de los hombres como un ministerio significativo para su salvación? (Pág. 51.)
8. Jesús es a la vez el representante y el abogado del hombre, ¿cuál es la diferencia entre estas dos funciones? (Págs. 51, 52.) 54

EL MENSAJE DEL JUICIO CONMUEVE A LOS ESTADOS UNIDOS

Un agricultor íntegro y de corazón recto, que había llegado a dudar de la autoridad divina de las Santas Escrituras, pero que deseaba sinceramente conocer la verdad, fue el hombre especialmente escogido por Dios para dar principio a la proclamación de la segunda venida de Cristo. Como otros reformadores, Guillermo Miller había luchado con la pobreza en su juventud, y así había aprendido valiosas lecciones de dinamismo y abnegación. Los miembros de la familia de la que descendía se habían distinguido por un espíritu independiente y amante de la libertad, por su capacidad de resistencia y ardiente patriotismo; y estos rasgos sobresalían también en el carácter de Guillermo. Su padre fue capitán en la guerra de la independencia norteamericana, y a los sacrificios que hizo durante las luchas de aquella época tempestuosa pueden achacarse las circunstancias apremiantes que rodearon la juventud de Miller.

Poseía una robusta constitución, y ya desde su niñez dio pruebas de una inteligencia poco común, que se fue acentuando con la edad. Su espíritu era activo y bien desarrollado, y ardiente su sed de saber. Aunque no gozó de las ventajas de una instrucción académica, su amor al estudio y al hábito de reflexionar cuidadosamente, junto con su agudo criterio, hicieron de él un hombre de sano juicio y de gran comprensión. Su carácter moral era irreprochable, y gozaba de envidiable reputación, siendo generalmente estimado por su integridad, su frugalidad y su benevolencia. A fuerza de energía y aplicación no tardó en obtener un buen pasar, si bien conservó siempre sus hábitos de estudio. Desempeñó con éxito varios 55 cargos civiles y militares, y el camino hacia la riqueza y los honores parecía estarle ampliamente abierto.

Su madre era una mujer verdaderamente piadosa, de modo que durante su infancia estuvo sujeto a influencias religiosas. Sin embargo, siendo aún niño, tuvo trato con deístas, cuya influencia la reforzó el hecho de que la mayoría de ellos eran buenos ciudadanos y hombres de disposición humanitaria y benévola. Viviendo como vivían, en medio de instituciones cristianas, sus caracteres habían sido modelados hasta cierto punto por el ambiente. Debían a la Biblia las cualidades que les granjeaban respeto y confianza; y no obstante, tan hermosas dotes se habían malogrado hasta ejercer influencia en contra de la Palabra de Dios. Al tratarse con esos hombres Miller llegó a adoptar sus opiniones. Las interpretaciones corrientes de las Sagradas Escrituras presentaban dificultades que le parecían insuperables; pero como, al paso que sus nuevas creencias que le hacían rechazar la Biblia no le ofrecían nada mejor, distaba mucho de estar satisfecho. Sin embargo, conservó esas ideas cerca de doce años. Pero a la edad de 34, el Espíritu Santo obró en su corazón y le hizo sentir su

condición pecadora. No hallaba en sus creencias anteriores seguridad alguna de dicha para más allá de la tumba. El porvenir se le presentaba sombrío y tético. . .

En ese estado permaneció varios meses. "De pronto -dice-, el carácter de un Salvador se grabó hondamente en mi espíritu. Me pareció que bien podría existir un ser tan bueno y compasivo que expiara nuestras transgresiones, y nos librara así de sufrir la pena del pecado. Sentí inmediatamente cuán amable era este Alguien, y me imaginé que podría echarme en sus brazos y confiar en su misericordia. Pero surgió la pregunta: ¿Cómo se puede probar la existencia de tal ser? Encontré que, fuera de la Biblia, no podía obtener prueba alguna de la existencia de semejante Salvador, o siquiera de una existencia futura. . .

"Discerní que la Biblia presentaba precisamente un Salvador como el que yo necesitaba; pero no veía cómo un libro no inspirado pudiera desarrollar principios tan perfectamente 56 adaptados a las necesidades de un mundo caído. Me vi obligado a admitir que las Sagradas Escrituras debían ser una revelación de Dios. Llegaron a ser mi deleite; y encontré en Jesús un amigo. El Salvador vino a ser para mí el más señalado entre diez mil; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, se volvieron entonces antorcha a mis pies y luz a mi senda. Mi espíritu se llenó de calma y satisfacción. Encontré que el Señor Dios era la Roca en medio del océano de la vida. La Biblia llegó a ser entonces mi principal objeto de estudio, y puedo decir en verdad que la escudriñaba con gran deleite. Encontré que no se me había dicho nunca ni la mitad de lo que contenía. Me admiraba de que no hubiese visto antes su belleza y magnificencia, y de que hubiese podido rechazarla. En ella encontré revelado todo lo que mi corazón podía desear y un remedio para toda enfermedad del alma. Perdí enteramente el gusto por otra lectura, y me apliqué de corazón a adquirir la sabiduría de Dios" (S. Bliss, *Memoirs of William Miller*, págs. 65-67).

Miller hizo entonces pública profesión de fe en la religión que había despreciado antes. Pero sus compañeros incrédulos no tardaron en recurrir a todos los argumentos de que él mismo había echado mano a menudo contra la autoridad divina de las Santas Escrituras. El no estaba todavía preparado para contestarles; pero se dijo a sí mismo que si la Biblia es una revelación de Dios, debía ser consecuente consigo misma; y que habiendo sido dada para instrucción del hombre, debía estar adaptada a su inteligencia. Resolvió estudiar las Sagradas Escrituras por su cuenta, y averiguar si las aparentes contradicciones no podían armonizar. Procurando poner a un lado toda opinión preconcebida y prescindiendo de todo comentario, comparó pasaje con pasaje con la ayuda de las referencias marginales y de la Concordancia. Prosiguió su estudio de un modo regular y metódico; empezando con el Génesis, versículo por versículo; no pasaba adelante sino cuando el que estaba estudiando estaba aclarado, y se sentía libre de toda perplejidad. 57 Cuando encontraba algún pasaje oscuro, solía compararlo con todos los demás textos que parecían tener alguna relación con el asunto en cuestión. Le daba a cada palabra el sentido que le correspondía en el tema que trataba el texto, y si la idea que de él se formaba armonizaba con cada pasaje colateral, la dificultad desaparecía. Así, cada vez que daba con un pasaje difícil de comprender, encontraba la explicación en alguna otra parte de las Santas Escrituras. A medida que estudiaba y oraba fervorosamente para que Dios lo iluminara, lo que antes le había parecido oscuro se aclaraba. Experimentaba la verdad de las palabras del salmista: "El principio de tus palabras alumbró, hace entender a los simples" (Sal. 119: 130).

El estudio de las profecías

Con profundo interés estudió los libros de Daniel y Apocalipsis, siguiendo los mismos principios de interpretación que en los demás libros de la Biblia, y con gran gozo comprobó que era posible comprender los símbolos proféticos. Vio que en la medida en que se habían cumplido, las profecías lo habían hecho literalmente; que todas las diferentes figuras, metáforas, parábolas, semejanzas, etc., o estaban explicadas en su contexto inmediato, o los términos en que estaban expresadas se definían en otros pasajes; y que cuando eran así explicadas debían ser entendidas literalmente. "Así me convencí -dice- de que la Biblia es un sistema de verdades reveladas con tanta claridad y sencillez, que el que ande en el camino trazado por ellas, por insensato que sea, no tiene por qué extraviarse" (Id., pág. 70). A medida que paso a paso seguía los grandes lineamientos proféticos, sus esfuerzos fueron recompensados por el hallazgo de una cadena de verdades descubiertas eslabón tras eslabón. Ángeles del cielo dirigían sus pensamientos y descubrían las Escrituras a su inteligencia.

Tomando como criterio de estudio el modo en que las profecías se habían cumplido en lo pasado, para considerar 58 cómo se cumplirían las que aún faltaban, se convenció de que el concepto popular del reino espiritual de Cristo -un milenio temporal antes del fin del mundo, no estaba fundado en la Palabra de Dios. Esta doctrina que enseñaba que habría mil años de justicia y de paz antes de la venida personal del Señor, postergaba para un futuro muy lejano los juicios del día de Dios. Pero, por agradable que ella sea, es contraria a las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles, quienes declaran que el trigo y la cizaña crecerán juntos hasta la

siega en ocasión del fin del mundo; que "los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor"; que "en los postreros días vendrán tiempos peligrosos"; "y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca y destruirá con el resplandor de su venida" (Mat. 13: 30, 38-41; 2 Tim. 3: 13, 1; 2 Tes. 2: 8).

La iglesia apostólica no sustentaba la doctrina de la conversión del mundo y del reino espiritual de Cristo. No fue generalmente aceptada por los cristianos hasta casi a principios del siglo XVIII. Como todos los demás errores, éste también produjo malos resultados. Enseñó a los hombres a dejar para un remoto porvenir la venida del Señor, y les impidió que dieran importancia a las señales de su cercana llegada. Infundió un sentimiento de confianza y seguridad mal fundado, y llevó a muchos a descuidar la preparación necesaria para ir al encuentro de su Señor.

Miller encontró que la venida verdadera y personal de Cristo está claramente enseñada en las Sagradas Escrituras. San Pablo dice: "El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo". Y el Salvador declara que "verán al Hijo del Hombre, viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y grande gloria". "Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre". Será acompañado por todas las huestes del cielo, pues "el Hijo del Hombre" vendrá "en su gloria, y todos los santos ángeles con él". "Y enviará sus ángeles con 59 gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos" (1 Tes. 4:16; Mat. 24: 30, 27; 25: 31; 24: 31).

Cuando venga los justos muertos resucitarán, y los justos que estuvieron aún vivos serán transformados. "No todos dormiremos -dice Pablo-, mas todos seremos mudados, en un momento, en un abrir de ojos, al sonar la última trompeta: porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados. Porque es necesario que este cuerpo corruptible se revista de incorrupción, y que este cuerpo mortal se revista de inmortalidad" (1 Cor. 15: 51-53, VM). Y en 1 Tesalonicenses 4: 16, 17 (VM), después de describir la venida del Señor, dice: "Los muertos en Cristo se levantarán primero; luego, nosotros los vivientes, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos a las nubes, al encuentro del Señor, en el aire; y así estaremos siempre con el Señor".

El pueblo de Dios no puede recibir el reino antes que se produzca el advenimiento personal de Cristo. El Señor había dicho: "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria; y delante de él serán juntadas todas las naciones; y apartará a los hombres unos de otros, como el pastor aparta las ovejas de las cabras; y pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a la izquierda. Entonces dirá el Rey a los que estarán a su derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino destinado para vosotros desde la fundación del mundo!" (Mat. 25: 31-34, VM). Hemos visto por los pasajes que acabamos de citar que cuando venga el Hijo del hombre los muertos resucitarán incorruptibles, y los vivos serán transformados. Este gran cambio los preparará para recibir el reino, pues San Pablo dice: "La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción" (1 Cor. 15: 50, VM). En su estado presente el hombre es mortal, corruptible; pero el reino de Dios será incorruptible y sempiterno. Por lo tanto, en su estado presente el hombre no puede entrar en el reino de Dios. Pero cuando venga Jesús, concederá la inmortalidad a su pueblo; y luego llamará a sus hijos a poseer el reino, del que hasta aquí sólo han sido presuntos herederos.

Estos y otros pasajes bíblicos probaron claramente a Miller que los acontecimientos que generalmente se esperaba que se verificaran antes de la venida de Cristo, tales como un reino universal de paz y el establecimiento del reino de Dios en la tierra, debían realizarse después del segundo advenimiento. Además, todas las señales de los tiempos y el estado del mundo correspondían a la descripción profética de los últimos días. Por el solo estudio de las Sagradas Escrituras, Miller tuvo que llegar a la conclusión de que el período fijado para la subsistencia de la tierra en su estado actual estaba por terminar.

El impacto de la cronología bíblica

"Otra evidencia que afectó vitalmente mi espíritu -dice él- fue la cronología de las Santas Escrituras. . . Encontré que los acontecimientos predichos, que se habían cumplido en el pasado, se habían desarrollado muchas veces dentro de los límites de un tiempo determinado. Los ciento veinte años hasta el diluvio (Gén. 6: 3); los siete días que debían precederlo, con el anuncio de cuarenta días de lluvia (Gén. 7: 4); los cuatrocientos años de la permanencia de la posteridad de Abrahán en Egipto (Gén. 15: 13); los tres días de los sueños del coopero y del panadero (Gén. 40: 12-20); los siete años de Faraón (Gén. 41: 28-54); los cuarenta años en el desierto (Núm. 14: 34); los tres años y medio de hambre (1 Rey. 17: 1) [véase Luc. 4: 25] . . . los setenta años del cautiverio en Babilonia (Jer. 25: 11); los siete tiempos de Nabucodonosor (Dan. 4: 13-16); y las siete semanas, más sesenta y dos semanas, más una semana, que sumaban setenta semanas determinadas sobre los

judíos (Dan. 9: 24-27); todos los acontecimientos limitados por esos períodos no fueron una vez más que asuntos proféticos, pero se cumplieron de acuerdo con las predicciones" (Id., págs. 74, 75). 61

Por consiguiente, al encontrar en su estudio de la Biblia varios períodos cronológicos que, según su modo de entenderlos, se extendían hasta la segunda venida de Cristo, no pudo menos que considerarlos como los "tiempos señalados", que Dios había revelado a sus siervos. "Las cosas secretas -dice Moisés- pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre", y el Señor declara por el profeta Amós que "no hará nada sin que revele su secreto a sus siervos los profetas" (Deut. 29: 29; Amós 3: 7, VM). Así que los que estudian la Palabra de Dios pueden confiar en que encontrarán indicado con claridad en las Escrituras el acontecimiento más estupendo que debe realizarse en la historia de la humanidad.

"Estando completamente convencido -dice Miller- de que toda Escritura divinamente inspirada es útil (2 Tim. 3: 16); que en ningún tiempo fue dada por voluntad humana, sino que fue escrita por hombres santos inspirados por el Espíritu Santo (2 Ped. 1: 21), y esto 'para nuestra enseñanza' 'para que por la paciencia, y por la consolación de las Escrituras tengamos esperanza' (Rom. 15: 4), no pude menos que considerar la cronología de la Biblia tan pertinente a la Palabra de Dios y tan acreedora a que la tomáramos en cuenta como cualquiera otra parte de las Sagradas Escrituras. Pensé, por consiguiente, que al tratar de comprender lo que Dios, en su misericordia, había juzgado conveniente revelarnos, yo no tenía derecho a pasar por alto los períodos proféticos" (Id., pág. 75).

La profecía de Daniel 8: 14

La profecía que parecía revelar con mayor claridad el tiempo del segundo advenimiento, era la de Daniel 8: 14: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el Santuario" (VM). Siguiendo la regla que se había impuesto, de dejar que las Sagradas Escrituras se interpretaran a sí mismas, Miller llegó a saber que un día en 62 la profecía simbólica representa un año (Núm. 14: 34; Eze. 4: 6); vio que el período de los 2.300 días proféticos, o años literales, se extendía mucho más allá del fin de la era judaica, y que por consiguiente no podía referirse al santuario de aquella economía. Miller aceptaba la creencia general de que durante la era cristiana la tierra es el santuario, y dedujo por consiguiente que la purificación del santuario predicha en Daniel 8: 14 representaba la purificación de la tierra por fuego en el segundo advenimiento de Cristo. Llegó, pues, a la conclusión de que si podía encontrar el punto de partida de los 2.300 días, sería fácil fijar el tiempo del segundo advenimiento. . . (Id., pág. 76.)

Miller siguió escudriñando las profecías con más empeño y fervor que nunca, dedicando noches y días enteros al estudio de lo que resultaba entonces de tan inmensa importancia y absorbente interés. En el capítulo octavo de Daniel no pudo encontrar una pauta para descubrir el punto de partida de los 2.300 días. Aunque se le mandó que hiciera entender la visión a Daniel, el ángel Gabriel sólo le dio a éste una explicación parcial. Cuando el profeta vio las terribles persecuciones que sobrevendrían a la iglesia, desfallecieron sus fuerzas físicas. No pudo soportar más, y el ángel lo dejó por algún tiempo. Daniel quedó "sin fuerzas", y estuvo "enfermo algunos días". "Estaba asombrado de la visión -dice-; mas no hubo quien la explicase".

Y sin embargo Dios había ordenado a su mensajero: "Haz que éste entienda la visión". Esa orden debía ser ejecutada. En obediencia a ella, el ángel, poco tiempo después, volvió hacia Daniel, diciendo: "Ahora he salido para hacerte sabio de entendimiento"; "entiende pues la palabra, y alcanza inteligencia de la visión" (Dan. 8: 27, 16; 9: 22, 23, VM). Había un punto importante en la visión del capítulo octavo, que no había sido explicado, a saber, el que se refería al tiempo: el período de los 2.300 días; por consiguiente el ángel, al reanudar su explicación, se espació en la cuestión del tiempo: 63

"Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad. . . Sabe, pues y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, y no por sí . . . Y por otra semana confirmará el pacto a muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda" (Dan. 9: 24-27).

El ángel había sido enviado a Daniel con el objeto expreso de que le explicara el punto que no había logrado comprender en la visión del capítulo octavo, el dato relativo al tiempo: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario". Después de mandar a Daniel que "entienda" "la palabra" y que alcance inteligencia de "la visión", las primeras palabras del ángel son: "Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad". La palabra traducida aquí por "determinadas", significa literalmente "desglosadas". El ángel declara que setenta semanas, que representaban 490 años, debían ser desglosadas por corresponder especialmente a los judíos. Pero, ¿de dónde fueron desglosadas? Como los 2.300 días son el único período mencionado en el capítulo octavo, deben constituir el período del que fueron

desglosadas las setenta semanas; éstas deben, por consiguiente, formar parte de los 2.300 días, y ambos períodos deben comenzar juntos. El ángel declaró que las setenta semanas datan del momento cuando salió el edicto para reedificar Jerusalén. Si se puede encontrar la fecha de aquel edicto, queda fijado el punto de partida del gran período de los 2.300 días.

Ese decreto se encuentra en el capítulo séptimo de Esdras. (Vers. 12-26.) Fue promulgado en su forma más completa por Artajerjes, rey de Persia, en el año 457 AC. Pero en Esdras 6: 14 se dice que la casa del Señor fue edificada en Jerusalén "por mandamiento de Ciro, de Darío, y de Artajerjes rey de Persia". Estos tres reyes, al promulgar el decreto, confirmarlo y completarlo, lo pusieron en la condición 64 requerida por la profecía para que marcara el principio de los 2.300 años. Tomando el año 457 AC en el que se completó el decreto, como fecha de la orden, se comprobó que se había cumplido cada detalle de la profecía referente a las setenta semanas.

"Desde la salida de la palabra para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas" -es decir, sesenta y nueve semanas, o sea 483 años. El decreto de Artajerjes fue puesto en vigencia en el otoño del año 457 AC. Si partimos de esa fecha, los 483 años alcanzan al otoño del año 27 DC.* Entonces se cumplió esta profecía. La palabra "Mesías" significa "el Ungido". En el otoño del año 27 DC, Jesús fue bautizado por Juan y recibió la unción del Espíritu Santo. El apóstol Pedro testifica que "a Jesús de Nazaret. . . Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder" (Hech. 10: 38, VM). Y el mismo Salvador declara: "El Espíritu del Señor está sobre mí; por cuanto me ha ungió para anunciar buenas nuevas a los pobres". Después de su bautismo, Jesús volvió a Galilea, "predicando el Evangelio de Dios, y diciendo: Se ha cumplido el tiempo" (Luc. 4: 18; Mar. 1: 14, 15, VM).

"Y en otra semana confirmará el pacto a muchos". La semana de la cual se habla aquí es la última de las setenta. Son los siete últimos años del período concedido especialmente a los judíos. Durante ese plazo, que se extendió del año 27 al año 34 DC, Cristo, primero en persona y luego por intermedio de sus discípulos, presentó la invitación del Evangelio especialmente a los judíos. Cuando los apóstoles salieron para proclamar las buenas nuevas del reino, las 65 instrucciones del Salvador fueron: "Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis" (Mat. 10: 5, 6).

"A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda". En el año 31 DC, tres años y medio después de su bautismo, nuestro Señor fue crucificado. Con el gran sacrificio ofrecido en el Calvario, terminó aquel sistema de ofrendas que durante cuatro mil años había prefigurado al Cordero de Dios. El símbolo se encontró con la realidad, y todos los sacrificios y oblationes del sistema ceremonial debían cesar.

Las setenta semanas ó 490 años concedidos a los judíos, terminaron, como lo vimos, en el año 34 DC. En dicha fecha, por decisión del Sanedrín judaico, la nación selló su rechazamiento del Evangelio con el martirio de Esteban y la persecución de los discípulos de Cristo. Entonces el mensaje de salvación, al no estar más reservado exclusivamente para el pueblo elegido, fue dado al mundo. Los discípulos, obligados por la persecución a huir de Jerusalén, "andaban por todas partes, predicando la Palabra". "Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les proclamó el Cristo". Pedro, guiado por Dios, dio a conocer el Evangelio al centurión de Cesarea, el piadoso Cornelio; el ardiente Pablo, ganado a la fe de Cristo, fue comisionado para llevar las alegres nuevas "lejos. . . a los gentiles" (Hech. 8: 4, 5; 22: 21, VM).

Hasta aquí cada uno de los detalles de las profecías se ha cumplido de una manera sorprendente, y el principio de las setenta semanas queda establecido irrefutablemente en el año 457 AC, y su fin en el año 34 DC.

Partiendo de esta fecha no es difícil encontrar el término de los 2.300 días. Descontadas las setenta semanas -490 días- de los 2.300 días, quedan 1.810 días. Concluidos los 490 días, quedaban aún por cumplirse los 1.810 días. Si contamos desde el año 34 DC, los 1.810 años llegan al año 1844. Por consiguiente, los 2.300 días de Daniel 8: 14 terminaron en 1844. Al fin de ese gran período profético, según el testimonio del ángel de Dios, "el santuario" debía ser "purificado". De este modo la fecha 66 de la purificación del santuario -la cual se creía casi universalmente que se verificaría en ocasión del segundo advenimiento de Cristo- quedó definitivamente establecida.

Miller y sus colaboradores creyeron primero que los 2.300 días terminarían en la primavera de 1844, mientras que la profecía señala el otoño de ese mismo año. La mala interpretación de este punto fue causa de desengaño y perplejidad para los que habían fijado para la primavera de dicho año el momento de la venida del Señor. Pero no afectó en lo más mínimo la fuerza de la argumentación que demuestra que los 2.300 días terminaron en 1844 y que el gran acontecimiento representado por la purificación del santuario debía verificarse entonces. El deber de comunicarlo a otros

Al empezar a estudiar las Sagradas Escrituras como lo hizo, para probar que son una revelación de Dios, Miller no tenía la menor idea de que llegaría a la conclusión a que había arribado . . . Pero las pruebas de la Santa Escritura eran demasiado evidentes y concluyentes para rechazarlas.

Había dedicado dos años al estudio de la Biblia, cuando, en 1818, llegó a tener la solemne convicción de que unos 25 años después aparecería Cristo para redimir a su pueblo. "No necesito hablar -dice Miller- del gozo que llenó mi corazón ante tan bella perspectiva, ni de los ardientes anhelos de mi alma de participar del júbilo de los redimidos. La Biblia fue para mí entonces un libro nuevo. Era esto en verdad una fiesta de la razón; todo lo que para mí había sido sombrío, místico u oscuro en sus enseñanzas, había desaparecido de mi mente ante la clara luz que brotaba de sus sagradas páginas; y ¡Oh! ¡Cuán brillante y gloriosa aparecía la verdad! Todas las contradicciones y disonancias que había encontrado antes en la Palabra desaparecieron; y si bien quedaban muchas partes que no comprendía del todo, era tanta la luz que de las Escrituras manaba para alumbrar mi inteligencia oscurecida, que al estudiarlas sentía un deleite ⁶⁷ que nunca antes me hubiera figurado que podría sacar de sus enseñanzas' " (Id., págs. 76, 77).

"Solemnemente convencido de que las Santas Escrituras anunciaban el cumplimiento de tan importantes acontecimientos a tan corto plazo, surgió con fuerza en mi alma la cuestión de saber cuál era mi deber hacia el mundo, en vista de la evidencia que había conmovido mi propio espíritu" (Id., pág. 18). No pudo menos que sentir que era su deber impartir a otros la luz que había recibido. Esperaba encontrar oposición de parte de los incrédulos, pero estaba seguro de que todos los cristianos se alegrarían en la esperanza de ir al encuentro del Salvador a quien profesaban amar. Lo único que temía era que en su gran júbilo por la perspectiva de la gloriosa liberación que debía cumplirse tan pronto, muchos recibiesen la doctrina sin examinar detenidamente las Santas Escrituras para ver si era la verdad. De aquí que vacilara en presentarlas, por temor de estar errado y de hacer descarriar a otros. Esto lo indujo a revisar las pruebas que apoyaban las conclusiones a que había llegado, y a considerar cuidadosamente cualquier dificultad que se presentara a su espíritu. Descubrió que las objeciones se desvanecían ante la luz de la Palabra de Dios como la neblina ante los rayos del sol. Los cinco años que dedicó a esos estudios lo dejaron enteramente convencido de que su manera de ver era correcta.

El deber de hacer conocer a otros lo que él creía estar tan claramente enseñado en las Sagradas Escrituras, se le impuso entonces con nueva fuerza . . .

Empezó a presentar sus ideas en forma privada siempre que se le ofrecía la oportunidad, rogando a Dios que algún ministro sintiera la fuerza de ellas y se dedicara a proclamarlas. Pero no podía librarse de la convicción de que tenía un deber personal que cumplir dando el aviso. De continuo se presentaban a su espíritu las siguientes palabras: "Anda y anúncialo al mundo; su sangre demandaré de tu mano". Esperó nueve años; y ese peso continuaba gravitando sobre ⁶⁸ su alma, hasta que en 1831 expuso por primera vez en público las razones de la fe que tenía.

Comienza un despertar religioso

Al pedido de sus hermanos, en cuyas palabras creyó oír el llamamiento de Dios, se debió que Miller consintiera en presentar sus opiniones en público. Tenía ya cincuenta años, y como no estaba acostumbrado a hablar en público, se consideraba incapaz de hacer la obra que de él se esperaba. Pero desde el principio sus labores fueron notablemente bendecidas para la salvación de las almas. Su primera conferencia fue seguida de un reavivamiento religioso, durante el cual treinta familias enteras, menos dos personas, se convirtieron. Se lo instó inmediatamente a que hablara en otros lugares, y casi en todas partes su obra tuvo como resultado un avivamiento de la obra del Señor. Los pecadores se convertían; los cristianos renovaban su consagración a Dios; y los deístas e incrédulos se sentían inducidos a reconocer la verdad de la Biblia y de la religión cristiana. El testimonio de aquellos entre quienes trabajó fue éste: "Consigue ejercer influencia en una clase de espíritus a la que no afecta la influencia de otros hombres" (Id., pág. 138). Su predicación despertaba interés en los grandes asuntos de la religión y contrarrestaba la mundanalidad y la sensualidad crecientes de la época. En casi todas las ciudades se convertían los oyentes por docenas y hasta por centenares. En muchas poblaciones se le abrían de par en par las iglesias protestantes de casi todas las denominaciones, y las invitaciones para trabajar en ellas provenían generalmente de los mismos ministros de diversas congregaciones. Tenía por regla invariable no trabajar donde no hubiera sido invitado. Sin embargo, pronto vio que le era imposible atender siquiera la mitad de las invitaciones que se le hacían. ⁶⁹

Evidencias de la bendición divina

Muchos que no aceptaban su modo de ver en cuanto a la fecha exacta del segundo advenimiento, estaban convencidos de la seguridad y la proximidad de la venida de Cristo, y de que necesitaban prepararse para ella. En algunas de las grandes ciudades sus labores hicieron extraordinaria impresión. Hubo taberneros que abandonaron su negocio y convirtieron sus establecimientos en salas de culto; los garitos eran abandonados;

los incrédulos, deístas, universalistas y hasta libertinos de los más perdidos -algunos de los cuales no habían entrado en ningún lugar de culto desde hacía años- se convirtieron. Las diversas denominaciones organizaron reuniones de oración en diferentes barrios, y a casi cualquier hora del día los hombres de negocios se reunían para orar y cantar alabanzas. No se manifestaba una excitación extravagante, sino un sentimiento de solemnidad que dominaba a casi todos. La obra de Miller, como la de los primeros reformadores, tendía más a convencer el entendimiento y a despertar la conciencia que a excitar las emociones.

En 1833 Miller recibió de la Iglesia Bautista, de la cual era miembro, una licencia que lo autorizaba a predicar. Además, un buen número de miembros de su denominación aprobaban su obra, y le dieron su sanción formal mientras proseguía sus labores.

Viajaba y predicaba sin descanso, si bien sus tareas personales se limitaban principalmente a los estados del este y el centro de los Estados Unidos. Durante varios años sufragó él mismo todos sus gastos, y ni aun más tarde se le costearon nunca por completo los gastos de viaje a los lugares adonde se lo llamaba. De modo que, lejos de reportarle provecho pecuniario, sus labores públicas constituían un pesado gravamen para su fortuna particular, que fue menguando durante este período de su vida. Era padre de una numerosa familia, pero como todos los miembros de ella eran frugales y 70 diligentes, el campo que poseía bastaba para el sustento de todos.

La última de las señales

En 1833, dos años después de haber principiado Miller a presentar en público las pruebas de la próxima venida de Cristo, apareció la última de las señales que habían sido anunciadas por el Salvador como precursoras de su segundo advenimiento. Jesús había dicho: "Las estrellas caerán del cielo" (Mat. 24: 29). Y Juan, al recibir la visión de las escenas que anunciarían el día de Dios, declara en el Apocalipsis: "Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento" (Apoc. 6: 13). Esta profecía se cumplió de modo sorprendente y pasmoso con la gran lluvia de meteoritos del 13 de noviembre de 1833. Fue éste el más extendido y admirable espectáculo de estrellas fugaces que se haya registrado, pues, "sobre todos los Estados Unidos el firmamento entero estuvo entonces, durante horas seguidas, en conmoción ígnea. No ha ocurrido jamás en este país, desde el tiempo de los primeros colonos, un fenómeno celeste que despertara tan grande admiración entre unos, ni tanto terror y alarma entre otros". "Su sublimidad y terrible belleza quedan aún grabadas en el recuerdo de muchos . . . jamás cayó lluvia más abundante que ésta, cuando cayeron los meteoros hacia la tierra; al este, al oeste, al norte y al sur era lo mismo. En una palabra, todo el ciclo parecía en conmoción . . . El espectáculo, tal como está descrito en el diario del profesor Silliman, fue visto en toda la América del Norte . . . Desde las dos de la madrugada hasta la plena claridad del día, en un firmamento perfectamente sereno y sin nubes, todo el cielo estuvo constantemente surcado por una lluvia incesante de cuerpos que brillaban de modo deslumbrador" (R. M. Devens, *American Progress*; o *The Great Events of the Greatest Century*, cap. 28, párr. 1-5).

En el *Journal of Commerce* de Nueva York, del 14 de noviembre de ese año, se publicó un largo artículo referente a este maravilloso fenómeno, y en él se leía la siguiente declaración: "Supongo que ningún filósofo ni erudito ha referido o registrado jamás un suceso como el de ayer por la mañana. Hace mil ochocientos años un profeta lo predijo con toda exactitud, si entendemos que las estrellas que cayeron eran estrellas errantes o fugaces . . . que es el único sentido verdadero y literal".

Así se cumplió la última de las señales de su venida acerca de las cuales Jesús había dicho a sus discípulos: "Cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas" (Mat. 24: 33). Después de estas señales, Juan vio que el gran acontecimiento que debía seguir consistía en que el cielo desaparecería como un pergamino que se enrolla, mientras la tierra fuera sacudida, las montañas y las islas fueran movidas de sus lugares, y los impíos, aterrorizados, tratarán de esconderse de la presencia del Hijo del Hombre. (Apoc. 6: 12-17.)

Muchos de los que presenciaron la caída de las estrellas la consideraron como un anuncio del juicio venidero: "Como un símbolo terrible, seguro precursor, señal misericordioso, de aquel día grande y terrible" (*The Old Countryman*, Portland, 26 de noviembre de 1833). Así se dirigió la atención de la gente al cumplimiento de la profecía, y muchos fueron inducidos a hacer caso del anuncio del segundo advenimiento.

La Biblia y solamente la Biblia

Guillermo Miller poseía grandes dotes intelectuales, disciplinadas por la reflexión y el estudio; y a ellas añadió la sabiduría del cielo al ponerse en relación con la Fuente de la sabiduría. Era un hombre de verdadero valor, que no podía menos que imponer respeto y granjearse el aprecio dondequiera se estimaran la integridad, el carácter y el valor moral. Al unir una verdadera bondad de corazón con la humildad cristiana y el dominio de sí mismo, era atento y afable con todos, y estaba siempre listo para escuchar las opiniones de 72 los demás

y pesar sus argumentos. Sin apasionamiento ni agitación examinaba todas las teorías y doctrinas a la luz de la Palabra de Dios; y su sano juicio y profundo conocimiento de las Santas Escrituras le permitían descubrir y refutar el error.

Sin embargo, no prosiguió su obra sin encontrar violenta oposición. Como les sucedió a los primeros reformadores, las verdades que proclamaba no fueron recibidas favorablemente por los maestros religiosos. Como éstos no podían sostener sus posiciones apoyándose en las Santas Escrituras, se vieron obligados a recurrir a los dichos y doctrinas de los hombres, a las tradiciones de los padres. Pero la Palabra de Dios era el único testimonio que aceptaban los predicadores de la verdad del segundo advenimiento. "La Biblia, y solamente la Biblia", era su consigna. La falta de argumentos bíblicos de parte de sus adversarios era suplida por el ridículo y la burla. Se empleó tiempo, medios y talentos para difamar a aquellos cuyo único crimen consistía en esperar con gozo el regreso de su Señor, en esforzarse por vivir santamente, y en exhortar a los demás a que se prepararan para su aparición . . .

El instigador de todo mal no trató únicamente de contrarrestar los efectos del mensaje del advenimiento, sino de destruir al mismo mensajero. Miller aplicaba con sentido práctico la verdad bíblica a los corazones de sus oyentes, reprobaba sus pecados y turbaba el sentimiento de satisfacción de sí mismos, y sus palabras claras y contundentes despertaron la animosidad de ellos. La oposición que manifestaron los miembros de las iglesias contra su mensaje alentó a las clases bajas a ir aún más allá; y hubo enemigos que conspiraron para quitarle la vida al salir del local de reunión. Pero hubo ángeles guardianes entre la multitud, y uno de ellos, bajo la forma de un hombre, tomó el brazo del siervo de Dios, y lo puso a salvo del populacho enfurecido. Su obra no estaba aún terminada, y Satanás y sus emisarios se vieron frustrados en sus planes. 73

A pesar de tanta oposición, el interés en el movimiento adventista siguió en aumento. De decenas y centenas, el número de los creyentes alcanzó a miles. Las diferentes iglesias se habían acrecentado notablemente, pero al poco tiempo la oposición se manifestó hasta contra los conversos ganados por Miller, y las iglesias empezaron a tomar medidas disciplinarias contra ellos. Esto indujo a Miller a instar a los cristianos de todas las denominaciones a que, si sus doctrinas eran falsas, se lo probaran con las Escrituras.

"¿Qué hemos creído -decía él- que no nos haya sido ordenado creer por la Palabra de Dios, que vosotros mismos reconocéis como regla única de nuestra fe y de nuestra conducta? ¿Qué hemos hecho para que se nos arrojen tan virulentos cargos y diatribas desde el púlpito y la prensa, y para daros motivo para excluirnos a nosotros [los adventistas] de vuestras iglesias y de vuestra comunión?" "Si estamos equivocados, os ruego nos enseñéis en qué consiste nuestro error. Probadnos por la Palabra de Dios; harto se nos ha ridiculizado, pero no será eso lo que pueda jamás convencernos de que estamos en el error; solamente la Palabra de Dios puede cambiar nuestro modo de ver. Llegamos a nuestras conclusiones después de madura reflexión y de mucha oración, a medida que veíamos las evidencias en las Escrituras" (Id., págs. 250, 252).

Reacciones diferentes

¿Por qué la doctrina y la predicación de la segunda venida de Cristo fueron tan mal recibidas por las iglesias? Si bien el advenimiento del Señor significa desgracia y desolación para los impíos, para los justos es motivo de dicha y esperanza. Esta gran verdad que había sido consuelo de los fieles siervos de Dios a través de los siglos, ¿por qué se convirtió, como su Autor, en "piedra de tropiezo, y roca de caída" para los que profesaban ser su pueblo? Fue nuestro Señor mismo quien prometió a sus discípulos: "Si yo fuere y os preparara lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo" (Juan 14: 3, VM). 74

El compasivo Salvador fue quien, previendo el abandono y el dolor de sus discípulos, encargó a los ángeles que los consolaran con la seguridad de que volvería en persona, como había ascendido al cielo. Mientras los discípulos estaban mirando con ansia el cielo para captar la última visión de Aquel a quien amaban, estas palabras atrajeron su atención: "Varones galileos, ¿por qué os quedáis mirando así al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al Cielo, así vendrá del mismo modo que le habéis visto ir al cielo" (Hech. 1: 11, VM). El mensaje de los ángeles reavivó la esperanza de los discípulos. "Volviéron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios" (Luc. 24: 52, 53). No se alegraban de que Jesús se hubiera separado de ellos ni de que hubiesen quedado aquí para luchar con las pruebas y tentaciones del mundo, sino porque los ángeles les habían asegurado que él volvería.

La proclamación de la venida de Cristo debería ser ahora, tal como fue cuando la hicieron los ángeles a los pastores de Belén, una buena nueva de gran gozo. Los que aman verdaderamente al Salvador no pueden menos de recibir con aclamaciones de alegría el anuncio fundado en la Palabra de Dios de que Aquel en quien se concentran sus esperanzas para la vida eterna volverá, no para ser insultado, despreciado y rechazado como en su primer advenimiento, sino con poder y gloria, para redimir a su pueblo. Son los que no aman al

Salvador quienes desean que no regrese; y no puede haber prueba más concluyente de que las iglesias se han apartado de Dios, que la irritación y la animosidad despertadas por este mensaje celestial.

Los que aceptaron la doctrina del advenimiento sintieron la necesidad de arrepentirse y humillarse ante Dios. Muchos habían estado vacilando bastante tiempo entre Cristo y el mundo; entonces comprendieron que era tiempo de decidirse. "Las cosas eternas asumieron para ellos extraordinaria realidad. Acercóseles el cielo y se sintieron culpables ante Dios" (Id., pág. 146). Nueva vida espiritual se despertó en 75 los creyentes. El mensaje les hizo sentir que el tiempo era corto, que debían hacer prestamente cuanto debían hacer por sus semejantes. La tierra retrocedía, la eternidad parecía abrirse ante ellos, y el alma, con todo lo concerniente a su dicha o infortunio eternos, eclipsaba por así decirlo todo objeto temporal. El Espíritu de Dios descansaba sobre ellos, y daba fuerza a los llamamientos ardientes que dirigían tanto a sus hermanos como a los pecadores a fin de que se prepararan para el día de Dios. El testimonio mudo de su conducta diaria equivalía a una censura constante para los miembros formalistas y no santificados de las iglesias. Estos no querían que se los molestara en su búsqueda de placeres, ni en su culto a Mamón ni en su ambición de honores mundanos. De ahí la enemistad y la oposición despertadas contra la fe adventista y los que la proclamaban.

Se desalienta la investigación

Como los argumentos basados en los períodos proféticos resultaban irrefutables, los adversarios trataron de anticiparse a la investigación de este asunto enseñando que las profecías estaban selladas . . .

Los ministros y el pueblo declararon que las profecías de Daniel y Apocalipsis eran misterios incomprensibles. Pero Cristo había llamado la atención de sus discípulos a las palabras del profeta Daniel relativas a los acontecimientos que debían desarrollarse en tiempo de ellos, y les había dicho: "El que lee, entienda" (Mat. 24: 15). Y la aseveración de que el Apocalipsis es un misterio que no se puede comprender es rebatida por el título mismo del libro: "Revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto . . . Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca"(Apoc. 1: 1-3) . . .

Ante semejante testimonio de la Inspiración, ¿cómo se atreven los hombres a enseñar que el Apocalipsis es un 76 misterio fuera del alcance de la inteligencia humana? Es un misterio revelado, un libro abierto. El estudio del Apocalipsis nos lleva a las profecías de Daniel, y ambos libros contienen enseñanzas de suma importancia, dadas por Dios a los hombres, acerca de los acontecimientos que han de desarrollarse al fin de la historia de este mundo.

Ante Juan se abrieron escenas relativas a la experiencia de la iglesia que eran de interés profundo y conmovedor. Vio las circunstancias, los peligros, las luchas y la liberación final del pueblo de Dios. Consigna los mensajes finales que han de hacer madurar la mies de la tierra, ya sea en gavillas para el granero celestial, o en manojos para los fuegos de la destrucción. Le fueron revelados asuntos de suma importancia, especialmente para la última iglesia, con el objeto de que los que se volvieran del error a la verdad pudiesen ser instruidos con respecto a los peligros y luchas que les esperaban. Nadie necesita estar a oscuras en lo que concierne a lo que ha de acontecer en la tierra.

¿Por qué existe, pues, esta ignorancia general acerca de tan importante porción de las Escrituras? ¿Por qué es tan universal la falta de voluntad para investigar sus enseñanzas? Es el resultado de un esfuerzo del príncipe de las tinieblas para ocultar a los hombres lo que descubre sus engaños. Por eso Cristo, el Revelador, al prever la guerra que se haría al estudio del Apocalipsis, pronunció una bendición sobre cuantos leyeran, oyesen y guardasen las palabras de la profecía (El Gran Conflicto, págs. 363-390).

PREGUNTAS PARA MEDITAR

1. ¿Qué clase de hombre era Guillermo Miller? (Pág. 54.)
2. ¿Qué método de estudio usó Miller en su investigación de la Biblia? (Págs. 56, 57.)
3. ¿A qué resultados negativos había conducido la doctrina de la conversión del mundo? (Págs. 57, 58.)
4. ¿En qué sentido el texto de Daniel 8: 14 llegó a ser particularmente significativo? (Págs. 61, 62.) 77
5. Miller vinculó la purificación del santuario con la segunda venida de Cristo. ¿Qué creencia generalizada de aquel entonces lo condujo a esa conclusión equivocada? (Pág. 62.)
6. ¿Cuándo y cómo llegó Jesús a ser el "Ungido"? ¿Cómo y cuándo cesaron "el sacrificio y la ofrenda"? (Pág. 64.)
7. ¿Cuán significativos fueron estos eventos en la profecía de los 2.300 días de Daniel 8: 14? (Págs. 64-66.)
8. Miller pasó siete años estudiando fervientemente la Biblia. ¿Cuántos fueron dedicados a una investigación inicial, y cuántos a una cuidadosa revisión? (Págs. 66, 67.)
9. ¿Por qué razones Miller vaciló en cuanto a comenzar a predicar? (Pág. 67.)
10. ¿En qué sentido la predicación de Miller fue similar a la de los primeros reformadores? (Pág. 69.)

11. ¿Por qué la predicación de Miller, al igual que la de los reformadores, suscitó la oposición de los "maestros religiosos del pueblo"? ¿Con qué sustituyeron éstos su falta de argumentos bíblicos? (Pág. 72.)
12. ¿Por qué la predicación en cuanto a la segunda venida de Cristo fue tan mal recibida en las iglesias? ¿De qué manera afectó esa misma predicación a los que la aceptaron? (Págs. 73-75.)
13. ¿Contra qué están protegidos los que leen, escuchan y guardan las palabras de la profecía de Apocalipsis? (Págs. 75, 76.) 78

DANIEL 8:14 Y LA PROVIDENCIA DE DIOS

La obra de Dios en la tierra presenta, siglo tras siglo, sorprendente analogía en cada gran reforma o movimiento religioso. Los principios que rigen el trato de Dios con los hombres son siempre los mismos. Los movimientos importantes de hogaño concuerdan con los de antaño, y la experiencia de la iglesia en tiempos que fueron encierran lecciones de gran valor para los nuestros.

Ninguna verdad se enseña en la Biblia con mayor claridad que aquella de que, por medio de su Espíritu Santo, Dios dirige especialmente a sus siervos en la tierra en los grandes movimientos en pro del adelanto de la obra de salvación. Los hombres son en mano de Dios instrumentos de los que él se vale para realizar sus propósitos de gracia y misericordia. Cada cual tiene su papel que desempeñar; a cada cual se le ha concedido cierta medida de luz adecuada a las necesidades de su tiempo, y suficiente para permitirle cumplir la obra que Dios le asignó. Sin embargo, ningún hombre, por mucho que lo haya honrado el Cielo, alcanzó jamás a comprender completamente el gran plan de la redención, ni siquiera a apreciar debidamente el propósito divino en la obra para su propia época. Los hombres no entienden por completo lo que Dios quisiera cumplir por medio de la obra que les encomienda; no entienden, en todo su alcance, el mensaje que proclaman en su nombre . . . Ni siquiera los profetas que fueron favorecidos por la iluminación especial del Espíritu comprendieron del todo el alcance de las revelaciones que les fueron concedidas. Su significado debía ser aclarado, de siglo en siglo, a medida que 79 el pueblo de Dios necesitase la instrucción contenida en ellas . . .

No obstante, a pesar de no haber sido dado a los profetas que comprendieran enteramente las cosas que les fueron reveladas, procuraron con fervor toda la luz que Dios había tenido a bien manifestar. "Inquirieron y diligentemente indagaron. . . escudriñaron qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos". ¡Qué lección para el pueblo de Dios en la era cristiana, para cuyo beneficio estas profecías fueron dadas a sus siervos! "A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas". Considerad a esos santos hombres de Dios que "inquirieron y diligentemente indagaron" tocante a las revelaciones que les fueron dadas para generaciones que aún no habían nacido. Comparad su santo celo con la indiferencia con que los favorecidos en edades posteriores trataron este don del Cielo. ¡Qué censura contra la apatía, amiga de la comodidad y de la mundanalidad, que se contenta con declarar que no se pueden entender las profecías!

La experiencia de los apóstoles constituye una lección objetiva

Si bien es cierto que la inteligencia de los hombres no es capaz de penetrar en los consejos del Eterno, ni de comprender enteramente el modo como se cumplen sus designios, el hecho de que le resulten tan vagos los mensajes del Cielo se debe con frecuencia a algún error o descuido de su parte. A menudo la mente del pueblo -y hasta de los siervos de Dios- es ofuscada por las opiniones humanas las tradiciones y las falsas enseñanzas de los hombres, de suerte que éste no alcanza a comprender más que parcialmente las grandes cosas que Dios reveló en su Palabra. Así les pasó a los discípulos de Cristo cuando el mismo Señor estaba con ellos en persona. Su espíritu estaba dominado por la creencia popular de que el Mesías sería un príncipe terrenal, que 80 exaltaría a Israel a la altura de un imperio universal, y no pudieron comprender el significado de sus palabras cuando les anunció sus padecimientos y su muerte.

El mismo Cristo los envió con el mensaje: "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios: arrepentíos, y creed el Evangelio" (Mar. 1: 15, VM). El mensaje se fundaba en la profecía del capítulo noveno de Daniel. El ángel había declarado que las sesenta y nueve semanas alcanzarían "hasta el Mesías Príncipe", y con grandes esperanzas y gozo anticipado los discípulos anhelaban que se estableciera en Jerusalén el reino del Mesías que debía extenderse por toda la tierra.

Predicaron el mensaje que Cristo les había confiado aun cuando ellos mismos entendían mal su significado. Aunque su mensaje se basaba en Daniel 9: 25, no notaron que, según el versículo siguiente del mismo capítulo, el Mesías iba a ser muerto. Desde su más tierna edad la esperanza de su corazón se había cifrado en la gloria de un futuro imperio terrenal, y eso les cegaba la inteligencia con respecto tanto a los datos de la profecía como a las palabras de Cristo.

Cumplieron su deber presentando a la nación judaica el llamamiento misericordioso, y luego en el momento mismo cuando esperaban ver a su Señor ascender al trono de David, lo vieron aprehendido como malhechor,

azotado, escarnecido, condenado y levantado en la cruz del Calvario. ¡Qué desesperación y qué angustia desgarraron los corazones de esos discípulos mientras su Señor dormía en la tumba!

Cristo había venido en el tiempo exacto y en la manera como lo anunciaba la profecía. El testimonio de las Escrituras se había cumplido en cada detalle de su ministerio. Había predicado el mensaje de salvación, y "su palabra tenía autoridad". Los corazones de sus oyentes habían atestiguado que el mensaje venía del Cielo. La Palabra y el Espíritu de Dios confirmaban el carácter divino de la misión de su Hijo . . .

Lo que los discípulos habían anunciado en nombre de su Señor, era exacto en todo sentido, y los acontecimientos 81 predichos estaban realizándose en ese mismo momento. "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios", había sido el mensaje de ellos. Transcurrido "el tiempo": Las sesenta y nueve semanas del capítulo noveno de Daniel debían extenderse hasta el Mesías, "el Ungido" -Cristo había recibido la unción del Espíritu después de haber sido bautizado por Juan en el Jordán-, y el "reino de Dios", que habían declarado estar próximo, se estableció mediante la muerte de Cristo. Este reino no era un imperio terrenal, como se les había enseñado a creer. No era tampoco el reino venidero e inmortal que se establecerá cuando "el reino, y el dominio, y el señorío de los reinos por debajo de todos los cielos, será dado al pueblo de los santos del Altísimo"; ese reino eterno en que "todos los dominios le servirán y le obedecerán a él" (Dan. 7: 27, VM). La expresión "reino de Dios", tal cual la emplea la Biblia, significa tanto el reino de la gracia como el de la gloria. San Pablo presenta el reino de la gracia en la epístola a los Hebreos. Después de haber hablado de Cristo como del intercesor que puede "compadecerse de nuestras flaquezas", el apóstol dice: "Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia" (Heb. 4: 16). El trono de la gracia representa el reino de la gracia; pues la existencia de un trono presupone la existencia de un reino. En muchas de sus parábolas Cristo emplea la expresión "el reino de los cielos", para designar la obra de la gracia divina en los corazones de los hombres.

Asimismo el trono de la gloria representa el reino de la gloria, y a ese reino se refería el Salvador en las palabras: "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria; y serán reunidos delante de él todas las gentes" (Mat. 25: 31, 32). Este reino está aún por venir. Se establecerá en ocasión del segundo advenimiento de Cristo.

El reino de la gracia fue instituido inmediatamente después de la caída del hombre, cuando se ideó un plan para la redención de la raza culpable. Este reino existía entonces en 82 el designio de Dios y por su promesa, y mediante la fe los hombres podían llegar a ser sus súbditos. Sin embargo, no fue establecido en realidad hasta la muerte de Cristo. Aun después de haber iniciado su misión terrenal, el Salvador, cansado de la obstinación y la ingratitud de los hombres, habría podido retroceder ante el sacrificio del Calvario. En el Getsemaní la copa del dolor le tembló en la mano. Aun entonces hubiera podido enjugar el sudor de sangre de su frente y dejar que la raza culpable pereciera en su iniquidad. Si así lo hubiera hecho, no habría habido redención para la humanidad caída. Pero cuando el Salvador rindió la vida y exclamó con su último aliento: "Consumado es", entonces el cumplimiento del plan de redención quedó asegurado. La promesa de salvación hecha a la pareja culpable en el Edén quedó ratificada. El reino de la gracia, que hasta entonces existía por la promesa de Dios, quedó establecido.

Así, la muerte de Cristo -el mismo acontecimiento que los discípulos habían considerado como la ruina final de sus esperanzas fue lo que las aseguró para siempre. Si bien es verdad que esa muerte fue para ellos un cruel desengaño, no dejaba de ser la prueba suprema de que su creencia había sido bien fundada. El acontecimiento que los había llenado de tristeza y desesperación fue lo que abrió para todos los hijos de Adán la puerta de la esperanza, en la cual se concentraban la vida futura y la felicidad eterna de todos los fieles siervos de Dios de todas las edades . . .

Después de su resurrección, Jesús apareció a sus discípulos en el camino a Emaús, y "comenzando desde Moisés y todos los profetas, les iba interpretando en todas las Escrituras las cosas referentes a él mismo" (Luc. 24: 27, VM). Los corazones de los discípulos se conmovieron. Su fe se reavivó. Fueron reengendrados "en esperanza viva", aun antes que Jesús se revelara a ellos. El propósito de éste era iluminar sus inteligencias y fundar su fe en la "palabra profética" "más firme". Deseaba que la verdad se arraigara firmemente en su espíritu, no sólo porque era sostenida por su testimonio personal, sino a causa de las pruebas evidentes 83 suministradas por los símbolos y sombras de la ley ceremonial, y por las profecías del Antiguo Testamento. Era necesario que los discípulos de Cristo tuvieran una fe inteligente, no sólo en beneficio propio, sino para comunicar al mundo el conocimiento de Cristo. Y como primer paso en la comunicación de ese conocimiento, Jesús dirigió a sus discípulos a "Moisés y a todos los profetas". Tal fue el testimonio dado por el Salvador resucitado en cuanto al valor e importancia de las Escrituras del Antiguo Testamento.

¡Qué cambio fue el que se efectuó en los corazones de los discípulos cuando contemplaron una vez más el amado semblante de su Maestro! (Luc. 24: 32.) En un sentido más completo y perfecto que nunca antes, habían hallado "a Aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas". La incertidumbre, la angustia, la desesperación dejaron lugar a una seguridad perfecta, a una fe serena. ¿Qué puede sorprendernos, entonces, que después de su ascensión ellos estuvieran "siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios"? El pueblo, que no tenía conocimiento sino de la muerte ignominiosa del Salvador, observaba para descubrir en sus semblantes una expresión de dolor, confusión y derrota; pero sólo veía en ellos alegría y triunfo. ¡Qué preparación habían recibido para la obra que les esperaba! . . .

La lección de 1844

Lo que experimentaron los discípulos que predicaron el "Evangelio del reino" cuando vino Cristo por primera vez, tuvo su contraparte en lo que experimentaron los que proclamaron el mensaje de su segundo advenimiento. Así como los discípulos fueron predicando: "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios", así también Miller y sus asociados proclamaron que estaba a punto de terminar el período profético más largo y el último de que habla la Biblia, que el juicio era inminente y que el reino eterno iba a ser establecido. La predicación de los discípulos en cuanto al tiempo se basaba en las setenta semanas del 84 capítulo noveno de Daniel. El mensaje proclamado por Miller y sus colaboradores anunciaba la conclusión de los 2.300 días de Daniel 8: 14, de los cuales las setenta semanas forman parte. En cada caso la predicación se fundaba en el cumplimiento de una parte diferente del mismo gran período profético.

Como los primeros discípulos, Guillermo Miller y sus colaboradores no comprendieron ellos mismos enteramente el alcance del mensaje que proclamaban. Los errores que existían desde hacía largo tiempo en la iglesia les impidieron interpretar correctamente un punto importante de la profecía. Por eso, si bien proclamaron el mensaje que Dios les había confiado para que lo dieran al mundo, sufrieron un desengaño debido a un falso concepto de su significado.

Al explicar Daniel 8: 14: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario", Miller, como ya lo hemos dicho, aceptó la creencia general de que la tierra era el santuario, y creyó que la purificación de éste representaba la purificación de la tierra por el fuego en ocasión de la venida del Señor. Por consiguiente, cuando echó de ver que el fin de los 2.300 días estaba predicho con precisión, sacó la conclusión de que esto revelaba el tiempo del segundo advenimiento. Su error provenía de que había aceptado la creencia popular relativa a lo que constituye el santuario.

En el sistema simbólico -que era sombra del sacrificio y del sacerdocio de Cristo- la purificación del santuario era el último servicio efectuado por el sumo sacerdote en el ciclo anual de su ministerio. Era el acto final de la obra de expiación, una remoción o eliminación del pecado de Israel. Prefiguraba la obra final del ministerio de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, en el acto de borrar los pecados de su pueblo, consignados en los libros celestiales. Este servicio presupone una obra de investigación, una obra de juicios y precede inmediatamente a la venida de Cristo en las nubes del cielo con gran poder y gloria, pues cuando él venga, la causa de cada uno habrá sido fallada. Jesús dice: "Mi galardón está 85 conmigo, para dar la recompensa a cada uno según sea su obra" (Apoc. 22: 12, VM). Esta obra de juicio, que precede inmediatamente al segundo advenimiento, es la que se anuncia en el primer mensaje angelical de Apocalipsis 14: 7: "¡Temed a Dios y dadle honra; porque ha llegado la hora de su juicio!" (VM).

Los que proclamaron esta amonestación dieron el debido mensaje a su debido tiempo. Pero así como los primeros discípulos declararon: "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios", fundándose en la profecía de Daniel 9, sin darse cuenta de que la muerte del Mesías estaba anunciada en el mismo pasaje bíblico, así también Miller y sus colaboradores predicaron el mensaje fundado en Daniel 8: 14 y Apocalipsis 14: 7 sin echar de ver que el capítulo 14 de Apocalipsis implicaba otros mensajes que también debía ser proclamados antes del advenimiento del Señor. Como los discípulos se equivocaron en cuanto al reino que debía establecerse al fin de las setenta semanas, así también los adventistas se equivocaron en cuanto al acontecimiento que debía producirse al fin de los 2.300 días. En ambos casos la circunstancia de haber aceptado errores populares, o mejor dicho de haberse adherido a ellos, fue lo que impidió que vieran la verdad. Ambos grupos cumplieron la voluntad de Dios al proclamar el mensaje que él deseaba fuera anunciado, y ambos, debido a su comprensión equivocada del mensaje, sufrieron desengaños.

Sin embargo, Dios cumplió su propósito misericordioso al permitir que el juicio fuese proclamado precisamente como lo fue. El gran día estaba cercano, y en la providencia de Dios sus hijos fueron probados con respecto a un tiempo definido, a fin de que se manifestara lo que había en sus corazones. El mensaje tenía por objeto probar y purificar la iglesia. Los hombres debían ser inducidos a ver si sus afectos dependían de las cosas de este mundo o de Cristo y el Cielo. Profesaban amar al Salvador; debían, pues, probar su amor.

¿Estarían dispuestos a renunciar a sus esperanzas y ambiciones mundanas, para saludar con gozo el advenimiento de 86 su Señor? El mensaje tenía por objeto hacerles ver su verdadero estado espiritual; fue enviado misericordiosamente para despertarlos a fin de que buscaran al Señor con arrepentimiento y humillación.

Además, si bien el desengaño fue el resultado de una comprensión equivocada del mensaje que anunciaban, Dios iba a encaminar todo para bien. Los corazones de los que habían profesado recibir la amonestación iban a ser probados. En presencia de su desengaño, ¿se apresurarían a renunciar a su experiencia y a abandonar su confianza en la Palabra de Dios, o con oración y humildad procurarían descubrir en qué puntos no habían comprendido el significado de la profecía? ¿Cuántos habían obrado por temor o por impulso y arrebató? ¿Cuántos eran de corazón indeciso e incrédulo? Muchos profesaban anhelar el advenimiento del Señor. Al tener que sufrir las burlas, el oprobio del mundo y la prueba de la demora y del desengaño, ¿renunciarían a su fe? Porque no pudieron comprender de inmediato los caminos de Dios para ellos, ¿rechazarían verdades confirmadas por el testimonio más claro de su Palabra?

Esta prueba revelaría la fortaleza de los que con verdadera fe habían obedecido lo que creían ser la enseñanza de la Palabra y el Espíritu de Dios. Ella les enseñaría, como sólo esa experiencia lo podía hacer, el peligro que hay en aceptar las teorías e interpretaciones de los hombres en lugar de dejar que la Biblia se interprete a sí misma. La perplejidad y el dolor que iban a resultar de su error producirían en los hijos de la fe el escarmiento necesario. Los inducirían a profundizar aún más el estudio de la palabra profética. Aprenderían a examinar más detenidamente el fundamento de su fe, y a rechazar todo lo que no estuviera fundado en la verdad de las Sagradas Escrituras, por muy amplia que fuese su aceptación en el mundo cristiano.

A estos creyentes les pasó lo que a los primeros discípulos: Lo que en la hora de la prueba parecía oscuro a su inteligencia, les fue aclarado después. Cuando vieron "el fin del Señor", supieron que a pesar de la prueba que resultó de 87 sus errores, los propósitos del amor divino hacia ellos no habían dejado de seguir cumpliéndose. Merced a tan bendita experiencia llegaron a saber que "el Señor es muy misericordioso y compasivo"; que todos sus caminos "son misericordia y verdad, para los que guarden su pacto y sus testimonios" (El Gran Conflicto, págs. 391-403).

PREGUNTAS PARA MEDITAR

1. ¿Qué verdad se enseña con mucha claridad en la Biblia? (pág. 78.)
2. Los siervos de Dios, incluyendo a los profetas, ¿hasta qué punto comprendieron sus mensajes y su obra? (Pág. 78.)
3. ¿Por qué los hombres tan a menudo son tan lentos para comprender los mensajes del cielo? (Págs. 79, 80.)
4. Aunque el mensaje proclamado por los discípulos de Jesús era correcto, ¿qué los condujo a los conceptos erróneos que finalmente provocaron su chasco? (Págs. 80, 81.)
5. ¿Qué dos aplicaciones tiene el término bíblico "reino de Dios"? ¿Cuándo se establecerían esos reinos? (Págs. 81, 82.)
6. ¿Qué método usó Jesús para lograr que sus discípulos tuvieran una correcta comprensión de su misión y de su obra? (Págs. 82, 83.)
7. Mencione algunos paralelismos que pueden extraerse de la experiencia de los discípulos y de los creyentes adventistas de 1844. (Págs. 83-86.)
8. ¿Qué dos lecciones vitales aprendieron los desilusionados adventistas de 1844? (Págs. 85, 86.) 88

EL FIN DE LOS 2.300 DÍAS

En la profecía del primer mensaje angélico, en el capítulo 14 de Apocalipsis, se predice un gran despertar religioso bajo la influencia de la proclamación de la próxima venida de Cristo. Se ve un ángel que vuela por en medio del cielo, que tiene el Evangelio eterno para anunciarlo a los que habitan sobre la tierra, a cada nación, tribu, lengua y pueblo. "A gran voz" proclama el mensaje: "¡Temed a Dios y dadle gloria: porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua!" (Apoc. 14: 6, 7, VM).

La circunstancia de que se diga que es un ángel el heraldo de esta advertencia, no deja de ser significativa. La divina sabiduría tuvo a bien representar el carácter augusto de la obra que el mensaje debía cumplir y el poder y la gloria que debían acompañarlo, por la pureza, la gloria y el poder del mensajero celestial. Y el vuelo del ángel "en medio del cielo", la "gran voz" con la que se iba a dar la amonestación, y su promulgación a todos "los que habitan" "la tierra" -"a cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo"-, evidencia la rapidez y la extensión del movimiento . . .

Así como en el caso de la gran Reforma del siglo XVI, el movimiento adventista surgió simultáneamente en diferentes países de la cristiandad. Tanto en Europa como en América hubo hombres de fe y de oración que

fueron inducidos a estudiar las profecías, y que al escudriñar la Palabra inspirada hallaron pruebas convincentes de que el fin de todas las cosas era inminente. En diferentes países hubo grupos aislados de cristianos que, por el solo estudio de las Escrituras, llegaron a creer que el advenimiento del Señor estaba cerca . . . 89

A Guillermo Miller y a sus colaboradores les fue encomendada la misión de predicar la amonestación en los Estados Unidos de Norteamérica. Dicho país vino a ser el centro del gran movimiento adventista. Allí la profecía del mensaje del primer ángel tuvo su cumplimiento más directo. Los escritos de Miller y de sus compañeros se propagaron hasta países lejanos. Doquiera llegaron los misioneros, allá también fueron llevadas las alegres nuevas de la pronta venida de Cristo. Por todas partes fue predicado el mensaje del Evangelio eterno: "Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio". . .

Serena expectativa

Los que habían aceptado el mensaje aguardaban la venida de su Salvador con indecible esperanza. El momento cuando esperaban salir a su encuentro estaba próximo. La aguardaban con solemne calma. Descansaban en dulce comunión con Dios, y esto era para ellos prenda segura de la paz que tendrían en la gloria venidera. Ninguno de los que abrigaron esa esperanza y esa confianza pudo olvidar aquellas horas tan preciosas de expectación. Pocas semanas antes del momento determinado dejaron de lado la mayor parte de los negocios mundanos. Los creyentes sinceros examinaban cuidadosamente todos los pensamientos y emociones de sus corazones como si estuvieran en el lecho de muerte, y como si tuviesen que cerrar pronto los ojos a las cosas de este mundo. No se trataba de hacer "vestidos de ascensión", sino que todos sentían la necesidad de una evidencia íntima de que estaban preparados para recibir al Salvador. Sus vestiduras blancas eran la limpieza del alma. Un carácter purificado de pecado por la sangre expiatorio de Cristo. ¡Ojalá hubiera aún entre el pueblo que profesa pertenecer a Dios la misma disposición a escudriñar el corazón, y la misma fe sincera y decidida! Si hubiesen seguido humillándose así ante el Señor y hubiesen dirigido sus súplicas al trono de la misericordia, poseerían una experiencia mucho más valiosa que la que poseen ahora. 90

No se ora lo bastante, escasea la comprensión de la convicción real de pecado, y la falta de una fe viva deja a muchos desprovistos de la gracia tan abundantemente proporcionada por nuestro Redentor.

Dios se propuso probar a su pueblo. Su mano ocultó el error cometido en el cálculo de los períodos proféticos. Los adventistas no descubrieron el error, ni tampoco lo descubrieron los más sabios de sus adversarios. Estos decían. "Vuestro cálculo de los períodos proféticos es correcto. Algún gran acontecimiento está a punto de realizarse, pero no es lo que predice Miller, es la conversión del mundo, y no el segundo advenimiento de Cristo".

Pasó el tiempo de expectativa, y no apareció Cristo para libertar a su pueblo. Los que habían esperado a su Salvador con fe sincera, experimentaron un amargo desengaño. Sin embargo, los designios de Dios se estaban cumpliendo: El Señor estaba probando los corazones de los que profesaban esperar su aparición. Entre ellos había muchos que no habían sido impulsados por otro motivo más elevado que el miedo. Su profesión de fe no había mejorado sus corazones ni sus vidas. Cuando el acontecimiento esperado no se realizó, esas personas declararon que no estaban desilusionadas; no habían creído nunca que Cristo vendría. Fueron los primeros en ridiculizar el dolor de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y todas las huestes celestiales contemplaron con amor y simpatía a los creyentes que aunque fueron probados y se sintieron desilusionados, permanecieron fieles. Si se hubiera podido descorder el velo que separa el mundo visible del invisible, se habrían visto ángeles que se acercaban a esas almas resueltas y las protegían de los dardos de Satanás (El Gran Conflicto, págs. 404-424).

Un nuevo estudio de las Escrituras

Cuando pasó el tiempo en que se esperó primero la venida del Señor -la primavera de 1844- los que habían aguardado con fe su advenimiento se vieron envueltos durante 91 algún tiempo en la duda y la incertidumbre. Mientras el mundo los consideraba completamente derrotados, y daba por cierto que habían estado albergando un engaño, la fuente de su consuelo seguía siendo la Palabra de Dios. Muchos continuaron escudriñando las Santas Escrituras, para examinar de nuevo las pruebas de su fe, y estudiar detenidamente las profecías con el fin de obtener más luz. El testimonio de la Biblia en apoyo de su opinión parecía claro y concluyente. Había señales que no se podían interpretar mal, y que daban como cercana la venida de Cristo. La bendición especial del Señor, manifestada tanto en la conversión de los pecadores como en el reavivamiento de la vida espiritual entre los cristianos, había probado que el mensaje provenía del Cielo. Y aunque los creyentes no podían explicar el chasco que habían sufrido, abrigaban la seguridad de que Dios los había dirigido en lo que habían experimentado.

Las profecías que ellos habían aplicado al segundo advenimiento iban acompañadas de instrucciones que correspondían especialmente con su estado de incertidumbre e indecisión, y que los animaban a esperar pacientemente, en la firme confianza de que lo que entonces parecía oscuro a sus inteligencias sería aclarado a su debido tiempo . . .

En el verano de 1844, a mediados de la época comprendida entre el momento cuando se había supuesto primero que terminarían los 2.300 días y el otoño del mismo año, hasta donde descubrieron después que éstos se extendían, se proclamó el mensaje en los mismos términos mencionados por la Escritura: "¡He aquí que viene el Esposo!"

Lo que llevó a esta conclusión fue el hecho de que se dieron cuenta de que el decreto de Artajerjes relativo a la restauración de Jerusalén, que señalaba el comienzo del período de los 2.300 días, empezó a tener vigencia en el otoño del año 457 AC, y no a principios de ese año como se había creído primero. Al contar entonces desde el otoño del año 457, los 2.300 años concluían en el otoño de 1844. 92

Los símbolos en el servicio del santuario

Los argumentos extraídos de los símbolos del Antiguo Testamento indicaban también el otoño como el momento cuando debía verificarse el acontecimiento representado por la "purificación del santuario". Esto resultó muy claro cuando la atención se fijó en el modo como se cumplieron los símbolos relativos al primer advenimiento de Cristo.

La inmolación del cordero pascual prefiguraba la muerte de Cristo. San Pablo dice: "Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros" (1 Cor. 5: 7). La gavilla de las primicias del trigo, que era costumbre mecer ante el Señor en ocasión de la Pascua, era figura simbólica de la resurrección de Cristo . . .

Estos símbolos se cumplieron no sólo en cuanto al acontecimiento, sino también en cuanto al tiempo. El día 14 del primer mes de los judíos, el mismo día y el mismo mes cuando quince largos siglos antes el cordero pascual había sido inmolado, Cristo, después de haber comido la pascua con sus discípulos, estableció la ceremonia que debía conmemorar su propia muerte como "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". En aquella misma noche fue aprehendido por manos impías, para ser crucificado e inmolado. Y tal como lo simbolizaba la gavilla mecida, nuestro Señor resucitó de entre los muertos al tercer día, "primicias de los que durmieron", cual ejemplo de todos los justos que han de resucitar, cuyo "vil cuerpo" "transformará" y hará "semejante a su cuerpo glorioso" (1 Cor. 15: 20; Fil. 3: 21, VM).

Asimismo los símbolos que se refieren al segundo advenimiento deben cumplirse en el tiempo indicado por el ritual simbólico. Bajo el régimen mosaico, la purificación del santuario, o sea el gran día de la expiación, caía en el décimo día del séptimo mes judío (Lev. 16: 29-34), cuando el sumo sacerdote, habiendo hecho expiación por todo Israel, y habiendo eliminado así sus pecados del santuario, salía a bendecir al pueblo. Por eso se creyó que Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, aparecería para purificar la tierra por medio 93 de la destrucción del pecado y los pecadores, y para conceder la inmortalidad a su pueblo que lo esperaba. El décimo día del séptimo mes, el gran día de la expiación, el momento de la purificación del santuario, que en el año 1844 caía en el 22 de octubre, fue considerado como el día de la venida del Señor. Esto estaba en consonancia con las pruebas ya presentadas de que los 2.300 días terminarían en el otoño, y la conclusión parecía irrefutable . . .

Los que recibieron el mensaje llegaron cuidadosa y solemnemente al momento cuando esperaban encontrarse con su Señor. Cada mañana sentían que su primer deber consistía en asegurarse que eran aceptos ante Dios. Sus corazones estaban estrechamente unidos, y oraban mucho unos con otros y unos por otros. A menudo se reunían en sitios apartados para ponerse en comunión con Dios, y se oían voces de intercesión que desde los campos y las arboledas ascendían al cielo. La seguridad de que el Señor les daba su aprobación era para ellos más necesaria que su alimento diario, y si alguna nube oscurecía sus espíritus, no descansaban hasta que se hubiera desvanecido. Como sentían el testimonio de la gracia que los perdonaba, anhelaban contemplar a Aquel a quien amaban sus almas.

Desilusionados, pero con fe en la incommovible Palabra de Dios

Pero un desengaño más les estaba reservado. El tiempo de espera pasó, y su Salvador no apareció. Con confianza inquebrantable habían esperado su venida, y ahora sentían lo que sintió María cuando, al ir al sepulcro del Salvador y encontrándolo vacío, exclamó llorando: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto" (Juan 20: 13) . . .

El mundo había estado observando, y creía que todo el sistema adventista desaparecería en caso de que pasara el tiempo sin que Cristo viniese. Pero aunque muchos, al ser severamente tentados, abandonaron su fe, algunos permanecieron firmes. Los frutos del movimiento adventista, el 94 espíritu de humildad, el escudriñamiento del corazón, la renuncia al mundo y la reforma de la vida que habían acompañado la obra, probaban que ésta era de Dios. No se atrevían a negar que el poder del Espíritu Santo había acompañado la predicación del

segundo advenimiento, y no podían descubrir error alguno en el cómputo de los períodos proféticos. Sus adversarios más hábiles no habían logrado echar por tierra su sistema de interpretación profética. Sin pruebas bíblicas, no se podían permitir abandonar conclusiones a las que habían llegado merced a un estudio de las Escrituras ferviente y con oración, por parte de inteligencias alumbradas por el Espíritu de Dios, y por corazones en los cuales ardía su poder vivificante, pues eran conclusiones que habían resistido las críticas más agudas y la oposición más violenta por parte de los maestros de religión del pueblo y de los sabios mundanos, y que habían permanecido firmes ante las fuerzas combinadas del saber y de la elocuencia, y las afrentas y los ultrajes tanto de los hombres de reputación como de los más viles.

Verdad es que no se había producido el acontecimiento esperado, pero ni aun esto pudo conmovir su fe en la Palabra de Dios . . .

El Señor no se olvidó de su pueblo; su Espíritu siguió acompañando a los que no negaron temerariamente la luz que habían recibido ni denunciaron el movimiento adventista. En la epístola a los Hebreos hay palabras de aliento y de admonición para los que vivían en la expectación y fueron probados en esa crisis: "No desechéis pues esta vuestra confianza, que tiene una grande remuneración. Porque tenéis necesidad de la paciencia, a fin de que, habiendo hecho la voluntad de Dios, recibáis la promesa. Porque dentro de un brevísimo tiempo, vendrá el que ha de venir, y no tardará. El justo empero vivirá por la fe; y si alguno se retirare, no se complacerá mi alma en él. Nosotros empero no somos de aquellos que se retiran para perdición, sino de los que tienen fe para salvación del alma" (Heb. 10: 35-39, VM). 95

Se echa de ver que esta amonestación va dirigida a la iglesia en los últimos días por las palabras que indican la proximidad de la venida del Señor: "Porque dentro de un brevísimo tiempo, vendrá el que ha de venir, y no tardará". Y este pasaje implica claramente que habría una aparente demora, y que al parecer el Señor tardaría en venir. La enseñanza dada aquí se aplica especialmente a lo que les pasaba a los adventistas en ese entonces. Los cristianos a quienes van dirigidas estas palabras estaban en peligro de zozobrar en su fe. Habían hecho la voluntad de Dios al seguir la dirección de su Espíritu y de su Palabra; pero no podían entender los propósitos de Dios en su experiencia pasada, ni podían distinguir el sendero que se abría ante ellos, y se sentían tentados a dudar de si en realidad Dios los había dirigido. En ese momento resultaban oportunas estas palabras: "El justo empero vivirá por la fe". Mientras la luz brillante del "clamor de medianoche" había alumbrado su sendero, y habían visto abrirse el sello de las profecías, y cumplirse con presteza las señales que anunciaban la proximidad de la venida de Cristo, habían andado en cierto sentido por vista. Pero ahora, abatidos por causa de esperanzas defraudadas, sólo podían sostenerse por fe en Dios y en su Palabra. El mundo escarnecedor decía: "Habéis sido engañados. Abandonad vuestra fe, y declarad que el movimiento adventista era de Satanás". Pero la Palabra de Dios afirmaba: "Si alguno se retirare, no se complacerá mi alma en él". Renunciar entonces a su fe, y negar el poder del Espíritu Santo que había acompañado al mensaje, habría equivalido a retroceder hacia la perdición. Estas palabras de San Pablo los alentaban a permanecer firmes: "No desechéis pues esta vuestra confianza"; "tenéis necesidad de la paciencia"; "porque dentro de un brevísimo tiempo, vendrá el que ha de venir, y no tardará". El único proceder seguro para ellos consistía en apreciar la luz que ya habían recibido de Dios, atenerse firmemente a sus promesas, y seguir escudriñando las Sagradas Escrituras mientras esperaban y velaban con 96 paciencia para recibir mayor luz (El Gran Conflicto, págs. 442-460).

PREGUNTAS PARA MEDITAR

1. ¿Cómo se representa el exaltado carácter del mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14? ¿Qué tres cosas evidencian la rapidez y la extensión del mensaje? (Págs. 88, 89.)
2. ¿Cuán extensamente se dio el mensaje de advertencia? (Págs. 88, 89.)
3. ¿Qué vestiduras prepararon los adventistas que esperaban la segunda venida de Cristo? (Pág. 89.)
4. ¿Cuál fue la fuente de consuelo para los adventistas después de su primer chasco en la primavera de 1844? (Pág. 91.)
5. ¿Qué mensaje de las Escrituras se proclamó durante el verano de 1844? (Pág. 91.)
6. ¿De qué manera el estudio de los símbolos y figuras los condujo al establecimiento de la importante fecha del 22 de octubre de 1844? (Págs. 91-93.)
7. Mencione algunas de las cosas que hicieron los adventistas a fin de prepararse para la venida de Cristo. (Pág. 93.)
8. Los frutos del movimiento adventista daban testimonio de que la obra había sido de Dios. ¿Cuáles fueron esos frutos? (Págs. 93, 94.)
9. ¿Qué admonición de las Escrituras está dirigida a la iglesia de los últimos días? (Pág. 94.) 97

EL GLORIOSO TEMPLO DEL CIELO

El pasaje bíblico que más que cualquier otro había sido el fundamento y el pilar central de la fe adventista era la declaración: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el Santuario" (Dan. 8: 14, VM). Estas palabras habían sido familiares para todos los que creían en la próxima venida del Señor. La profecía que encerraban era repetida como santo y seña de su fe por miles de bocas. Todos sentían que sus esperanzas más gloriosas y más queridas dependían de los acontecimientos predichos por ella. Había quedado demostrado que esos días proféticos terminaban en el otoño del año 1844. En común con el resto del mundo cristiano, los adventistas creían entonces que la tierra, o alguna parte de ella, era el santuario. Entendían que la purificación del santuario era la purificación de la tierra por medio del fuego del último y supremo día, y que ello se verificaría en ocasión del segundo advenimiento. De ahí que concluyeran que Cristo volvería a la tierra en 1844.

Pero el tiempo señalado había pasado, y el Señor no había aparecido. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía ser, pues, errada; pero, ¿dónde estaba el error? Muchos cortaron sin más trámites el nudo de la dificultad negando que los 2.300 días terminaran en 1844. Este aserto no podía apoyarse con prueba alguna, a no ser con la de que Cristo habría vuelto entonces para limpiar el santuario mediante la purificación de la tierra por fuego, y que como no había venido, los días no podían haber terminado. 98

Exactitud de los períodos proféticos

Aceptar estas conclusiones equivalía a renunciar a los cálculos anteriores de los períodos proféticos. Se había comprobado que los 2.300 días principiaron cuando entró en vigor el decreto de Artajerjes que ordenaba la restauración y la edificación de Jerusalén en el año 457 AC. Al tomar esto como punto de partida, había perfecta armonía en la aplicación de todos los acontecimientos predichos en la explicación de ese período que se halla en Daniel 9: 25-27. Sesenta y nueve semanas, o los 483 primeros años de los 2.300 años debían alcanzar hasta el Mesías, el Ungido; y el bautismo de Cristo y su unción por el Espíritu Santo, en el año 27 de nuestra era, cumplían exactamente la predicción. En medio de la septuagésima semana el Mesías debía ser muerto. Tres años y medio después de su bautismo, Cristo fue crucificado, en la primavera del año 31. Las setenta semanas, o 490 años les correspondían especialmente a los judíos. Al fin del período, la nación selló su rechazamiento de Cristo con la persecución de sus discípulos, y los apóstoles se volvieron hacia los gentiles en el año 34 de nuestra era. Al terminar entonces los 490 primeros años de los 2.300, quedaban aún 1.810 años. Si contamos desde el año 34, los 1.810 años llegan a 1844. "Entonces -había dicho el ángel- será purificado el Santuario". Era indudable que todas las anteriores predicciones de la profecía se habían cumplido en el tiempo señalado.

En ese cálculo todo era claro y armonioso, menos la circunstancia de que en 1844 no se veía acontecimiento alguno que correspondiera a la purificación del santuario. Negar que los días terminaban en esa fecha equivalía a confundir todo el asunto y abandonar creencias fundadas en el cumplimiento indudable de las profecías.

Pero Dios había dirigido a su pueblo en el gran movimiento adventista; su poder y su gloria habían acompañado la obra, y él no permitiría que ésta terminara en la oscuridad y en un chasco, para que se la cubriera de oprobio como si 99 fuese una mera excitación mórbida y un producto del fanatismo. No iba a dejar su Palabra envuelta en dudas e incertidumbres. Aunque muchos abandonaron sus primeros cálculos de los períodos proféticos, y negaron la exactitud del movimiento basado en ellos, otros no estaban dispuestos a negar puntos de fe y de experiencia que estaban sostenidos por las Sagradas Escrituras y por el testimonio del Espíritu de Dios. Creían haber adoptado en sus estudios de las profecías sanos principios de interpretación, que era su deber atenerse firmemente a las verdades ya adquiridas, y seguir en el mismo camino de la investigación bíblica. Orando con fervor, volvieron a considerar su situación, y estudiaron las Santas Escrituras para descubrir su error. Como no encontraron ninguno en sus cálculos de los períodos proféticos, fueron inducidos a examinar más de cerca la cuestión del santuario.

El santuario del pacto antiguo

En sus investigaciones vieron que en las Santas Escrituras no había prueba alguna que apoyara la creencia general de que la tierra es el santuario; pero encontraron en la Biblia una explicación completa de la cuestión del santuario, su naturaleza, su ubicación y sus servicios; pues el testimonio de los escritores sagrados era tan claro y tan amplio que despejaba toda duda con respecto a este asunto. El apóstol Pablo dice en su epístola a los Hebreos: "En verdad el primer pacto también tenía reglamentos del culto, y su santuario que lo era de este mundo. Porque un tabernáculo fue preparado, el primero, en que estaba el candelabro y la mesa y los panes de la proposición; el cual se llama el Lugar Santo. Y después del segundo velo, el tabernáculo que se llama el Lugar Santísimo: que contenía el incensario de oro y el arca del pacto, cubierta toda en derredor de oro, en la

cual estaba el vaso de oro que contenía el maná, y la vara de Aarón que floreció, y las tablas del pacto; y sobre ella, los querubines de gloria, que hacían sombra al propiciatorio" (Heb. 9: 1-5, VM). 100

El santuario al cual se refiere aquí San Pablo era el tabernáculo que construyó Moisés por orden de Dios como morada terrenal del Altísimo. "Me harán un santuario, para que yo habite en medio de ellos" (Exo. 25: 8, VM), había sido la orden dada a Moisés mientras estaba en el monte de Dios. Los israelitas estaban peregrinando por el desierto, y el tabernáculo se preparó de modo que pudiera ser llevado de un lugar a otro; no obstante, era una construcción de gran magnificencia . . .

Después que los israelitas se establecieron en Canaán, el tabernáculo fue reemplazado por el templo de Salomón, el cual aunque era un edificio permanente y de mayores dimensiones, conservaba las mismas proporciones y el mismo mobiliario. El santuario subsistió así -menos durante el período cuando permaneció en ruinas en tiempo de Daniel- hasta su destrucción por los romanos en el año 70 de nuestra era.

Ese fue el único santuario que haya existido en la tierra y del cual la Biblia nos da alguna información. San Pablo dijo de él que era el santuario del primer pacto. Pero, ¿no tiene el nuevo pacto también el suyo?

El santuario del nuevo pacto en el cielo

Al volver al libro de Hebreos, los que buscaban la verdad encontraron que existía un segundo santuario, o sea el del nuevo pacto, al cual se alude en las palabras ya citadas del apóstol Pablo: "En verdad el primer pacto también tenía reglamentos del culto, y su santuario que lo era de este mundo". El uso de la palabra "también" implica que Pablo ha mencionado antes este santuario. Si volvemos al principio del capítulo anterior, leemos: "Lo principal, pues, entre las cosas que decimos es esto: Tenemos un tal sumo sacerdote que se ha sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario y del verdadero tabernáculo, que plantó el Señor, y no el hombre" (Heb. 8: 1, 2, VM).

Aquí tenemos revelado el santuario del nuevo pacto. El santuario del primer pacto fue levantado por el hombre, 101 construido por Moisés; este segundo es levantado por el Señor; no por el hombre. En aquel santuario servían los sacerdotes terrenales; en éste es Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, quien ministra a la diestra de Dios. Uno de los santuarios estaba en la tierra, el otro está en el cielo.

Además, el tabernáculo que construyó Moisés se hizo según un modelo. El Señor le ordenó: "Conforme a todo lo que yo te mostraré, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus vasos, así lo haréis". Y le mandó además: "Mira, y hazlos conforme a su modelo, que te ha sido mostrado en el monte" (Exo. 25: 9, 40). Y San Pablo dice que el primer tabernáculo "era una parábola para aquel tiempo entonces presente; conforme a la cual se ofrecían dones y sacrificios"; que sus santos lugares eran "representaciones de las cosas celestiales"; que los sacerdotes que presentaban las ofrendas según la ley, ministraban lo que era "la mera representación y sombra de las cosas celestiales", y que "no entró Cristo en un lugar santo hecho de mano, que es una mera representación del verdadero, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros" (Heb. 9: 9, 23; 8: 5; 9: 24, VM).

Las glorias del santuario terrenal y del templo celestial

El santuario celestial, en el cual Jesús ministra, es el gran modelo, del cual el santuario edificado por Moisés no era más que una copia . . .

El esplendor incomparable del tabernáculo terrenal reflejaba a la vista humana la gloria de aquel templo celestial donde Cristo, nuestro precursor, ministra por nosotros ante el trono de Dios. La morada del Rey de reyes, donde miles y miles ministran delante de él, y millones de millones están en su presencia (Dan. 7: 10); ese templo, lleno de la gloria del trono eterno, donde los serafines, sus resplandecientes guardianes, cubren sus rostros en adoración, no podía encontrar en la más grandiosa construcción que jamás edificaran manos humanas, más que un pálido reflejo de su inmensidad y su 102 gloria. Con todo, el santuario terrenal y sus servicios revelaban importantes verdades relativas al santuario celestial y a la gran obra que allí se llevaba a cabo para la redención del hombre.

Los lugares santos del santuario celestial están representados por los dos departamentos del santuario terrenal. Cuando en una visión le fue dado al apóstol Juan que viese el templo de Dios en el cielo, contempló allí "siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono" (Apoc. 4: 5, VM). Vio un ángel que tenía "en su mano un incensario de oro; y le fue dado mucho incienso, para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos, encima del altar de oro que estaba delante del trono" (Apoc. 8: 3, VM). Se le permitió al profeta contemplar el primer departamento del santuario en el cielo; y vio allí las "siete lámparas de fuego" y el "altar de oro", representados por el candelabro de oro y el altar del incienso en el santuario terrenal. De nuevo, "fue abierto el templo de Dios" (Apoc. 11: 19, VM), y miró hacia adentro del velo interior, el lugar santísimo. Allí vio "el arca de su pacto", representada por el cofre sagrado construido por Moisés para guardar la ley de Dios.

Así fue como los que estaban estudiando ese asunto encontraron pruebas irrefutables de la existencia de un santuario en el cielo. Moisés hizo el santuario terrenal según un modelo que le fue enseñado. Pablo declara que ese modelo era el verdadero santuario que está en el cielo. Y Juan afirma que lo vio en el cielo.

El ministerio de Cristo en el santuario celestial

En el templo celestial, la morada de Dios, su trono está asentado sobre el juicio y la justicia. En el lugar santísimo está su ley, la gran regla de justicia por medio de la cual se prueba a toda la humanidad. El arca, que contiene las tablas de la ley, está cubierta con el propiciatorio, ante el cual Cristo ofrece su sangre en favor del pecador. Así se representa la unión de la justicia y la misericordia en el plan de la 103 redención humana. Sólo la sabiduría infinita podía idear semejante unión, y sólo el poder infinito podía realizarla. Es una unión que llena todo el cielo de admiración y adoración. Los querubines del santuario terrenal que miraban reverentemente hacia el propiciatorio, representaban el interés con el cual las huestes celestiales contemplan la obra de la redención. Es el misterio de misericordia que los ángeles desean contemplar, a saber, que Dios puede ser justo al mismo tiempo que justifica al pecador arrepentido y reanuda sus relaciones con la raza caída; que Cristo pudo humillarse para sacar a innumerables multitudes del abismo de la perdición y revestirlas con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia, a fin de unir las con ángeles que no cayeron jamás y permitirles vivir para siempre en la presencia de Dios.

La obra mediadora de Cristo en favor del hombre se presenta en esta hermosa profecía de Zacarías relativa a Aquel "cuyo nombre es el Vástago". El profeta dice: "Sí, edificará el templo de Jehová, y llevará sobre sí la gloria; y se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono; y el consejo de la paz estará entre los dos" (Zac. 6: 12, 13, VM).

"Sí, edificará el templo de Jehová". Por su sacrificio y su mediación, Cristo es el fundamento y el edificador de la iglesia de Dios. El apóstol Pablo lo señala como "la piedra principal del ángulo; en la cual todo el edificio, bien trabado consigo mismo, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien -dice- vosotros también sois edificados juntamente, para ser morada de Dios, en virtud del Espíritu" (Efe. 2: 20-22, VM).

"Y llevará sobre sí la gloria". Es a Cristo a quien pertenece la gloria de la redención de la raza caída. Por toda la eternidad, el canto de los redimidos será: "A Aquel que nos ama, y nos ha lavado de nuestros pecados en su misma sangre. . . a él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos" (Apoc. 1: 5, 6, VM).

"Y se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono". No todavía "sobre el trono de su gloria"; el reino de gloria no le ha sido dado aún. Sólo cuando su obra 104 mediadora haya terminado, el Señor Dios "le dará el trono de David su padre", un reino que "no tendrá fin" (Luc. 1: 32, 33). Como sacerdote, Cristo está sentado ahora con el Padre en su trono. (Apoc. 3: 21.) En el trono, en compañía del Dios eterno que existe por sí mismo, está Aquel que "ha llevado nuestros padecimientos, y con nuestros dolores . . . se cargó", quien fue "tentado en todo punto, así como nosotros, mas sin pecado". "Si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a saber, a Jesucristo el justo" (Isa. 53: 4; Heb. 4: 15; 1 Juan 2: 1, VM). Su intercesión es la de un cuerpo traspasado y quebrantado y de una vida inmaculada. Las manos heridas, el costado abierto, los pies desgarrados abogan en favor del hombre caído, cuya redención fue comprada a tan infinito precio.

"Y el consejo de la paz estará entre los dos". El amor del Padre, no menos que el del Hijo, es la fuente de salvación para la raza perdida. Jesús había dicho a sus discípulos antes de irse: "No os digo que yo rogaré al Padre por vosotros; pues el Padre mismo os ama" (Juan 16: 26, 27). "Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo mismo al mundo" (2 Cor. 5: 19, VM). Y en el ministerio del santuario celestial, "el consejo de la paz estará entre los dos". "De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna" (Juan 3: 16, VM).

El santuario de Daniel 8: 14

Las Escrituras contestan con claridad a la pregunta: ¿Qué es el santuario? La palabra "santuario", tal cual la usa la Biblia, se refiere, en primer lugar, al tabernáculo que construyó Moisés, como figura o imagen de las cosas celestiales; y, en segundo lugar, al "verdadero tabernáculo" que está en el cielo, hacia el cual señalaba el santuario terrenal. Muerto Cristo, terminó el ritual simbólico. El "verdadero tabernáculo" en el cielo es el santuario del nuevo pacto. Y como la profecía de Daniel 8: 14 se cumple en esta dispensación, el 105 santuario al cual se refiere debe ser el santuario del nuevo pacto. Cuando terminaron los 2.300 días, en 1844, hacía muchos siglos que no había santuario en la tierra. De manera que la profecía: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el Santuario", se refiere indudablemente al santuario que está en el cielo.

Pero queda aún por contestar la pregunta más importante: ¿Qué es la purificación del santuario? En el Antiguo Testamento se menciona un servicio de esa clase con referencia al santuario terrenal. Pero, ¿puede haber algo que purificar en el cielo? En el noveno capítulo de la epístola a los Hebreos se habla claramente de la purificación de ambos santuarios, el terrenal y el celestial. "Según la ley, casi todas las cosas son purificadas con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión. Fue pues necesario que las representaciones de las cosas celestiales fuesen purificadas con estos sacrificios, pero las mismas cosas celestiales, con mejores sacrificios que éstos" (Heb. 9: 22, 23, VM), a saber, la preciosa sangre de Cristo.

Lecciones prácticas obtenidas de los símbolos

En ambos servicios, el simbólico y el real, la purificación debe efectuarse con sangre; en aquél con sangre de animales; en éste, con la sangre de Cristo. Pablo dice que la razón por la cual esta purificación debe hacerse con sangre, es porque sin derramamiento de sangre no hay remisión. La remisión, o sea el acto de eliminar los pecados, es la obra que debe realizarse. Pero, ¿cómo podía relacionarse el pecado con el santuario del cielo o con el de la tierra? Puede saberse esto al estudiar el servicio simbólico, pues los sacerdotes que oficiaban en la tierra ministraban "lo que es la mera representación y sombra de las cosas celestiales" (Heb. 8: 5, VM).

El servicio del santuario terrenal consistía en dos partes: Los sacerdotes ministraban diariamente en el lugar santo, mientras que una vez al año el sumo sacerdote efectuaba un servicio especial de expiación en el lugar santísimo, para 106 purificar el santuario. Día tras día el pecador arrepentido llevaba su ofrenda a la puerta del tabernáculo y, poniendo la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos así figurativamente de sí mismo a la víctima inocente. Luego se mataba el animal. "Sin derramamiento de sangre" dice el apóstol, no hay remisión de pecados. "La vida de la carne en la sangre está" (Lev. 17: 11). La ley de Dios quebrantada exigía la vida del transgresor. La sangre, que representaba la vida dada en prenda por el pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al lugar santo y la salpicaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia, el pecado era transferido figurativamente, por intermedio de la sangre, al santuario. En ciertos casos, la sangre no era llevada al lugar santo; pero el sacerdote debía entonces comer la carne, como Moisés lo había mandado a los hijos de Aarón, diciendo: "La dio él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación" (Lev. 10: 17). Ambas ceremonias simbolizaban por igual la transferencia del pecado del penitente al santuario.

Tal era la obra que se llevaba a cabo día tras día durante todo el año. Los pecados de Israel eran transferidos así al santuario, y se hacía necesario un servicio especial para eliminarlos. Dios mandó que se expiara cada uno de los sagrados departamentos. "Así hará expiación por el Santuario, a causa de las inmundicias de los hijos de Israel y de sus transgresiones, con motivo de todos sus pecados. Y del mismo modo hará con el tabernáculo de reunión, que reside con ellos, en medio de sus inmundicias". También había que expiar el altar: "Lo purificará y lo santificará, a causa de las inmundicias de los hijos de Israel" (Lev. 16: 16, 19, VM).

Una vez al año, en el gran día de la expiación, el sacerdote entraba en el lugar santísimo para purificar el santuario. El ritual que se realizaba allí completaba la serie anual de los servicios. En el día de la expiación se llevaban dos machos cabríos a la entrada del tabernáculo y se echaban suertes sobre ellos, "una suerte por Jehová, y la otra por 107 Azazel" (vers. 8). El macho cabrío sobre el cual caía la suerte por Jehová debía ser inmolado como ofrenda por el pecado del pueblo. Y el sacerdote debía llevar adentro del velo la sangre de aquél y rociarla sobre el propiciatorio y delante de él. También había que rociar con ella el altar del incienso, que se encontraba delante del velo.

"Y pondrá Aarón entrambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones, a causa de todos sus pecados, cargándolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y le enviará al desierto por mano de un hombre idóneo. Y el macho cabrío llevará sobre sí las iniquidades de ellos a tierra inhabitada" (Lev. 16: 21, 22, VM). El macho cabrío emisario no volvía al campamento de Israel, y el hombre que lo había llevado debía purificarse y lavar sus vestidos con agua antes de volver al campamento.

Toda la ceremonia estaba destinada a inculcar en los israelitas una idea de la santidad de Dios y de su odio al pecado; y además hacerles ver que no podían ponerse en contacto con el pecado sin contaminarse. Se requería de todos que afligieran sus almas mientras se celebraba el rito de la expiación. Toda ocupación debía dejarse a un lado, y toda la congregación de Israel debía pasar el día en solemne humillación ante Dios, con oración, ayuno y examen profundo del corazón.

El ceremonial simbólico enseña importantes verdades respecto a la expiación. Se aceptaba un sustituto en lugar del pecador; pero la sangre de la víctima no borraba el pecado. Sólo proveía un medio para transferirlo al santuario. Con la ofrenda de la sangre, el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba su culpa, y expresaba su deseo de ser perdonado mediante la fe en un Redentor que había de venir; pero no estaba aún

enteramente libre de la condenación de la ley. El día de la expiación, el sumo sacerdote, después de haber tomado una víctima ofrecida por la congregación, iba al lugar santísimo con la sangre de dicha víctima y rociaba con ella el propiciatorio, por encima de la misma ley, para 108 satisfacer sus exigencias. Luego, en calidad de mediador, tomaba los pecados sobre sí y los sacaba del santuario. Al poner sus manos sobre la cabeza del segundo macho cabrío, confesaba sobre él todos esos pecados, transfiriéndolos así figurativamente del sacerdote al macho cabrío emisario. Este los llevaba luego lejos y se consideraba que los pecados habían sido eliminados del pueblo para siempre.

Símbolos de realidades celestiales

Tal era el ritual que se efectuaba como "representación y sombra de las cosas celestiales". Y lo que se hacía simbólicamente en el santuario terrenal, se hace en la realidad en el santuario celestial. Después de su ascensión, nuestro Salvador empezó a actuar como nuestro Sumo Sacerdote. Pablo dice: "No entró Cristo en un lugar santo hecho de mano, que es una mera representación del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros" (Heb. 9: 24, VM).

El servicio del sacerdote durante el año en el primer departamento del santuario, "adentro del velo" que formaba la entrada y separaba el lugar santo del atrio exterior, representa la obra y el servicio a que dio principio Cristo al ascender al cielo. La obra del sacerdote durante el servicio diario consistía en presentar ante Dios la sangre del holocausto, como también el incienso que subía con las oraciones de Israel. Así ofrece Cristo su sangre ante el Padre en beneficio de los pecadores, y así presenta ante él, además, junto con el precioso perfume de su propia justicia, las oraciones de los creyentes arrepentidos. Tal era la obra que se realizaba en el primer departamento del santuario en el cielo.

Hasta allí siguieron los discípulos a Cristo por la fe cuando se elevó de la presencia de ellos. Allí se concentraba su esperanza, "la cual -dice Pablo- tenemos como ancla del alma, segura y firme, y que penetra hasta a lo que está dentro del velo; adonde, como precursor nuestro, Jesús ha entrado 109 por nosotros, constituido sumo sacerdote para siempre". "Ni tampoco por medio de la sangre de machos de cabrío y de terneros, sino por la virtud de su propia sangre, entró una vez para siempre en el lugar santo habiendo ya hallado eterna redención" (Heb. 6: 19, 20; 9: 12, VM).

La purificación del santuario celestial

Este ministerio siguió efectuándose durante dieciocho siglos en el primer departamento del santuario. La sangre de Cristo, ofrecida en beneficio de los creyentes arrepentidos, les aseguraba perdón y aceptación cerca del Padre. No obstante, sus pecados permanecían registrados en los libros del cielo. Como en el ritual simbólico había una obra de expiación al fin del año, así también, antes que se complete la obra de Cristo para la redención de los hombres, queda por hacer una obra de expiación para eliminar el pecado del santuario. Este es el servicio que empezó cuando terminaron los 2.300 días. Entonces, así como lo había anunciado Daniel el profeta, nuestro Sumo Sacerdote entró en el lugar santísimo para cumplir la última parte de su solemne obra: La purificación del santuario.

Así como en la antigüedad los pecados del pueblo eran puestos por fe sobre la víctima ofrecida, y por medio de la sangre de ésta se transferían figurativamente al santuario terrenal, así también, en el nuevo pacto, los pecados de los que se arrepienten son puestos por fe sobre Cristo, y transferidos, de hecho, al santuario celestial. Y así como la purificación simbólica de lo terrenal se efectuaba eliminando los pecados con los cuales había sido contaminado, así también la purificación real de lo celestial debe efectuarse eliminando o borrando los pecados registrados en el cielo. Pero antes que esto pueda cumplirse deben examinarse los registros para determinar quiénes son los que, por su arrepentimiento del pecado y su fe en Cristo, tienen derecho a los beneficios de la expiación llevada a cabo por él. La purificación del santuario implica, por lo tanto, una obra de investigación, 110 una obra de juicio. Esta obra debe realizarse antes que venga Cristo para redimir a su pueblo, pues cuando venga, "traerá con él su galardón, para otorgar la recompensa a cada uno según haya sido su obra". (Apoc. 22: 12.)

Así que los que andaban en la luz de la palabra profética vieron que en lugar de venir a la tierra al fin de los 2.300 días, en 1844, Cristo había entrado entonces en el lugar santísimo del santuario celestial para cumplir la obra final de la expiación preparatoria para su venida.

Se vio, además, que mientras el holocausto señalaba a Cristo como sacrificio, y el sumo sacerdote representaba a Cristo como mediador, el macho cabrío simbolizaba a Satanás, autor del pecado, sobre quien serán colocados finalmente los pecados de los verdaderamente arrepentidos. Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre del holocausto, eliminaba los pecados del santuario, los ponía sobre la cabeza del macho cabrío destinado a Azazel. Cuando Cristo, en virtud de su propia sangre, elimine del santuario celestial los pecados de su pueblo al fin de su ministerio, los pondrá sobre Satanás, el cual en la consumación del juicio

debe cargar con la pena final. Se llevaba lejos el macho cabrío, a un lugar desierto, para que no volviera jamás a la congregación de Israel. Así también Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y su pueblo, y será aniquilado en la destrucción final del pecado y los pecadores (El Gran Conflicto, págs. 461-475).

PREGUNTAS PARA MEDITAR

1. ¿Qué lugar importante ocupa Daniel 8: 14 en la fe y la enseñanza adventista? (Pág. 97.)
2. ¿De qué manera muchos milleritas se apresuraron a explicar el chasco? (Pág. 97.)
3. Cuando los chasqueados adventistas, que se aferraron a las evidencias de la conducción de Dios en su experiencia, no pudieron encontrar error en el cómputo de los 111 períodos proféticos, ¿qué comenzaron a examinar? (Pág. 99.)
4. ¿Qué descubrimiento hicieron los creyentes con respecto a la identidad del santuario? (Pág. 99.)
5. ¿Qué descubrieron acerca del santuario del primer pacto? ¿Del santuario del nuevo pacto? (Págs. 100, 101.)
6. ¿Qué santuario había de ser purificado al fin de los 2.300 días? (Págs. 104, 105.)
7. ¿En qué consiste la purificación del santuario celestial? ¿Por qué debe efectuarse antes de la segunda venida de Cristo? (Págs. 109, 110.)
8. ¿Qué significa "remisión de pecados"? (Pág. 105.)
9. Note el paralelismo que existe entre los servicios del santuario del Antiguo Testamento y los del santuario del cielo. (Págs. 109, 110.)
10. ¿Por qué medios los pecados del pecador arrepentido son transferidos al santuario celestial? (Pág. 109.)
11. En vez de venir a esta tierra, ¿qué hizo Cristo el 22 de octubre de 1844? (Pág. 110.)
12. ¿De qué manera se purifica el santuario celestial del registro de los pecados? (Pág. 110.) 112

NUESTRO SUMO SACERDOTE EN EL LUGAR SANTÍSIMO

El asunto del santuario fue la clave que aclaró el misterio de la desilusión de 1844. Reveló todo un sistema de verdades que formaban un conjunto armonioso y demostraban que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista, y al poner de manifiesto la situación y la obra de su pueblo le indicaba cuál era su deber de allí en adelante. Como los discípulos de Jesús, después de la noche terrible de su angustia y desengaño, "se gozaron viendo al Señor", así también se regocijaron ahora los que habían esperado con fe su segunda venida. Habían esperado que vendría en gloria para recompensar a sus siervos. Como sus esperanzas se vieron frustradas, perdieron de vista a Jesús, y con María al lado del sepulcro exclamaron: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto". Entonces en el lugar santísimo, contemplaron otra vez a su compasivo Sacerdote que debía aparecer pronto como su rey y libertador. La luz del santuario iluminaba lo pasado, lo presente y lo por venir. Supieron que Dios los había guiado por su providencia infalible. Aunque, como los primeros discípulos, ellos mismos no habían comprendido el mensaje que daban, éste había sido correcto en todo sentido. Al proclamarlo habían cumplido los designios de Dios, y su labor no había sido vana en el Señor. Reengendrados "en esperanza viva", se regocijaron "con gozo inefable y glorificado". Tanto la profecía de Daniel 8: 14: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; luego el Santuario será purificado", como el mensaje del primer ángel: "¡Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio!" señalaban 113 el ministerio de Cristo en el lugar santísimo, el juicio investigador, y no la venida de Cristo para la redención de su pueblo y la destrucción de los impíos. El error no estaba en el cómputo de los períodos proféticos, sino en el acontecimiento que debía verificarse al fin de los 2.300 días. Debido a este error los creyentes habían sufrido un desengaño; sin embargo, se había realizado todo lo predicho por la profecía, y todo lo que alguna garantía bíblica permitía esperar. En el momento mismo cuando estaban lamentando sus esperanzas defraudadas, se había realizado el acontecimiento que estaba predicho por el mensaje, y que debía cumplirse antes que el Señor pudiera aparecer para recompensar a sus siervos.

Cristo había venido, no a la tierra, como ellos lo esperaban, sino había entrado en el lugar santísimo del templo de Dios en el cielo como había sido prenunciado en el símbolo. El profeta Daniel lo describe como presentándose en ese momento ante el Anciano de días: "Estaba mirando en visiones de la noche, y he aquí que sobre las nubes del cielo venía Uno parecido a un hijo de hombre; y vino" -no a la tierra, sino, "al Anciano de días, y le trajeron delante de él" (Dan. 7: 13, VM).

Esta venida está predicha por el profeta Malaquías: "Repentinamente vendrá a su Templo el Señor a quien buscáis: es decir, el Ángel del Pacto, en quien os deleitáis; he aquí que vendrá, dice Jehová de los Ejércitos" (Mal. 3: 1, VM). La venida del Señor a su templo fue repentina, inesperada para su pueblo. Este no lo esperaba allí. Esperaba que viniera a la tierra, "en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio" (2 Tes. 1: 8).

Pero la gente no estaba aún preparada para ir al encuentro de su Señor. Todavía tenía que cumplirse una obra de preparación. Se le tenía que proporcionar una luz que dirigiera su espíritu hacia el templo de Dios en el cielo; y mientras siguiera allí por fe a su Sumo Sacerdote en el desempeño de su ministerio, 114 se le revelarían nuevos deberes. Debía darse a la iglesia otro mensaje de advertencia e instrucción.

El profeta dice: "Pero quién es capaz de soportar el día de su advenimiento? ¿y quién podrá estar en pie cuando él apareciera? porque será como el fuego del acrisolador, y como el jabón de los bataneros; pues que se sentará como acrisolador y purificador de la plata; y purificará a los hijos de Leví; y los afinará como el oro y la plata, para que presenten a Jehová ofrenda en justicia" (Mal. 3: 2, 3, VM). Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo, sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios que dio eficacia a sus diligentes esfuerzos, deberán ser vencedores en la lucha con el mal. Mientras prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras se eliminan del santuario los pecados de los creyentes arrepentidos, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra. Esta obra se presenta con mayor claridad en los mensajes del capítulo 14 de Apocalipsis.

Cuando esta obra se haya consumado, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida: "Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será grata a Jehová, como en los días de la antigüedad, y como en los años de remotos tiempos" (Mal. 3:4, VM). Entonces la iglesia que nuestro Señor recibirá para sí será una "iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante" (Efe. 5: 27, VM). Entonces ella aparecerá "como el alba; hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejército con banderas tremolantes" (Cant. 6: 10, VM).

Además de la venida del Señor a su templo, Malaquías predice también su segundo advenimiento, su venida para la ejecución del juicio; "y seré veloz testigo contra los hechiceros, y contra los adúlteros, y contra los que juran en falso, 115 y contra los que defraudan al jornalero de su salario, y oprimen a la viuda y al huérfano, y apartan al extranjero de su derecho; y no me temen a mí, dice Jehová de los Ejércitos" (Mal. 3: 5, VM). Judas se refiere a la misma escena cuando dice: "¡He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos, y para convencer a todos los impíos de todas las obras impías que han obrado impíamente!" (Jud. 14, 15, VM). Esta venida y la del Señor a su templo son acontecimientos distintos que han de realizarse por separado.

Fundamento bíblico

La venida de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote al lugar santísimo para la purificación del santuario, de la que se habla en Daniel 8: 14; la venida del Hijo del hombre al lugar donde está el Anciano de días, tal como se presenta en Daniel 7: 13; y la venida del Señor a su templo, predicha por Malaquías, son descripciones del mismo acontecimiento representado también por la venida del Esposo a las bodas, descrita por Cristo en la parábola de las diez vírgenes, según Mateo 25.

En el verano y el otoño de 1844* se lanzó esta proclama: "¡He aquí que viene el Esposo!" Se conocieron entonces las dos clases de personas representadas por las vírgenes prudentes y fatuas: una, la que esperaba con regocijo la aparición del Señor y se había preparado diligentemente para ir a su encuentro; la otra que, presa del temor y al obrar por impulso, se había dado por satisfecha con la teoría de la verdad, pero estaba destituida de la gracia de Dios. En la parábola, cuando vino el Esposo, "las que estaban preparadas entraron con él a las bodas". La venida del Esposo, presentada aquí, se verifica antes de la boda. La boda representa el acto de ser investido Cristo de la dignidad de Rey. La 116 ciudad santa, la nueva Jerusalén, que es la capital de su reino y lo representa, se llama "la novia, la esposa del Cordero". El ángel dijo a Juan: "Ven acá; te mostraré la novia, la esposa del Cordero". "Me llevó en el Espíritu -agrega el profeta-, y me mostró la santa ciudad de Jerusalén, descendiendo del cielo, desde Dios" (Apoc. 21: 9, 10, VM). Salta, pues, a la vista que la Esposa representa la ciudad santa, y las vírgenes que van al encuentro del Esposo simbolizan a la iglesia. En el Apocalipsis, el pueblo de Dios lo constituyen los invitados a la cena de las bodas. (Apoc. 19: 9.) Si son los invitados, no pueden representar también a la esposa. Cristo, según el profeta Daniel, recibirá del Anciano de días en el cielo "el dominio, y la gloria, y el reino", recibirá la nueva Jerusalén, la capital del reino, "preparada como una novia, engalanada para su esposo" (Dan. 7: 14; Apoc. 21: 2, VM). Después de recibir el reino, vendrá en su gloria como Rey de reyes y Señor de Señores, para redimir a los suyos, que "se sentarán con Abrahán, e Isaac y Jacob" en su reino (Mat. 8: 11 ; Luc. 22: 30), para participar de la cena de las bodas del Cordero.

La proclamación; "¡He aquí que viene el Esposo!" dada en el verano de 1844, indujo a miles de personas a esperar el advenimiento inmediato del Señor. En el tiempo señalado vino el Esposo, no a la tierra, como el pueblo lo esperaba, sino hasta donde estaba el Anciano de días en el cielo, a las bodas; es decir, a recibir su

reino. "Las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y fue cerrada la puerta". Su pueblo no iba a asistir en persona a las bodas ya que éstas se verifican en el cielo mientras que ellos están en la tierra. Los discípulos de Cristo han de esperar "a su Señor, cuando haya de volver de las bodas" (Luc. 12: 36, VM). Pero deben comprender su obra, y seguirle por fe mientras entra en la presencia de Dios. En ese sentido se dice que ellos van con él a la boda.

Según la parábola, las que tenían aceite en sus vasos con sus lámparas, entraron a la boda. Los que, junto con el conocimiento de la verdad de las Escrituras tenían el Espíritu 117 y la gracia de Dios, y que en la noche de su amarga prueba habían esperado con paciencia escudriñando la Biblia en busca de más luz, reconocieron la verdad referente al santuario en el cielo y al cambio operado en el ministerio del Salvador, y por fe lo siguieron en su obra en el santuario celestial. Y todos los que por el testimonio de las Escrituras aceptan las mismas verdades, y siguen por fe a Cristo mientras se presenta ante Dios para efectuar la última obra de mediación y para recibir su reino a la conclusión de ésta, a ellos se los representa como si entraran a la boda. En la parábola del capítulo 22 de Mateo se emplea la misma figura de la boda y se ve a las claras que el juicio investigador se realiza antes de ella. Antes que se lleve a cabo entra el Rey para ver a los huéspedes, y cerciorarse de que todos llevan las vestiduras de boda, el manto inmaculado del carácter, lavado y emblanquecido en la sangre del Cordero. (Mat. 22: 11; Apoc. 7: 14.) Al que se lo encuentra sin el traje apropiado, se lo expulsa, pero todos los que al ser examinados tienen las vestiduras de bodas, son aceptados por Dios y juzgados dignos de participar en su reino y de sentarse en su trono. La tarea del juicio investigador es examinar los caracteres y determinar quiénes están preparados para el reino de Dios; es la obra final que se lleva a cabo en el santuario celestial.

Cuando termine este examen, cuando se haya fallado respecto de los que en todos los siglos profesaron ser discípulos de Cristo, entonces y no antes habrá terminado el tiempo de gracia, y se cerrará la puerta de la misericordia. Así que las palabras: "Las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y fue cerrada la puerta", nos conducen a través del ministerio final del Salvador, hasta el momento cuando quedará terminada la gran obra de la salvación del hombre.

El Servicio de los dos compartimientos

En el servicio del santuario terrenal que, como ya lo vimos, es una figura del servicio que se efectúa en el 118 santuario celestial, cuando el sumo sacerdote entraba el día de la expiación en el lugar santísimo terminaba el servicio en el primer departamento. Dios mandó: "No ha de haber hombre alguno en el Tabernáculo de Reunión cuando él entrare para hacer expiación dentro del Santuario, hasta que salga" (Lev. 16: 17, VM). Así que cuando Cristo entró en el lugar santísimo para consumir la obra final de la expiación, cesó su ministerio en el primer departamento. Pero cuando terminó el servicio que se realizaba en el lugar santo, se inició el ministerio en el lugar santísimo. Cuando en el servicio simbólico el sumo sacerdote salía del lugar santo el día de la expiación, se presentaba ante Dios para ofrecer la sangre de la víctima ofrecida por el pecado de todos los israelitas que se arrepentían verdaderamente. Así también Cristo sólo había terminado una parte de su obra como intercesor nuestro para empezar otra, y sigue aún ofreciendo su sangre ante el Padre en favor de los pecadores.

Este asunto no lo entendieron los adventistas de 1844. Después de transcurrida la fecha cuando se esperaba al Salvador, siguieron creyendo que su venida estaba cercana; sostenían que habían llegado a una crisis importante y que había cesado la obra de Cristo como intercesor del hombre ante Dios. Les parecía que la Biblia enseñaba que el tiempo de gracia concedido al hombre terminaría poco antes de la venida misma del Señor en las nubes del cielo. Eso parecía desprenderse de los pasajes bíblicos que indican un tiempo cuando los hombres buscarán, golpearán y llamarán a la puerta de la misericordia, sin que ésta se abra. Y se preguntaban si la fecha cuando habían esperado la venida de Cristo no señalaba más bien el comienzo de ese período que debía preceder inmediatamente a su venida. Al haber proclamado la proximidad del juicio, consideraban que habían terminado su labor en favor del mundo, y no sentían más la obligación de trabajar por la salvación de los pecadores, en tanto que las mofas atrevidas y blasfemas de los impíos les parecían una evidencia adicional de que el Espíritu de Dios se había retirado de los que rechazaron su misericordia. Todo esto los 119 confirmaba en la creencia de que el tiempo de gracia había terminado, o, como decían ellos entonces, que "la puerta de la misericordia estaba cerrada".

Se abre otra puerta

Pero una luz más brillante surgió como resultado del estudio de la cuestión del santuario. Vieron entonces que tenían razón al creer que el fin de los 2.300 días, en 1844, había marcado una crisis importante. Pero si bien era cierto que se había cerrado la puerta de esperanza y de gracia por la cual los hombres habían encontrado acceso a Dios durante 1.800 años, se les abrió otra puerta, y el perdón de los pecados se ofrecía a los hombres

por la intercesión de Cristo en el lugar santísimo. Una parte de su obra había terminado sólo para dar lugar a otra. Había aún una "puerta abierta" para entrar en el santuario celestial donde Cristo oficiaba en favor del pecador.

Entonces comprendieron el significado de las palabras que Cristo dirigió en el Apocalipsis a la iglesia, correspondiente al tiempo cuando ellos mismos vivían: "Estas cosas dice el que es santo, el que es veraz, el que tiene la llave de David, el que abre, y ninguno cierra, y cierra, y ninguno abre: Yo conozco tus obras: he aquí he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie podrá cerrar" (Apoc. 3: 7, 8, VM).

Los que por fe siguen a Jesús en su gran obra de expiación, reciben los beneficios de su acción mediadora, mientras que los que rechazan la luz que pone en evidencia este ministerio, no reciben beneficio alguno. Los judíos que rechazaron la luz concedida en ocasión del primer advenimiento de Cristo, y se negaron a creer en él como Salvador del mundo, no podían ser perdonados por su intermedio. Cuando después de la ascensión Jesús entró por medio de su propia sangre en el santuario celestial para derramar sobre sus discípulos las bendiciones de su mediación, los judíos quedaron en completa oscuridad y siguieron presentando 120 sacrificios y ofrendas inútiles. Había cesado el ministerio de los símbolos y sombras. La puerta por la cual los hombres habían encontrado antes acceso a Dios, ya no estaba abierta. Los judíos se habían negado a buscarlo de la sola manera como podía ser encontrado entonces: por el sacerdocio en el santuario del cielo. No tenían, por consiguiente, comunión con Dios. La puerta estaba cerrada para ellos. No conocían a Cristo como el verdadero sacrificio y el único mediador ante Dios; de ahí que no pudieran recibir los beneficios de su mediación.

La condición de los judíos ilustra el estado de los indiferentes e incrédulos entre los profesos cristianos que desconocen voluntariamente la obra de nuestro misericordioso Sumo Sacerdote. En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, todos los hijos de Israel debían reunirse cerca del santuario y humillar sus almas del modo más solemne ante Dios, a fin de recibir el perdón de sus pecados y no ser separados de la congregación. ¡Cuánto más esencial es que en nuestra época, de la cual el día de la expiación es un símbolo, comprendamos la obra de nuestro Sumo Sacerdote, y sepamos qué deberes nos incumben!

El resultado de rechazar el mensaje

Los hombres no pueden rechazar impunemente los avisos que Dios, en su misericordia, les envía. Un mensaje fue enviado del cielo al mundo en tiempos de Noé, y la salvación de los hombres dependía de la manera como ellos aceptaban ese mensaje. Por el hecho de que la raza humana, pecadora, había rechazado la amonestación, el Espíritu de Dios se retiró de ella y pereció en las aguas del diluvio. En los días de Abrahán la misericordia dejó de alegar con los culpables vecinos de Sodoma, y todos, excepto Lot con su mujer y sus dos hijas, fueron consumidos por el fuego que descendió del cielo. Otro tanto sucedió en los días de Cristo. El Hijo de Dios declaró a los judíos incrédulos de aquella generación: "He aquí vuestra casa os es dejada desierta" (Mat. 23: 38). Al 121 considerar los últimos días, el mismo Poder infinito declara respecto de los que "no recibieron el amor de la verdad para ser salvos": "Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira; a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia" (2 Tes. 2: 10-12). A medida que se rechazan las enseñanzas de su Palabra, Dios retira su Espíritu y deja a los hombres en brazos del engaño que tanto les gusta.

Pero Cristo intercede aún por el hombre, y se otorgará luz a los que la buscan. Aunque esto no lo comprendieron al principio los adventistas, les resultó claro después, a medida que los pasajes bíblicos que definen su verdadera posición empezaron a volverse inteligibles.

Cuando pasó la fecha fijada en 1844, los que aún conservaban la fe adventista pasaron por un período de aguda prueba. Su único alivio, en lo concerniente a determinar cuál era su verdadera posición, fue la luz que dirigió sus mentes hacia el santuario celestial. Algunos dejaron de creer en la manera como habían calculado antes los períodos proféticos, y atribuyeron a factores humanos o satánicos la poderosa influencia del Espíritu Santo que había acompañado al movimiento adventista. Otros creyeron firmemente que el Señor los había conducido en su experiencia pasada; y mientras esperaban, velaban y oraban para conocer la voluntad de Dios, llegaron a comprender que su gran Sumo Sacerdote había empezado a desempeñar otro ministerio y, siguiéndolo por fe, fueron inducidos a ver además la obra final de la iglesia. Obtuvieron un conocimiento más claro de los mensajes de los primeros ángeles, y quedaron preparados para recibir y dar al mundo la solemne amonestación del tercer ángel de Apocalipsis 14 (El Gran Conflicto, págs. 476-485).

El santuario y el sábado

"Fue abierto el templo de Dios en el cielo, y fue vista en su templo el arca de su pacto" (Apoc. 11: 19, VM).

El arca 122 del pacto de Dios está en el lugar santísimo, en el segundo departamento del santuario. En el servicio del tabernáculo terrenal, que servía "de mera representación y sombra de las cosas celestiales", este

departamento sólo se abrió en el gran día de la expiación para la purificación del santuario. Por consiguiente, la proclamación de que el templo de Dios fue abierto en el cielo y fue vista el arca de su pacto, indica que el lugar santísimo del santuario celestial fue abierto en 1844, cuando Cristo entró en él para consumir la obra final de la expiación. Los que por fe siguieron a su gran Sumo Sacerdote cuando dio principio a su ministerio en el lugar santísimo, contemplaron el arca de su pacto. Al estudiar el asunto del santuario, llegaron a entender que se había realizado un cambio en el ministerio del Salvador, y vieron que estaba oficiando entonces como intercesor ante el arca de Dios, y que ofrecía su sangre en favor de los pecadores.

El arca que estaba en el tabernáculo terrenal contenía las dos tablas de piedra, en las que estaban inscriptos los preceptos de la ley de Dios. El arca era sólo un receptáculo de las tablas de la ley, y era esa ley divina la que daba valor y carácter sagrado a aquélla. Cuando se abrió el templo de Dios en el cielo, se vio el arca del pacto. En el lugar santísimo, en el santuario celestial, se encuentra consagrada y entronizada la ley divina, la ley promulgada por el mismo Dios entre truenos en el Sinaí y escrita con su propio dedo en las tablas de piedra. La ley de Dios que se encuentra en el santuario celestial es el gran original del cual eran copia exacta los preceptos grabados en las tablas de piedra y consignados por Moisés en el Pentateuco. Los que llegaron a comprender este punto importante fueron inducidos a reconocer el carácter sagrado e invariable de la ley divina. Comprendieron mejor que nunca la fuerza de las palabras del Salvador: "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni siquiera una jota ni un tilde pasará de la ley" (Mat. 5: 18, VM). Como la ley de Dios es una revelación de su voluntad, un trasunto de su carácter, debe permanecer para siempre "como testigo fiel en el cielo". Ni 123 un mandamiento ha sido anulado; ni un punto ni un tilde han sido cambiados. Dice el salmista: "¡Hasta la eternidad, oh Jehová, tu palabra permanece en el cielo!" "Seguros son todos sus preceptos; establecidos para siempre jamás" (Sal. 119: 89; 111: 7, 8, VM).

En el corazón mismo del Decálogo se encuentra el cuarto mandamiento, tal cual fue proclamado originalmente: "Recuerda el día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el séptimo es día de descanso para Yahvé, tu Dios. No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el forastero que habita en tu ciudad. Pues en seis días hizo Yahvé el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo Yahvé el día del sábado y lo hizo sagrado" (Exo. 20: 8-11, Biblia de Jerusalén).

El Espíritu de Dios obró en los corazones de esos cristianos que estudiaban su Palabra, y quedaron convencidos de que, sin saberlo, habían transgredido este precepto al despreciar el día de descanso del Creador. Empezaron a examinar las razones por las cuales se guardaba el primer día de la semana en lugar del día que Dios había santificado. No pudieron encontrar en la Sagrada Escritura prueba alguna de que el cuarto mandamiento hubiera sido abolido o de que el día de reposo hubiese sido cambiado; la bendición que desde un principio santificaba el séptimo día no había sido nunca revocada. Habían procurado honradamente conocer y hacer la voluntad de Dios; al reconocerse transgresores de la ley divina, sus corazones se llenaron de pena y para manifestar su lealtad a Dios guardaron su santo sábado.

Se hizo cuanto se pudo por conmovir su fe. Nadie podía dejar de ver que si el santuario terrenal era una figura o modelo del celestial, la ley depositada en el arca en la tierra era exacto trasunto de la ley encerrada en el arca del cielo; y que aceptar la verdad relativa al santuario celestial incluía el reconocimiento de las exigencias de la ley de Dios y la obligación de guardar el sábado del cuarto mandamiento. En 124 esto estribaba el secreto de la oposición violenta y resuelta que se le hizo a la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaban el servicio desempeñado por Cristo en el santuario celestial. Los hombres trataron de cerrar la puerta que Dios había abierto y de abrirla que él había cerrado. Pero "el que abre, y ninguno cierra; y cierra, y ninguno abre", había declarado: "He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie podrá cerrar" (Apoc. 3: 7, 8, VM). Cristo había abierto la puerta, o ministerio, del lugar santísimo; la luz brillaba desde la puerta abierta del santuario celestial, y se vio que el cuarto mandamiento estaba incluido en la ley allí encerrada; lo que Dios había establecido, nadie podía derribarlo.

Los que habían aceptado la luz referente a la mediación de Cristo y a la perpetuidad de la ley de Dios, encontraron que éstas eran las verdades presentadas en el capítulo 14 de Apocalipsis. Los mensajes de este capítulo constituyen una triple amonestación que debe servir para preparar a los habitantes de la tierra para la segunda venida del Señor. La declaración: "Ha llegado la hora de su juicio", indica la obra final de la actuación de Cristo para la salvación de los hombres. Presenta una verdad que debe seguir siendo proclamada hasta el fin de la intercesión del Salvador y su regreso a la tierra para llevar a su pueblo consigo. La obra del juicio que empezó en 1844 debe proseguir hasta que sean falladas las causas de todos los hombres, tanto de los vivos como de los muertos; debe extenderse hasta el fin del tiempo de gracia concedido a la humanidad. Y para que los hombres estén debidamente preparados para subsistir en el juicio, el mensaje les manda: "Temed

a Dios y dadle gloria . . . y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de las aguas". El resultado de la aceptación de estos mensajes está indicado en las palabras: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Para subsistir ante el juicio el hombre tiene que guardar la ley de Dios. Esta ley será la piedra de toque en el juicio (El Gran Conflicto, págs. 486-489). 125

PREGUNTAS PARA MEDITAR

1. ¿Cuál fue la clave que aclaró el misterio de la desilusión de 1844? (Pág. 112.)
2. Mencione dos versículos bíblicos que señalan el ministerio de Cristo en el lugar santísimo. (Pág. 112.)
3. ¿Qué "venida" de Cristo es la que se describe en Daniel 7: 13 y Malaquías 3: 1? (Pág. 113.)
4. Mientras se eliminan los pecados de los creyentes arrepentidos del santuario celestial, ¿qué obra especial de purificación debe realizarse entre el pueblo de Dios en la tierra? (Pág. 114.)
5. ¿Qué dos clases de personas entre los creyentes adventistas del verano y el otoño de 1844 estaban representadas por las vírgenes prudentes y fatuas? (Pág. 115.)
6. ¿Quién es la novia de Cristo? (Pág. 116.)
7. ¿Quiénes son los "invitados" a la boda? (Pág. 116.)
8. ¿Qué figura emplea la parábola de Mateo 22 para representar la obra del juicio? (Pág. 117.)
9. ¿Por qué, por algún tiempo después del chasco, los adventistas dejaron de preocuparse por la salvación de los pecadores? (Págs. 118, 119.)
10. Inmediatamente después del chasco, ¿cuál fue la interpretación adventista en cuanto a la "puerta cerrada"? (Pág. 119.)
11. ¿Qué se entendió luego por la "puerta abierta", y quién la había abierto? (Pág. 119.)
12. Al abrirse el templo del cielo, ¿qué se reveló? (Págs. 121, 122.)
13. ¿Qué relación existe entre la ley de Dios que se encuentra en el santuario celestial, y la ley que se había depositado en el arca, en el santuario terrenal? (Págs. 122, 123.) 126

EL MINISTERIO FINAL DE CRISTO EN EL SANTUARIO CELESTIAL

La mención de una fecha precisa para el juicio, en la proclamación del primer mensaje, fue ordenada por Dios. El cómputo de los períodos proféticos en que se basa ese mensaje, que establecen el fin de los 2.300 días en el otoño de 1844, puede subsistir sin inconveniente (El Gran Conflicto, pág. 510).

"Estuve mirando -dice el profeta Daniel- hasta que fueron puestos tronos; y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el juez se sentó, y los libros fueron abiertos" (Dan. 7: 9, 10).

Así se presentó a la visión del profeta el día grande y solemne cuando los caracteres y las vidas de los hombres pasarán en revista delante del Juez, de toda la tierra, y cuando a todos los hombres se les dará "conforme a sus obras". El Anciano de días es Dios, el Padre. El salmista dice: "Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios" (Sal. 90: 2). Es él, el Autor de todo ser y de toda ley, quien debe presidir en el juicio. Y "millares de millares. . . y millones de millones" de santos ángeles, como ministros y testigos, están presentes en este gran tribunal.

"Y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, 127 gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido" (Dan. 7: 13, 14). La venida de Cristo que se describe aquí no es su segunda venida a la tierra. El viene hacia el Anciano de días en el cielo para recibir el dominio y la gloria, y un reino, que se le dará a la conclusión de su obra de Mediador. Es esta venida, y no su segundo advenimiento a la tierra, la que la profecía predijo que habría de realizarse al fin de los 2.300 días, en 1844. Acompañado por ángeles celestiales, nuestro Sumo Sacerdote entró en el lugar santísimo, y allí, en la presencia de Dios, dio principio a los últimos actos de su ministerio en beneficio del hombre, a saber, cumplir la tarea del juicio y hacer obra de expiación por todos los que resulten tener derecho a ella.

¿Qué casos se consideran?

En el rito simbólico, sólo aquellos que se habían presentado ante Dios arrepentidos y que confesaban sus pecados, y cuyas iniquidades eran llevadas al santuario por medio de la sangre del holocausto, tenían anticipación en el servicio del día de la expiación. Del mismo modo en el gran día de la expiación final y del juicio, los únicos casos que se consideran son los de aquellos que han profesado ser hijos de Dios. El juicio de los impíos es obra distinta y se verificará en fecha posterior. "Es tiempo de que el juicio comience por la casa

de Dios: y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al Evangelio de Dios?" (1 Ped. 4: 17).

Los libros del cielo, en los cuales están consignados los nombres y los actos de los hombres, determinarán los fallos del juicio. El profeta Daniel dice: "el Juez se sentó, y los libros se abrieron". San Juan, al describir la misma escena en el Apocalipsis, agrega: "Y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras" (Apoc. 20: 12). El libro de la vida contiene los nombres de todos los que entraron alguna vez en el servicio de Dios. Jesús dijo a sus discípulos: "Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos" (Luc. 10: 20). Pablo habla de sus fieles compañeros de trabajo, "cuyos nombres están en el libro de la vida" (Fil. 4: 3). Daniel, al vislumbrar un "tiempo de angustia, cual nunca fue", declara que el pueblo de Dios será librado, es decir, "todos los que se hallen escritos en el libro" (Dan. 12: 1). Y Juan dice en el Apocalipsis que sólo entrarán en la ciudad de Dios aquellos cuyos nombres "están inscritos en el libro de la vida del Cordero" (Apoc. 21: 27). Delante de Dios está escrito "un libro de memoria", en el cual quedan consignadas las buenas obras de "los que temen a Jehová, y de los que piensan en su nombre" (Mal. 3: 16, VM). Sus palabras de fe, sus actos de amor, están registrados en el cielo. A esto se refiere Nehemías cuando dice: "Acuérdate de mí, oh Dios mío. . . y no borres mis obras piadosas que he hecho por la casa de mi Dios" (Neh. 13: 14, VM). En el "libro de memoria" de Dios, todo acto de justicia esta inmortalizado. Toda tentación resistida, todo pecado vencido, toda palabra de tierna compasión, están fielmente consignados, y apuntados también todo acto de sacrificio todo padecimiento y todo pesar sufridos por causa de Cristo. El salmista dice: "Tú cuentas los pasos de mi vida errante; pon mis lágrimas en tu redoma: ¿no están en tu libro?" (Sal. 56: 8, VM).

Hay además un registro en el cual figuran los pecados de los hombres. "Pues que Dios traerá toda obra a juicio juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala" (Ecl. 12: 14, VM). "De toda palabra ociosa que hablaran los hombres, darán cuenta en el día del juicio". Dice el Salvador: "Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado" (Mat. 12: 36, 37, VM). Los propósitos y motivos secretos aparecen en el registro infalible, pues Dios "sacará a luz las obras encubiertas de las tinieblas, y pondrá de manifiesto los propósitos de los corazones" (1 Cor. 4: 5, VM). "He aquí que esto está escrito delante de mí. . . 129 vuestras iniquidades y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice Jehová" (Isa. 65: 6, 7, VM).

La obra de cada uno pasa bajo la mirada de Dios, y es registrada, e imputada, ya como señal de fidelidad, ya de infidelidad. Frente a cada nombre, en los libros del cielo, aparecen con terrible exactitud cada mala palabra, cada acto egoísta, cada deber descuidado, y cada pecado secreto, con toda su artera hipocresía. Las admoniciones o reconvenciones divinas despreciadas, los momentos perdidos, las oportunidades desperdiciadas, la influencia ejercida para bien o para mal, con sus abarcanes resultados, todo es registrado por el ángel anotador.

La ley de Dios es la norma

La ley de Dios es la regla por la cual los caracteres y las vidas de los hombres serán probados en el juicio. Salomón dice: "Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es la suma del deber humano. Pues que Dios traerá toda obra a juicio" (Ecl. 12: 13, 14, VM). El apóstol Santiago amonesta a sus hermanos diciéndoles: "Así hablad pues, y así obrad, como hombres que van a ser juzgados por la ley de libertad" (Sant. 2: 12, VM).

Los que en el juicio "serán tenidos por dignos", tendrán parte en la resurrección de los justos. Jesús dijo. "Los que serán tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo venidero, y la resurrección de entre los muertos. . . son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección" (Luc. 20: 35, 36, VM). Y además declara que "los que hicieron bien saldrán a resurrección de vida" (Juan 5: 29). Los justos ya muertos serán resucitados sólo después del juicio en el cual habrán sido juzgados dignos de la "resurrección de vida". No estarán, pues, presentes en persona ante el tribunal cuando sus registros sean examinados y sus causas falladas.

130

Jesús, el Abogado

Jesús aparecerá como el abogado de ellos, para interceder en su favor ante Dios. "Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2: 1). "Porque no entró Cristo en un lugar santo hecho de mano, que es una mera representación del verdadero sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros". "Por lo cual también, puede salvar hasta lo sumo a los que se acercan a Dios por medio de él, viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 9: 24; 7: 25, VM).

A medida que los libros de registro se van abriendo en el juicio, las vidas de todos los que hayan creído en Jesús pasan ante Dios para ser examinadas por él. Empezando con los primeros que vivieron en la tierra, nuestro Abogado presenta los casos de cada generación sucesiva, y termina con los vivos. Cada nombre es

mencionado, cada caso cuidadosamente investigado. Habrá nombres que serán aceptados, y otros rechazados. En caso de que alguien tenga en los libros de memoria pecados de los que no se haya arrepentido y que no hayan sido perdonados, su nombre será borrado del libro de la vida, y la mención de sus buenas obras será borrada de los registros de Dios. El Señor declaró a Moisés: "Al que haya pecado contra mí, a éste borraré de mi libro" (Exo. 32: 33, VM). Y el profeta Ezequiel dice: "Si el justo se apartare de su justicia, y cometiere maldad. . . ninguna de las justicias que hizo le serán tenidas en cuenta" (Eze. 18: 24).

A todos los que se hayan arrepentido verdaderamente de su pecado, y que hayan aceptado con fe la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, se les ha inscrito el perdón frente a sus nombres en los libros del cielo. Como llegaron a ser partícipes de la justicia de Cristo y su carácter está en armonía con la ley de Dios, sus pecados serán borrados, y ellos mismos serán juzgados dignos de la vida eterna. El Señor declara por medio del profeta Isaías: "Yo, yo soy, aquel que borro tus transgresiones a causa de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados" (Isa. 43: 25, VM). Jesús dijo: 131 "El que venciere, será así revestido de ropas blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, sino confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus santos ángeles". "A todo aquel, pues, que me confesaré delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos" (Apoc. 3: 5; Mat. 10: 32, VM).

La escena del juicio

Todo el más profundo interés manifestado entre los hombres por los fallos de los tribunales terrenales no representa sino débilmente el interés manifestado en los atrios celestiales cuando los nombres inscritos en el libro de la vida desfilan ante el juez de toda la tierra. El divino Intercesor aboga en favor de todos los que han vencido por la fe en su sangre, para que se les perdonen sus transgresiones, a fin de que sean restablecidos en su morada edénica y coronados con él coherederos del "señorío, primero" (Miq. 4: 8). Con sus esfuerzos para engañar y tentar a nuestra raza, Satanás había pensado frustrar el plan que Dios tenía al crear al hombre, pero Cristo pide ahora que este plan sea llevado a cabo como si el hombre no hubiera caído jamás. Pide para su pueblo no sólo el perdón y la justificación, plenos y completos, sino además participación en su gloria y un asiento en su trono.

Mientras Jesús intercede por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa ante Dios como transgresores. El gran seductor procuró arrastrarlos al escepticismo, hacerles perder la confianza en Dios, separarse de su amor y transgredir su ley. Ahora él señala la historia de sus vidas, los defectos de carácter, la falta de semejanza a Cristo, lo que deshonró a su Redentor, todos los pecados que los indujo a cometer, y a causa de éstos los reclama como súbditos.

Jesús no disculpa sus pecados, pero muestra su arrepentimiento y su fe y, al reclamar el perdón para ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: Los conozco por sus nombres. Los he grabado en 132 las palmas de mis manos. "Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Sal. 51: 17). Y al acusador de su pueblo le dice: "Jehová te reprenda, oh Satán; Jehová que ha escogido a Jerusalén, te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?" (Zac. 3: 2). Cristo vestirá a sus fieles con su propia justicia, para presentarlos a su Padre como una "iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante" (Efe. 5: 27, VM). Sus nombres están inscritos en el libro de la vida, y de estas personas escogidas está escrito: "Andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignas" (Apoc. 3: 4).

Así se cumplirá de un modo completo la promesa del nuevo pacto: "Perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de sus pecados". "En aquellos días y en ese tiempo, dice Jehová, será buscada la iniquidad de Israel, y no la habrá, y los pecados de Judá, más no podrán ser hallados". "En aquel día el Vástago de Jehová será espléndido y glorioso, y el fruto de la tierra excelente y hermoso, para los escapados de Israel. Y será que los que fueren dejados en Sión, y los que quedaren en Jerusalén, serán llamados santos; es decir, todo aquel que está inscripto para la vida en Jerusalén" (Jer. 31: 34; 50: 20; Isa. 4: 2, 3, VM).

La obra del juicio investigador y el acto de borrar los pecados deben realizarse antes del segundo advenimiento del Señor. En vista de que los muertos han de ser juzgados según las cosas escritas en los libros, es imposible que los pecados de los hombres sean borrados antes del fin del juicio en que sus vidas han de ser examinadas. Pero el apóstol Pedro dice terminantemente que los pecados de los creyentes serán borrados "para que vengan de la presencia del Señor, tiempos de refrigerio y él envíe a Jesucristo" (Hech. 3: 19, 20). Cuando el juicio investigador haya concluido, Cristo vendrá con su recompensa para dar a cada cual según hayan sido sus obras. 133

Las escenas finales del servicio real

En el ritual simbólico el sumo sacerdote, hecha la propiciación por Israel, salía y bendecía a la congregación. Así también Cristo, una vez terminada su obra de mediador, aparecerá "sin pecado . . . para . . . salvación"

(Heb. 9: 28, VM), para bendecir con el don de la vida eterna a su pueblo que lo esperará. Así como al eliminar los pecados del santuario, el sacerdote los confesaba sobre la cabeza del macho cabrío emisario, así también Cristo pondrá todos estos pecados sobre Satanás, autor e instigador del pecado. El macho cabrío emisario, que cargaba con los pecados de Israel, era enviado "a tierra inhabitada" (Lev. 16: 22); así también Satanás, cargado con la responsabilidad de todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios, será confinado durante mil años en la tierra entonces desolada y sin habitantes, y sufrirá finalmente el pleno castigo del pecado en el fuego que destruirá a todos los impíos. Así el gran plan de redención alcanzará su cumplimiento en la extirpación final del pecado y la liberación de todos los que estuvieron dispuestos a renunciar al mal.

Juzgados por registros infalibles

En el tiempo señalado para el juicio -al fin de los 2.300 días, en 1844- empezó la obra de investigación y el acto de borrar los pecados. Todos los que hayan profesado el nombre de Cristo deben pasar por ese riguroso examen. Tanto los vivos como los muertos deben ser juzgados "de acuerdo con las cosas escritas en los libros, según sus obras".

Los pecados que no hayan inspirado arrepentimiento y que no hayan sido abandonados no serán perdonados ni borrados de los libros de memoria, sino que permanecerán como testimonio contra el pecador en el día de Dios. Puede el pecador haber cometido sus malas acciones a la luz del día o en la oscuridad de la noche; son conocidas y manifiestas para Aquel a quien tenemos que dar cuenta. Hubo siempre ángeles de Dios que fueron testigos de cada pecado, y lo 134 registraron en los libros infalibles. El pecado puede ser ocultado, negado, encubierto para un padre, una madre, una esposa, o para los hijos y los amigos; nadie, fuera de los mismos culpables tendrá tal vez la más mínima sospecha del mal; no deja por eso de quedar al descubierto ante los seres celestiales. La oscuridad de la noche más sombría, el misterio de todas las artes engañosas, no alcanzan a velar un solo pensamiento para el conocimiento del Eterno. Dios lleva un registro exacto de todo acto injusto e ilícito. No se deja engañar por una apariencia de piedad. No se equivoca en su apreciación acerca del carácter. Los hombres pueden ser engañados por los que tienen el corazón corrompido, pero Dios desenmascara todos los disfraces y lee la vida interior.

¡Qué pensamiento tan solemne! Cada día que transcurre lleva consigo su caudal de apuntes para los libros del cielo. Una palabra pronunciada, un acto cometido, no pueden ser retirados jamás. Los ángeles tomaron nota tanto de lo bueno como de lo malo. El más poderoso conquistador de este mundo no puede revocar el registro de un solo día siquiera. Nuestros actos, nuestras palabras, hasta nuestros más secretos motivos, todo tiene su peso en la decisión de nuestro destino para dicha o desdicha. Podremos olvidarlos, pero no por eso dejarán de testificar en nuestro favor o en contra de nosotros.

Así como los rasgos de la fisonomía se reproducen con minuciosa exactitud sobre la pulida placa del artista, así también está el carácter fielmente delineado en los libros del cielo. No obstante, ¡cuán poca preocupación se siente respecto del registro que debe ser examinado por los seres celestiales! Si se pudiera descorrer el velo que separa el mundo visible del invisible, y los hijos de los hombres pudiesen ver a un ángel apuntar cada palabra y cada acto que volverán a encontrar en el día del juicio, ¡cuántas palabras de las que se pronuncian cada día no se dejarían sin pronunciar; cuántos actos no se deberían sin realizar!

En el juicio se examinará el uso que se haya hecho de cada talento. ¿Cómo hemos empleado el capital que el Cielo nos 135 concedió? En ocasión de su venida, ¿recibirá el Señor lo que es suyo con interés? ¿Hemos perfeccionado las facultades que fueran confiadas a nuestras manos, a nuestros corazones y a nuestros cerebros para la gloria de Dios y provecho del mundo? ¿Cómo hemos empleado nuestro tiempo, nuestra pluma, nuestra voz, nuestro dinero, nuestra influencia? ¿Qué hemos hecho por Cristo en la persona de los pobres, de los afligidos, de los huérfanos o de las viudas? Dios nos hizo depositarios de su santa Palabra, ¿qué hemos hecho con la luz de la verdad que se nos confió a fin de que los hombres sean sabios para la salvación? No se da ningún valor a una mera profesión de fe en Cristo; sólo se tiene por genuino el amor que se muestra en las obras. Con todo, el amor es lo único que ante los ojos del Cielo da valor a un acto cualquiera. Todo lo que se hace por amor, por insignificante que aparezca en opinión de los hombres, es aceptado Y recompensado por Dios.

El egoísmo escondido de los hombres aparece en los libros del cielo. Allí está el registro de los deberes que no cumplieron para con el prójimo, el de su olvido de las exigencias del Señor. Allí se verá cuán a menudo se dieron a Satanás el tiempo, los pensamientos y las energías que pertenecían a Cristo. Bastante tristes son los apuntes que los ángeles llevan al cielo. Seres inteligentes que profesan ser discípulos de Cristo están absorbidos por la adquisición de bienes mundanos, o por el goce de los placeres terrenales. El dinero, el tiempo y las energías son sacrificados a la ostentación y el egoísmo; pero pocos son los momentos dedicados a orar, a estudiar las Sagradas Escrituras, a humillar el alma y a confesar los pecados.

Satanás inventa innumerables medios de distraer nuestras mentes de la obra en que precisamente deberíamos estar más ocupados. El archiseductor aborrece las grandes verdades que hacen resaltar la importancia de un sacrificio expiatorio y de un Mediador todopoderoso. Sabe que su éxito estriba en distraer las mentes de Jesús y de su obra. 136

Perfeccionemos la santidad en el temor de Dios

Los que desean participar de los beneficios de la mediación del Salvador no deben permitir que cosa alguna les impida cumplir su deber de perfeccionarse en la santificación en el temor de Dios. En vez de dedicar horas preciosas a los placeres, a la ostentación o a la búsqueda de ganancias, las consagrarán a estudiar con seriedad y oración la Palabra de verdad. El pueblo de Dios debería comprender claramente el asunto del santuario y del juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismos el ministerio y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercitar la fe tan esencial en nuestros tiempos, o desempeñar el puesto al que Dios los llama. Cada cual tiene un alma que salvar o que perder. Todos tienen una causa pendiente ante el tribunal de Dios. Cada cual deberá encontrarse cara a cara con el gran Juez. ¡Cuán importante es, pues, que cada uno contemple a menudo de antemano la solemne escena del juicio en sesión, cuando serán abiertos los libros, cuando con Daniel cada cual tendrá que estar en pie al fin de los días!

Todos los que han recibido la luz sobre estos asuntos deben dar testimonio de las grandes verdades que Dios les ha confiado. El santuario en el cielo es el centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres. Concierne a toda alma que vive en la tierra. Nos revela el plan de la redención; nos conduce hasta el fin mismo del tiempo y anuncia el triunfo final en la lucha entre la justicia y el pecado. Es de la mayor importancia que todos investiguen a fondo estos asuntos y que estén siempre listos para dar respuesta a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ellos.

La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección. Por la fe debemos entrar velo adentro, "donde Jesús entró por nosotros como precursor" (Heb. 6: 20). Allí se refleja la luz de la cruz del Calvario; y allí 137 podemos obtener una comprensión más clara de los misterios de la redención. La salvación del hombre se cumple a un precio infinito para el Cielo; el sacrificio hecho corresponde a las más amplias exigencias de la ley de Dios quebrantada. Jesús abrió el camino que lleva al trono del Padre, y por su mediación pueden ser presentados ante Dios los deseos sinceros de todos los que a él se allegan con fe.

"El que encubre sus transgresiones, no prosperará; mas quien las confiese y las abandone, alcanzará misericordia" (Prov. 28: 13, VM). Si los que esconden y disculpan sus faltas pudiesen ver que Satanás se alegra de ello, y los usa para desafiar a Cristo y sus santos ángeles, se apresurarían a confesar sus pecados y a renunciar a ellos. De los defectos de carácter se vale Satanás para intentar dominar la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer. Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, con su cuerpo quebrantado, y declara a todos los que quieran seguirlo: "Bástate mi gracia" (2 Cor. 12: 9). "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mat. 11: 29, 30). Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos.

Estamos viviendo en el gran día de la expiación

Estamos viviendo ahora en el gran día de la expiación. Cuando en el ritual simbólico el sumo sacerdote realizaba la propiciación por Israel, todos debían afligir sus almas, arrepentirse de sus pecados y humillarse ante el Señor, si no querían verse separados del pueblo. De la misma manera, todos los que desean que sus nombres se mantengan en el libro de la vida, deben ahora, en los pocos días que les quedan de este tiempo de gracia, afligir sus almas ante Dios con verdadero arrepentimiento y dolor por sus pecados. Hay 138 que escudriñar honda y sinceramente el corazón. Hay que deponer el espíritu liviano y frívolo al que se entregan tantos cristianos profesos. Empeñada lucha espera a todos los que quieran subyugar las malas inclinaciones que tratan de dominarlos. La obra de preparación es individual. No nos salvamos en grupos. La pureza y la devoción de uno no suplirá la falta de estas cualidades en otro. Si bien todas las naciones deben pasar en juicio ante Dios, él examinará el caso de cada individuo de un modo tan rígido y minucioso como si no hubiese otro ser en la tierra. Cada cual tiene que ser probado y encontrado sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante. Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de la expiación. Incalculables son los intereses que ésta envuelve. El juicio se lleva ahora adelante en el santuario celestial. Esta obra se viene realizando desde hace muchos años. Pronto -nadie sabe cuándo- les tocará ser juzgados a los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deben ser pasadas en revista. En éste más que en cualquier otro tiempo conviene que toda

alma preste atención a la amonestación del Señor: "Velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo". "Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti" (Mar. 13: 33; Apoc. 3: 3).

Cuando quede concluida la obra del juicio investigador, quedará también decidida la suerte de todos para vida o para muerte. El tiempo de gracia terminará poco antes que el Señor aparezca en las nubes del cielo. Al mirar hacia ese tiempo, Cristo declara en el Apocalipsis: "¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo! He aquí, yo vengo presto, y mi galardón está conmigo, para dar la recompensa a cada uno según sea su obra" (Apoc. 22: 11, 12, VM).

Los justos y los impíos continuarán viviendo en la tierra en su estado mortal, los hombres seguirán plantando y edificando, comiendo y bebiendo, inconscientes de que la 139 decisión final e irrevocable ha sido pronunciada en el santuario celestial. Antes del Diluvio, después que Noé entró en el arca, Dios lo encerró en ella, dejando fuera a los impíos; pero por espacio de siete días el pueblo, al no saber que su suerte estaba decidida, continuó en su vida descuidada y ávida de placeres, y se mofó de las advertencias del juicio que lo amenazaba. "Así -dice el Salvador- será también la venida del Hijo del Hombre" (Mat. 24: 39). Inadvertida como ladrón a medianoche, llegará la hora decisiva que fija el destino de cada uno cuando será retirado definitivamente el ofrecimiento de la gracia que se dirige a los culpables.

"¡Velad pues . . . no sea que viniendo de repente, os halle dormidos!" (Mar. 13: 35, 36, VM). Peligroso es el estado de aquellos que, cansados de velar, se vuelven a los atractivos del mundo. Mientras el hombre de negocios está absorto en el afán de lucro, mientras el amigo de los placeres corre tras ellos, mientras la esclava de la moda está ataviándose, puede llegar el momento cuando el juez de toda la tierra pronuncie la sentencia: "Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto" (Dan. 5: 27, VM) (El Gran Conflicto, págs. 533-545).

PREGUNTAS PARA MEDITAR

1. ¿Qué ocurre en la "venida" de Cristo descrita en Daniel 7: 13, 14? (Págs. 126, 127.)
2. ¿Cuáles son los únicos casos que se consideran en el juicio investigador? (Pág. 127.)
3. Solamente ciertos nombres se registran en el libro de la vida. ¿Cuáles son? (Pág. 128.)
4. ¿Cuán abarcante es lo que se consigna en el "libro de memoria"? (Pág. 128.)
5. ¿Qué otro registro es cuidadosamente llevado? (Pág. 128.)
6. En el juicio investigador, ¿qué dos cosas ocurren si hay pecados consignados en los libros de registro? (Pág. 130.) 140
7. ¿Cuándo son borrados los pecados: cuando son perdonados o en el juicio final? ¿Por qué? (Págs. 130, 132.)
8. ¿Qué culpas cargará Satanás? ¿Cómo se ilustra este hecho en el ritual del santuario del Antiguo Testamento? (Pág. 133.)
9. Además de las acciones, ¿qué otras cosas se consideran en el juicio? (Pág. 134.)
10. ¿Cómo se evalúa todo acto que cometemos? (Pág. 134.)
11. Dos obras de Cristo tienen igual valor en el plan de salvación. ¿Cuáles son? (Pág. 136.)
12. ¿Cómo "vilipendia" Satanás a Cristo y a los santos ángeles en el juicio? ¿Qué pretende que es imposible para los hombres? ¿Cuál es la respuesta a sus pretensiones? (Pág. 137.)
13. ¿Cómo debiéramos emplear los días de prueba que nos quedan? (Págs. 137-139.)